

LUNA VILLA

# Selene

*flor de cristal*



**Selene,  
flor de cristal**

**Luna Villa**

## **SINOPSIS**

Patrick trabajaba en una importante empresa minera, hasta que es despedido. El amor por su madre, y el de ésta por las piedras preciosas, le llevó a estudiar Geología. Tras su inminente despido, decide viajar en busca de nuevas perspectivas y posibilidades. En ese viaje, encuentra una extraña cueva. Lo que Patrick no sabe es que no se trata de una simple cueva, sino de un portal hacia otro tiempo. Allí le espera Selene, una hermosa mujer encargada de mostrarle su mundo; un lugar lleno de increíbles criaturas gigantes y diminutos seres mágicos... Sin embargo, no todo es luz. Las tinieblas quieren establecer su dominio y separar lo que el destino y el amor han unido en un mundo tan bello como frágil.

Donde el destino golpea, el amor cura.

Luna Villa

# CAPÍTULO 1

*El presente...*

**PATRICK**

*"¡Buenos días, Phoenix! Son las seis y media de la mañana. Hoy nos espera otro caluroso día en todo el estado de Arizona, así que no olvidéis protegeros de nuestro intenso sol y ¡empezar la mañana con alegría! Os ayudaremos con una canción que estoy seguro que os levantará el ánimo... Especialmente dirigida a aquellos que estáis ahora abriendo los ojos, conduciendo, o en el trabajo... ¡Allá va toda nuestra energía para empezar otro estupendo día! ¡Disfrutad de la vida, arizonianos!"*

—¡Cojonudo, olvidé desconectar la alarma! —Murmullo somnoliento, dando un manotazo al móvil para apagarlo. Anoche no me acordé de eliminar la alarma que he tenido programada, a la misma hora, estos últimos siete años. Intento girarme para ponerme boca abajo y alargar mi sueño, pero ya no puedo. A pesar de que hoy no debo madrugar, soy incapaz de volver a dormirme.

Casi como un autómatas, me siento en el colchón de mi cama, y miro por la ventana. Ya asoma en el horizonte el caluroso sol de la mañana. Doy un largo suspiro, y me quedo absorto en un punto imaginario. Ojalá solo haya sido un mal sueño, una pesadilla de la que despertaré dentro de cinco minutos. Sin embargo, cuando miro al papel que hay en mi mesita de noche, compruebo que aún sigue ahí la misma carta de despido que no dejé de leer una y otra vez anoche. Aunque han querido justificármelo de mil maneras, como que, entre otras cosas, *“están reestructurando la plantilla por la bajada de demanda del mineral que extraíamos en la mina”*, no hay quien se lo crea, porque está ocurriendo justo lo contrario.

De nada han servido mis siete años de plena dedicación en la minera

*Lawson.* Me quedo con que, al menos, he estado haciendo lo que más me gusta, ejerciendo mi profesión como uno de los principales geólogos, y manteniendo mi contacto con las piedras. ¡Qué ingenuo he sido por pensar que era uno de los imprescindibles! Lo que más me duele es que en la carta me culpen de un “*fatal y costoso error de cálculo en las últimas prospecciones, que les llevó a una considerable pérdida de dinero*”, cuando es completamente falso que ese error fuese mío. Fue del imbécil de Larry, el nuevo geólogo sobrino del jefe, entrometiéndose en mis informes. ¡Ese inepto en la materia, pero con *máster en malas prácticas y pisoteo!* Evidentemente lleva los genes de su familia. No me cabe duda de que llegará lejos en esa empresa.

Me duele la cabeza... Anoche no paré de pensar en demandarles, pero es absurdo. Es un gigante al que no podría hacer ni cosquillas. Les he visto tumbar peces infinitamente más grandes que yo, así que no quiero perder ni un solo minuto más lamentándome por no tener trabajo o porque no hayan sabido valorarme después de todo lo que he hecho en esa maldita empresa. Primero mi madre, y más tarde mis abuelos, me enseñaron que si te caes, debes levantarte, sacudirte el polvo, y seguir avanzando. Ya no quiero darle más vueltas al asunto.

Respiro profundamente, intentando alejar de mí la sensación de vértigo que me da el no saber qué hacer a partir de este momento. No obstante, sé que, como si de un ave fénix se tratase, tengo que resurgir de mis propias cenizas y empezar de nuevo. Paradójicamente, comienzo a sentir una extraña sensación en mi interior, un pequeño germen de libertad que empieza a bullir en mí al ir tomando conciencia, poco a poco, del tipo de gente miserable que el destino ha querido que deje atrás. Debo mirar hacia adelante.

Observo extasiado el amanecer como no lo había hecho nunca. Todo a mi alrededor parece más bello, más intenso, más vívido. Me sorprende la mezcla casi mágica de celeste, amarillo anaranjado, rosados y violáceos del cielo. Es como si algo bueno se fuese a abrir ante mí. Los rayos del sol que se cuelan entre las lamas de la persiana bañan mi piel desnuda con su luz y calor. Por mis poros comienzan a asomar pequeñas gotitas de sudor que no logra disipar el ventilador del techo de mi habitación. Necesito moverme. Quedarme quieto sería como morir. Así que me levanto decidido de la cama y, con paso ligero, voy directo a la ducha. Debo refrescarme y enfocar mejor mi mente.

A medida que el agua fresca cae por mi cuerpo, llego a la conclusión de

que no quiero hacer algo que me aleje de mi contacto directo con los minerales. Desde pequeño, mi madre, también geóloga, me inculcó ese amor por las piedras. Podría decirse que casi las mamé, porque ella, de hecho, me amamantaba en la tienda que regentaba, donde vendía pendientes, collares, pulseras, llaveros, amuletos... todos hechos con piedras preciosas y de todo tipo. Piedras que mi madre conocía al dedillo, no solo desde un punto de vista mineral, sino también geográfico y, sobre todo, como ella solía decir, “energético”.

Recuerdo pasar las tardes junto a ella mientras me explicaba minuciosamente las características y cualidades de cada piedra que caía en sus manos. Me enseñaba su composición, su cristalografía, sus colores, sus formas, sus diferentes presencias en el entorno natural... Todo lo necesario para poder reconocerlas de un solo vistazo como un verdadero experto. Lo que hace todavía más absurdo el error de reconocimiento que me han adjudicado... pero bueno, yo conozco mi trabajo, tal y como mi madre me lo enseñó. Era admirable ver el cariño y la delicadeza con la que trataba cada pieza, como si fuese a desvanecerse en sus manos en cualquier momento.

Ella jamás me hablaba del valor de cada piedra en el mercado, porque decía que, al igual que había minerales que no valían nada y por los que se pagaba mucho, también existían otros con los que ocurría exactamente lo contrario. Me explicaba esta afirmación aclarándome que el verdadero valor de cada piedra estaba en su energía, y en cómo conectaba cada una con el momento o estado de cada persona en su avance y crecimiento por la vida. Nunca alcancé ese sentido tan profundo que quiso inculcarme y que ella me decía que le llevó a abrir la tienda en la que conectaba a cada persona con su mineral. Tal vez por eso, solo me quedé con la Geología.

**[...]**

—¿Ves esta pieza, cariño?

—Es preciosa, mamá. ¿Cuál es su nombre?

—Se llama Ágata.

—¿Se llama como tú!

—Bueno, en realidad, yo me llamo como esta maravilla. ¿Quieres saber más de esta piedra, cielo?

—¡Sí, mamá! Cuéntamelo todo, todo, todo...

—Las ágatas no son un único mineral, sino un conjunto de variedades de calcedonia, que son

*a su vez mezclas de cuarzo y moganita, otros dos tipos de piedras. Los pequeños cristalitas de cuarzo están extendidos en bandas... ¿Las ves, cariño?*

*—Sí mamá, las veo. ¿Puedo tocarla?*

*—¡Por supuesto!*

*—¡Cuéntame más, mamá!*

*—Las propiedades de las ágatas varían según las inclusiones de los diversos minerales que contengan, de diferentes colores debido a las frecuencias de la luz, o energía, que irradian...*

*—Sí, ya veo...*

*—Sin embargo, a pesar de su variedad, la mayoría de ágatas se caracterizan porque sirven para asentar y centrar las energías, aportando equilibrio físico, emocional e intelectual, como los minerales fuertes y estables que las componen. ¡Es una pieza única!*

*—¡Igual que tú, mamá!*

*—¡Te quiero, mi amor!*

**[...]**

Soy capaz de recordar esa conversación como si hubiese sucedido ayer mismo. Esa preciosa piedra, la ágata, era justo una definición exacta de mi madre. Una mujer que nos aportaba, tanto a mis abuelos como a mí, el equilibrio físico, emocional e intelectual que necesitábamos. Era una mujer fuerte y hermosa, por dentro y por fuera, como no he conocido otra.

Supo tirar hacia adelante a pesar de verse abandonada, sin razón aparente, con tan solo diecinueve años y embarazada de mí, por el hombre al que había amado con toda su alma, mi padre. Sé que jamás entendió cómo, el que ella llamaba el amor de su vida, fue capaz de dejarla así, sin más. Simplemente desapareció de su vida sin dejar rastro. Quizás se fue abrumado por la idea de ser padre tan joven, aunque mi madre lo negó siempre, y nunca supimos a ciencia cierta el motivo de su partida.

Sin embargo, mi madre lo hizo tan extraordinariamente bien que nunca eché de menos la figura paterna. Con la ayuda de mis abuelos, se sobrepuso a su juventud y a su propio dolor, y pudo darme todo el amor, estabilidad, equilibrio y fortaleza que necesité. Por eso fue devastador cuando ella también nos dejó cuando yo solo tenía quince años. Jamás he podido volver a llenar el vacío que me dejó. Solo los estudios y el trabajo me ayudaron a mantener mi mente ocupada para no pensar en ella con pesar... hasta hoy.

Mis abuelos hicieron todo lo posible por paliar mi tristeza, sobreponiéndose a la suya propia. No obstante, hace ya un par de años que tampoco les tengo a ellos. Por eso, de alguna forma, el haberme quedado sin

trabajo, es algo que ya no me importa nada, pues nada queda que me ate a este mundo... Salvo una cosa, mi amor por los minerales, el que me dejó mi madre. Quise estudiar Geología por seguir conectado con ella de alguna forma, a pesar del dolor.

Por otro lado, desde que mi madre se fue, he tenido una imperiosa necesidad de soltar adrenalina. Es así como llegué al mundo de la escalada, del vuelo en ala delta, en paracaídas, en parapente... Todo lo que supusiese subir mis pulsaciones, centrar mi atención en el aquí y ahora más inmediato, sintiendo el aire azotar todo mi cuerpo con fuerza libre y salvaje.

En la práctica de esos deportes he visitado sitios geológicamente espectaculares. Sin embargo, a pesar de que estudié mi profesión para sentirme cerca de mi madre, tampoco he querido acercarme nunca a los lugares que a ella más le gustaban. Es decir, no he visitado jamás las ubicaciones de las que más me hablaba, por la energía que decía que irradiaban. No he querido acercarme porque presentía que sería recordar, con insoportable intensidad, la inesperada pérdida de la mujer que me trajo al mundo.

Hoy sé que son esas, precisamente, las ubicaciones que realmente debo visitar. Lugares maravillosos de nuestro planeta, a los que siento que ya puedo ir. Estoy preparado. Han pasado trece años desde que se marchó, he madurado, lo he superado, y en este momento mi miedo se ha disipado.

Finalizo mi ducha matutina y, con la cabeza más despejada y un objetivo en mente, pongo la cafetera en marcha mientras enciendo mi portátil. La decisión está tomada. No soy el mismo, y mis circunstancias han cambiado. Ya no tengo por qué seguir huyendo de quien soy. He estado dando de lado a mi destino, pero ya quiero ni puedo seguir huyendo de él. Ahora tengo suficiente dinero ahorrado y mucho tiempo libre tras mi inminente despido de *Minerías Lawson*. Es el momento.

Con una sonrisa en mis labios, me sirvo una taza de café, y empiezo a recopilar información sobre todos esos monumentos rocosos de los que alguna vez me habló mi madre, más con un halo de magia que de geología, y que, casi inconscientemente, he ido acumulando en mi barra de marcadores del buscador a lo largo de estos años. Hago una lista con todos ellos, para recordar la clasificación que hacía mi madre, y trazar una ruta. Llegó la hora de viajar.



## CAPÍTULO 2

He empezado mi viaje casi en el centro del desierto de Australia, en uno de los lugares más remotos de mi lista, pero que presiento que me va a aportar el empuje que necesito para no desanimarme en esta larga aventura que me he propuesto desarrollar.

Ayer visité *Kata Tjuta*, también conocido como el *Valle de los Vientos*, cerca de *Petermann*. Un lugar increíble, en el que estuve recorriendo sus caminos entre “dunas” de roca ocre hipnotizante, tomando infinidad de fotos y cogiendo algunas muestras de mineral.

Tras volver a pasar la noche acampando en *Yulara*, hoy pienso subir hasta el *Monte Uluru*, que está a unos 17 kilómetros de donde me encuentro. Ambos emplazamientos rocosos, tanto los montes que visité ayer como el que voy a visitar hoy, son lugares que mi madre consideraba restos de hongos prehistóricos de hace millones de años, de una Era en la que, según ella, todo era de proporciones inmensas. Sin embargo, desde que he iniciado mi viaje, he intentado no mezclar esas hipótesis con mi académicamente adquirida actitud crítica y científica.

Una vez que llego al *Centro Cultural Uluru—Kata Tjuta*, desde el que se gestionan las visitas a *Uluru* y el resto del parque nacional, compruebo, junto con otros mochileros, que el acceso al monte se ha restringido, porque, según nos comunican, en breve va a hacerse efectiva la devolución del monte a sus propietarios tradicionales, la comunidad aborígen de los *Anangu*, para quienes la formación rocosa tiene una gran importancia espiritual. Mi primer impulso es el de despreciar cualquier cosa que haga referencia a mitos y leyendas de esos incivilizados. Solo pienso en el dinero que me he gastado para llegar hasta aquí, al centro de ninguna parte, buscando quién sabe qué.

Sin un permiso oficial para subir al *Monte Uluru*, lejos de casa, y abatido, comienzo a vagar entre las casas del Centro Cultural, bajo un calor abrasador, para acabar sentándome en uno de los poyetes de arenisca que está bajo una exigua sombra. Suelto mi mochila entre mis piernas, y me quedo con la mirada fija en el imponente monte que tengo frente a mí.

Poco a poco, trato de relajarme. Bebo un poco de agua, y respiro hondo, intentando dejar de ver una enorme acumulación de roca de arenisca, esculpida por la erosión del agua y el viento, para tratar de encontrar la conexión entre el sentido espiritual del que me acaban de hablar y el hecho de que, para mi madre, efectivamente este lugar estaba cargado de una gran energía residual de una época en la que, según ella, tanto este monte como los que vi ayer, son los restos de hongos gigantes.

Intentando dejar volar mi imaginación, mientras contemplo la gran formación, trato de visualizar el proceso que la formó. Sin darme cuenta, entro en un leve estado de trance, que se rompe bruscamente cuando siento cómo alguien posa su mano en mi hombro, haciendo que me sobresaltase.

Al girarme, veo que se trata de un hombre joven de aproximadamente unos veintisiete años, como yo. Tiene aspecto aborígen, aunque vestido con ropas occidentales.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

—Eeeh... Sí... No... No sé —le contesto desorientado.

—Me llamo Kora, que significa “compañero”, y creo que es lo que tú necesitas —se presenta extendiéndome su mano.

—Hola, yo soy Patrick —respondo, estrechando mi mano con la suya.

—Supongo que te ha pasado como a los demás, que no han podido subir al monte, ¿me equivoco?

—Has dado en el clavo —Me incorporo y cojo mi mochila en un gesto de autodefensa. A pesar de que el hombre que está frente a mí tiene una cara muy afable, con una perenne amplia sonrisa, y una energía muy tranquila, no sé qué intenciones tiene este tipo.

—Ah, ya veo, no te asustes —me dice Kora al darse cuenta de mi movimiento—. He visto que habías conectado de forma especial con *Uluru*, y quería ofrecerte la posibilidad de subir a su cima.

—Pero... han restringido su acceso, y me han dicho que, finalmente, lo van a prohibir. No entiendo... ¿Por qué me ofreces eso a mí? ¿Buscas dinero?

—No quiero tu dinero —responde ofendido—. No le ofrezco esto a nadie, pero he visto en tu mirada el respeto que merece *Uluru*, y que tu cultura le ha perdido a nuestro monte. La comunidad a la que pertenezco quiere... queremos recuperar ese respeto.

—¿Cómo sabes que yo soy diferente? Vengo de esa cultura.

—Sé que eres diferente. Tú aún no lo sabes, pero puedo ver en ti lo que tú

aún no puedes ver. Serás una parte importante de nuestro pasado, de la creación de nuestro mundo. Tuve un sueño. Un sueño que me llegó de *La Era de los Sueños*, que está en la base de nuestra cultura. En él mis ancestros me decían que te encontraría aquí. Después, el maestro guía de mi comunidad me lo confirmó. Y aquí estás. —No entiendo nada de lo que me está contando este hombre, y él debe notarlo, porque me posa suavemente una mano en mi brazo, tratando de calmarme, y continúa, respondiendo a las dudas que se plantean en mi mente—: solo queremos compartir nuestro tiempo contigo antes de que vuelvas a partir. Seguramente no lo comprendas en este momento, pero poder compartir tiempo contigo va a ser una experiencia inolvidable para nosotros, una reconexión con nuestro origen. —Estas palabras me dejan aún más extrañado, y Kora, percibiendo nuevamente mi expresión de desconfianza, añade—: No te cobraremos nada de tu dinero de blanco, de verdad. Créeme si te digo que esos papeles aquí, en el desierto, valen para muy poco, e incluso llegará un día en el que ni tú los necesites —sonríe, mientras con su mano me hace un gesto invitándome a acompañarle. Sin saber por qué, decido seguirle.

Por el camino, Kora no deja de tener su amable expresión, casi infantil, diría yo. Tal y como él me ha expresado, es como si se hubiese encontrado a un amigo al que conociese de toda la vida y con el que estuviese deseando compartir su tiempo. Yo no entiendo nada, más aún cuando algunos compañeros occidentales del campamento me habían hablado del carácter hostil y arisco de algunos aborígenes, resentidos por siglos de opresión y supresión de sus costumbres y tradiciones por parte del hombre blanco. Sin embargo, por primera vez en mi vida, he entrado en un modo en el que, movido por la curiosidad y el deseo de saber más, decido dejarme llevar.

Después de una hora caminando, llegamos al pequeño asentamiento de *Mutitjulu*, el único centro poblacional cercano al *Monte Uluru*. Kora me guía hasta una pequeña choza, en la que entramos. Allí hay una mujer mayor voluminosa, también de rasgos aborígenes, sentada en un viejo taburete de madera, tejiendo una cesta de pasto. Solo lleva puesta una falda de colores vivos, entre los que destaca el púrpura. Me llama la atención que no lleve cubierto el pecho, dada la influencia que sé que ya tienen de nuestra cultura, y me siento un poco avergonzado cuando la mujer se levanta sonriente para, después de saludar a Kora, abrazarme y tocarme por todo el cuerpo, como si quisiese comprobar que soy de verdad. No para de sonreír, y comienza a llorar en lo que a mí me parece que es una expresión de alegría que no

entiendo, así como el hecho de que no deja de palparme de arriba a abajo.

De la que parece la única otra estancia de la casa, sale un hombre también mayor y un niño de unos diez años. El hombre reacciona exactamente igual que la mujer, dejándome desconcertado. En el momento en el que dejan de tocarme y se apartan un poco, aunque sin dejar de posar una mano cada uno sobre mí, como si no quisiesen perderme de vista, Kora comienza a hablar, también entre lágrimas y alegría, contagiado, supongo, por el hombre y la mujer.

—Patrick, éstos son mis abuelos, Korra y Anka, y éste es mi hermano pequeño, Darel.

—Encantado —Les asiento con la cabeza sonriéndoles. En ese momento, Kora se dirige a su abuelo Anka, y le dice—:

—Él aún no sabe nada, abuelo. —Entonces, el hombre toma mi mano con fuerza entre sus dos trabajadas y robustas manos y, mirándome a los ojos, me dice de forma temblorosa, pero con firmeza—:

—Tienes poco tiempo, pero te prepararemos en todo lo que podamos. Nosotros no subimos al *Monte Uluru*. Tú lo harás después de la preparación. —dicho esto, se dirige a su nieto, y le ordena—: No pierdas tiempo. Empieza desde ya. —Kora asiente con la cabeza, me coge de la mano, y me saca de nuevo a la calle, bajo el potente sol del desierto australiano.

Lo que vendría después sería un aprendizaje intenso de la *Tjukurpa*, la ley tradicional que guía al pueblo *Anangu*, así como del resto de sus costumbres, su forma de alimentarse, de recolectar alimento, de cazar y buscar agua... todo ello siendo muy sensible a los rastros y señales tanto materiales como energéticos. Esto último, algo que ya me sonaba de mi madre.

Kora me dijo que, en su pueblo, él es considerado un anciano, porque en su cultura no es anciano el que tiene más años, sino el que es poseedor de mayor madurez y sabiduría, que no es más que la conexión con *El Tiempo de los Sueños*.

Me habló sobre un periodo antes de todo, en el que se creó nuestro mundo tal y como lo conocemos hoy, con sus montañas, sus ríos, sus cuevas, sus animales y plantas actuales... todo. Kora me contó que había recibido ese don desde pequeño, teniendo sueños en los que ve lo pasado y lo futuro. Y también me confió que fue una bendición de la Naturaleza para ayudarle a recuperar lo perdido. Lo perdido por él, y lo perdido por su pueblo.

Personalmente, él y su hermano habían perdido a sus padres. Pero también

habían perdido a su gente y costumbres. Me explicó que, acostumbrados a ser cazadores—recolectores durante miles de años, con la llegada de los blancos llegó el exterminio y la imposición de un modo de vida “fácil” y sedentario para el que ellos no estaban adaptados. Con la comida hipercalórica de acceso inmediato, se extendieron por su comunidad la obesidad y la diabetes. Con el alcohol y el tabaco, la pérdida de la conciencia, la identidad, la adicción y la violencia. Me dijo:

[...]

*“Todas las tribus que estábamos acostumbradas a comer de inmediato lo que la naturaleza nos ofrecía, caímos en el engaño de comer también inmediatamente los venenos que nos ofrecieron los blancos, que no solo nos han hundido física y moralmente, sino que también han atrapado y enloquecido a muchos. Entre ellos, cayeron en la trampa mis padres. Mi padre, por alcoholismo y violencia en una pelea, y mi madre por una súbita bajada de azúcar. Gracias a mis abuelos, mi hermano y yo, no solo hemos recuperado la vida, sino también nuestras raíces. Ellos me ayudaron a comprender lo que yo soñaba, y la importancia de mi poder y de nuestra cultura. Fui tomando conciencia de mis poderes para sentir lo que los demás no son capaces, y de mi capacidad para ver la mente de los demás. Por eso supe lo que pensabas cuando te vi, y lo sigo viendo. Son poderes, valores y conocimientos que se están diluyendo entre los nuestros, y de los que, salvo yo, pocos los recuerdan desde que los “Auténticos” se dejaron extinguir ante la visión de la podredumbre espiritual que se nos avecinaba, la misma que ya ha acabado con el alma de tu pueblo; con la salvedad de que no sois conscientes de ello”.*

Fue entonces cuando me explicó más pormenorizadamente que, en uno de aquellos sueños, me vio a mí. También vio el día que me encontraría, cuando se acercase la devolución del *Monte Urulu* a su pueblo, tal y como ya estaba pasando. Me dijo que tenía poco tiempo para explicarme demasiado. Un conocimiento que en su pueblo se tardaba en adquirir unos treinta o cuarenta años. No obstante, me aseguró que bastaría con que me llevase una buena base, porque él ya sabía que no podían retenerme por más de un mes.

Tras miles de preguntas por mi parte, Kora me aclaró que su misión no era enseñármelo todo, sino prepararme para lo que se me venía encima. A mí aquellas palabras me asustaban; sin embargo, él no paraba de repetirme que no

me preocupase, que fuese centrándome en cada paso, sin olvidar que mi destino solo estaba en la Vida, con mayúsculas, y que la esencia de ésta, a su vez, es el Respeto a la misma, algo que, me decía enfadado “*los tuyos exigen hacia ellos y sus leyes de hombres, sin tener ni idea de lo que es*”. Cuando decía esto le notaba distante, y terminaba diciéndome que él solo era un escalón más en una larga escalera que no iba a recorrer él, sino yo, y que era, precisamente yo, quien debía ser el guía de mis propios pasos, siguiendo mi instinto más profundo, mi corazón.

Me aclaró que todo lo que hacemos a los demás o a nuestra Tierra, regresa a nosotros como un *boomerang*, ya que estamos enclaustrados entre el cielo y el océano, para estar en contacto con la Naturaleza y la Tierra que nos ha creado. Me dijo que esta es una forma de mantenernos en aprendizaje, y que hasta que no alcancemos un equilibrio perfecto con nuestra creadora, no lograremos trascender a niveles superiores de existencia. No obstante, me advirtió que este avance siempre lo frenarán los contrarios al mismo, los que no respetan La Vida, sino que quieren controlarla, subyugarla y esclavizarla, poniéndola a su servicio. Me explicó que la mayoría, en mi cultura occidental, están dominados por esta fuerza, esos seres que no pueden ver la mayoría, a los que nombró de diferentes maneras. Me dijo que, porque no los vemos, es por lo que en su pueblo no se recomienda a ningún miembro que camine solo nunca, ni siquiera para ir al baño, porque muy pocos pueden resistirse a su negativo influjo. Kora me hizo hincapié en que, esas mismas entidades, camufladas entre los hombres blancos que han poseído, y que su pueblo creyó hermanos, son las que habían hecho que los suyos se perdiesen en el océano del olvido y la denigración.

Antes de la degradación del alcohol, el azúcar y el tabaco, en su pueblo, para combatir esas fuerzas, como memoria de sus ancestros primigenios, cada clan, guiado por el tótem de un espíritu animal guía, se mantenía firme, y recordaba su sentir con ayuda de canciones y danzas. Algo que se estaba perdiendo, pero que él estaba tratando de recuperar. Kora me dijo que, cuando llegase el momento, con ayuda de la vibración del *didyeridú* o *yidaki*, un tubo de madera aerófono ancestral, me ayudaría a encontrar mi tótem. Hasta entonces, me aseguró que yo no debía temer nada, porque dentro de mí estaba el pasado y el futuro que reimpulsaría el avance de todos. Yo no le entendía, pero iba guardando las palabras que me decía como si fuesen verdaderas piedras preciosas.

Y así, acumulando experiencias y conocimientos en mi mente, mi cuerpo y mi corazón, he pasado un mes con la comunidad aborigen australiana de Kora.

En este mes me han enseñado todo lo necesario para sobrevivir, hasta el punto de que, finalmente, como él me dijo, no he necesitado gastar ni uno solo de los dólares que traía en mis bolsillos. Simples papeles, trozos de madera que aquí ellos están volviendo a aprender a quemar como el resto de arbustos, en un entorno hostil en el que saber qué comer y beber, es más importante que saber qué comprar.

—Hoy es tu último día aquí, Patrick —me despierta Kora con su eterna sonrisa. Me incorporo, y veo cómo sus abuelos y su hermano aún duermen a nuestro alrededor—. ¡Levanta, amigo, hoy es tu gran día! —Miro por la pequeña ventana, y compruebo que aún pueden verse las estrellas.

—¿Es de noche? —le pregunto somnoliento a Kora.

—Sí, pero amanecerá en breve. ¡Date prisa! Debemos llegar a la cima del *Monte Uluru* antes de que amanezca —me dice Kora con una intensa emoción en su voz, que casi le cuesta reprimir.

—¡Calla, hombre, que vas a despertar a tu familia! —le reprendo, aunque tarde, porque veo cómo se van incorporando todos antes de que termine de hablar.

Sin mediar palabra, cada miembro de la familia se va acercando a mí, y me abrazan a la vez, dejándome sus sonrisas, con sus dientes brillando bajo los pocos rayos de luna que entran. De pronto, con sus sinceros abrazos, un intenso calor recorre todo mi cuerpo, hasta hacer que pueda sentir mi propia alma. Esta familia se ha portado conmigo durante este mes como si hubiese sido un nieto más para ellos, o un hermano más. Acabo de entender que ésta es ya la despedida.

—¡Os echaré mucho de menos! —Me abrazo a ellos tres, como ellos lo hacen, con la misma intensidad, y con las mismas lágrimas y risas.

—¡Buen viaje, chico! —me dice Anka con su voz grave y profunda, respondiendo a mi abrazo.

—¡Te echaremos de menos, Patrick! —Se abraza más fuerte a mí Korra, humedeciendo mi cuello con sus lágrimas —No imaginé que estaría entre los pocos que te conocerían antes de partir —me asegura feliz la mujer.

—¡Jamás te olvidaré, mi segundo hermano! —exclama el pequeño Darel.

—¡Ni yo a vosotros!

—¡Vamos, Patrick, no perdamos más tiempo! —me apremia Kora.

—¡Sí, te sigo! —me levanto rápido, avanzando tras los pasos de mi amigo, mi guía y mi maestro en estos días. Antes de salir, Kora coge el *yidaki* que tiene colgado junto a la puerta, y me grita—:

—¡No olvides llevarte tu mochila! —Ya casi había olvidado que la había traído, porque no he usado nada de ella en todo este mes. Antes de salir, me giro hacia la que ha sido mi familia estos días, para decirles lo que me quema por dentro—:

—¡Os llevaré siempre en mi corazón! —Todos asienten con una expresión de fortaleza y entereza, la que se tiene cuando debes resistir los embates de lo inevitable, la misma energía que han logrado transmitirme todos estos días, y por la que les estoy tan agradecido.

Cruzo el portal de la choza, y corro hasta ponerme al nivel de Kora, que ya ha avanzado bastante. Los dos subimos la montaña a paso ligero. Ningún miembro de los *Anangu* sube al *Monte Urulu* por respeto. Es por ello que sé la importancia que tiene esto que está haciendo Kora por mí.

Una vez en la cima, mi amigo comienza a tocar el *yidaki* como le he visto hacer durante todos estos días para deleitar a sus abuelos y su hermano. Él ha intentado enseñarme sin mucho éxito, ya que no logro alcanzar el ritmo respiratorio que él mantiene para no parar el sonido en ningún momento. Cuando termina de tocar, me dice:

—Ya he pedido permiso a nuestros ancestros. Su energía está en esta roca más que en ningún otro sitio. Por eso es sagrada para nosotros, y no nos gusta que la visiten como si fuese un parque de atracciones y la pisoteen, de la misma forma que no te gustaría que se mofasen ni pisoteasen a tus seres queridos. Para nosotros no es una creencia. Es un hecho. Y la prueba, es que ellos te guiarán ahora en este nuevo amanecer tuyo, diciéndote cuál es el tótem o animal sagrado que te acompañará en tu caminar hacia tu destino —dicho esto, Kora me pasa el tronco hueco que ha estado tocando—. Toma, toca el *yidaki*, y no pares hasta ver el animal que ha de acompañarte, porque ningún humano debe caminar solo, para así poder enfrentarse a los contrarios a La Vida.

—Sabes que aún no he aprendido... —le digo algo inseguro.

—Tú solo respira y sopla. Deja que el aire, la fuente de nuestra energía, que viene de los árboles y plantas, de los animales, de toda la Naturaleza, penetre en ti, recorra todo tu cuerpo y vuelva con el mensaje de tu ser hacia La Vida, para que La Vida te devuelva su mensaje. No pares hasta ver tu tótem.

Hago caso a mi amigo, y comienzo a tocar, dejando mi mente en blanco. Sin darme cuenta, logro lo que tanto me ha costado estos días, y el sonido comienza a fluir de forma continua. Kora se hace a un lado, poniéndose detrás de mí, a cierta distancia, y compruebo cómo, precisamente en la zona del horizonte que él tapaba, comienza a asomar el sol. Los rayos van coloreando el cielo, hasta entonces plagado de estrellas. Es justo en ese momento, en el que la noche parece mezclarse con el amanecer del día, cuando una imagen sacude mis ojos. Dos alas blancas luminosas, mucho más grandes que montañas, parece que vayan a golpearme. Inconscientemente, hago un gesto de protección y tiro el *yidaki* al suelo, apartándome de donde estaba. Kora se acerca a mí corriendo e impide que caiga al suelo.

—¿Qué has visto?! —me pregunta emocionado.

—No lo sé... —le digo aturdido, pensando que estoy así por la falta de oxígeno que me ha producido soplar tanto sin saber.

—¿Has debido ver algo! —me sienta Kora en el suelo.

—Bueno... Sí... No sé si es eso lo que debía ver...

—Dime lo que sea que hayas visto.

—He visto dos alas enormes, con mucha luz, que parecía que me iban a golpear... —Kora sonrío orgulloso.

—Con esto se termina de cumplir mi sueño, amigo. Ése es tu tótem, el mayor y más grande que haya existido jamás, el *Ave Fénix del Tiempo de los Sueños*. —Kora me da un fuerte abrazo —¡Levántate y coge tus cosas! ¡Debes continuar tu viaje, y no tienes más tiempo que perder! —Kora se incorpora, me coge por las dos manos, y tira de mí. Cuando ambos estamos de pie, el uno frente al otro, sin soltarme las manos, añade—: Este viaje que estás iniciando no es más que el principio de otro aún más grande que comienza en tu interior.

## CAPÍTULO 3

### *Un año después...*

Una fuerte sacudida en el avión agita todo mi cuerpo, haciendo que me despierte de golpe. Ha sido una turbulencia, tal y como nos informa el piloto por megafonía. Ya voy de camino a casa. Me quedé dormido en cuanto despegó la aeronave y el rumor de los motores se hizo monótono. Esta semana visité mi último destino en Argentina. Ya acumulo cierto cansancio después de tantos meses de viaje, escaladas, vuelos en parapente, recopilación de fotos y videos... porque llegué agotado al aeropuerto.

Saco de uno de mis bolsillos del pantalón un pequeño lápiz, que ya tendría que renovar por enésima vez en este viaje, y con el que he hecho cientos de dibujos y tomado miles de anotaciones. Sigo prefiriendo el tacto del papel, la madera y el grafito, a pesar de llevar también mi tableta electrónica que tantas veces se me ha quedado sin batería.

Con el lápiz, extraigo también un papel, ya bastante arrugado y un poco desgastado y roto por los pliegues, con alguna que otra mancha de café que me ha caído sobre él mientras lo he revisado infinidad de veces desayunando. Es la lista que me ha estado acompañando todo este año. En ella aparecen los que han sido mis principales destinos, así como, entre paréntesis, lo que mi madre consideraba que era cada uno de ellos.

#### ~~“AUSTRALIA~~

~~—Valle de Los Vientos, cerca de Petermann (HONGOS)~~

~~—Monte Uluru (HONGO).~~

~~—Cordillera MacDonnell (RAMAS)~~

#### ~~FILIPINAS~~

~~—Colinas de Chocolate, Bohol, Bisayas Centrales, Filipinas (TUMBAS)~~

#### ~~CHINA~~

- Monte Hua o del Esplendor, Shanxi entre Xi'ian y Huayin, China, una de las cinco montañas sagradas del Taoísmo (TOCÓN) ?*  
—*Área escénica montañosa de Wulingyuan, Zhangjiajie, Hunan, China central*

#### *SRI LANKA*

- Montes de Sigiriya, Sri Lanka (TOCONES)*

#### *ISLAS SANTO TOMÉ Y PRÍNCIPE (ÁFRICA)*

- Pico Cao Grande, Parque Natural Obo, islas de Santo Tomé y de Príncipe, África —formación casi inexistente en Google Maps —(TOCÓN) ?*

#### *TURQUÍA*

- Chimeneas de Hadas, Capadocia, Turquía (HONGOS)*

#### *CENTRO DE EUROPA*

- Los Alpes (TOCONES ASTILLADOS) ?*

#### *IRLANDA*

- La Calzada del Gigante, Columnas de basalto, Irlanda*

#### *ISLAS FEROE (MAR DE NORUEGA)*

- Litla Dimun y Skúvoy, Islas Feroe, Mar de Noruega (TOCONES)*

#### *ÁRTICO*

- Isla Prince Leopold (TOCÓN)*

#### *ESTADOS UNIDOS*

- Torre del Diablo, Wyoming (TOCÓN)*  
—*Monument Valley, Colorado, en la frontera Arizona—Utah (TOCONES)*  
—*Parque Nacional del Bosque Petrificado, Arizona (RAMAS)*

#### *MÉXICO*

- Formación cerca de León, Guanajuato, México (TOCÓN)*  
—*Jardín de piedra en Mexiquillo, Durango, México. Rocas de lava petrificada redondeada de entre 7 y 8 m de alto (HONGOS)*  
—*Peña de Bernal, Querétaro, Tequisquiapan, México (TOCÓN)*

~~—Cerro de la Muñeca, Ixmiquilpan, Hidalgo, México—cerro plano en Google Maps—y otros cerros de Cdad. de México. (TOCONES)~~  
~~—Cerro de la Mesa Redonda, Lagos de Moreno, Jalisco (TOCÓN)~~

#### *VENEZUELA*

~~—Cerro Autana, Venezuela (TOCÓN)~~  
~~—Monumento Nacional Arístides Rojas o Morro de San Juan, Guárico—aplanado en Google Maps—(TOCÓN)~~  
~~—El gran macizo de Roraima (TOCÓN)~~  
~~—Cerro Marahuaca, Parque Nacional Duida Marahuaka (TOCONES)~~  
~~—Meseta del Cerro Jaua (TOCONES)~~  
~~—Macizo de Auyán—Tepuy (TOCONES)~~  
~~—Cerro Marahuaca (TOCÓN)~~  
~~—Chimantá Massif y Chimanta Tepuy, (PARTES DE UN MISMO TOCÓN) ?~~

#### *BRASIL*

~~—Promontorio en Isla Fernando de Noronha, Pernambuco (TOCÓN) ?~~

#### *ARGENTINA*

~~—Bosque Petrificado Sarmiento (RAMAS)~~  
~~—Bosque Petrificado Ormaechea (RAMAS)~~

Tacho mi penúltimo destino visitado, tomando conciencia de que se me ha pasado el tiempo volando, y que ya doy por terminado mi largo viaje. Observo aquellos lugares que no he tachado porque no pude estar en ellos, por dificultad para torcer la ruta, o porque finalmente no los vi de interés, como fue el caso de la cordillera de *Los Alpes*, en la que considero que su origen es claramente debido al movimiento de las diferentes placas tectónicas implicadas, en lugar de tocones astillados, como pensaba mi madre.

A estas alturas, casi sin habérmelo propuesto, tengo suficiente “trabajo de campo” como para elaborar, con un pormenorizado nivel de detalle e información contrastada, la teoría que ya creo un hecho. Detengo mi vista en cada uno de los destinos tachados de la lista, que sí he visitado.

Saco mi tableta de la mochila, decidido a revisar las fotos de mi viaje. Aprovecho que mi acompañante de asiento en el avión, un señor mayor cuya

esposa y nieta están sentadas justo delante de nosotros, se ha quedado dormido. No es que me moleste su compañía, pero ha sido una persona muy curiosa y entrometida todo el trayecto, y no quería darle explicaciones sobre lo que voy a ver.

En una vista global de todas las fotos, las primeras que llaman mi atención son las que tomé en parapente en *Monument Valley*, precisamente por tratarse de uno de los emplazamientos más cercanos a mi habitual lugar de residencia, y que nunca había visto con los ojos con los que lo he visto en este viaje.

Amplíe esas imágenes, y voy pasando las fotografías. Abro a continuación, en otra ventana, una imagen de satélite de la zona, para tratar de ubicar cada foto desde una visión aún más extensa. Una idea aparece en mi cabeza, y abro rápidamente en otra ventana, la imagen de un árbol fósil que descargué de un artículo de la periodista *Natasha Frost*.

Miro consecutivamente las tres fotos; una de las que tomé en parapente, la de satélite, y la de la sección de un árbol prehistórico. Estoy empezando a pensar que lo de *Monument Valley* no son tocones de árboles aislados e independientes, como pensaba mi madre, sino que son parte de un tronco mayor. Distintos troncos que debieron unirse, formando uno solo de dimensiones aún más colosales. El hecho es que veo en la imagen de satélite que el radio de ese enorme tocón está seco, como se secan los suelos bajo las copas de determinados árboles. Otro hecho es que, considerando esas proporciones, no queda lejos el *Bosque Petrificado de Arizona*, que visité posteriormente, y que sería un vestigio de las ramas caídas de aquel enorme árbol.

Continúo pasando fotos, y aparecen ante mí las de la *Torre del Diablo*. Me paro en la que tomé de un águila justo cuando alcancé la cima. Una visión que me impresionó entonces, y cuyo recuerdo lo sigue haciendo ahora. Vienen a mi mente las leyendas que me contaron de distintas tribus que poblaron la región (*kiowas, lakotas, arapahoes, cheyennes...*), pero especialmente, por el ave que retraté, aquella que hablaba del águila *Wanblee*, que rescató a dos niños del enorme *Mato*, un enorme plantígrado con las garras del tamaño de un tipi. Con esta leyenda comienza a volar mi imaginación otra vez, y decido abrir también las fotos que tomé en la *Calzada del Gigante* de Irlanda, una formación rocosa también de estructura poligonal.

Las fuentes oficiales y mi formación académica me dicen que en ambos

casos tenemos columnas basálticas de fonolita porfídica, resultado de una erupción magmática bajo unas circunstancias fenomenológicas de constitución muy particulares. Sin embargo, lo que no puede entrar ya en mis esquemas mentales, de ningún modo, es que existan en la misma *Torre del Diablo* rocas de 65 millones de años y otras de 225 millones de años. O se produjeron todas a la vez, lo que es contradicho por los datos empíricos, o no fueron fruto de un brote volcánico. Mi hipótesis, sostenida en todo este viaje, es que fueron más bien el resultado de un crecimiento orgánico como el de un árbol. Para corroborarlo, abro otra foto. En este caso, de la sección de la estructura orgánica de las células de un tronco vivo. Comparo la forma perfecta de las columnas de basalto de la *Torre* con las de dichas células. Presentan la misma geometría, incluso la misma que en la *Calzada* de Irlanda... Para mí es un hecho que son algo más que simples formaciones rocosas, porque se están dando coincidencias difíciles de creer, pero no imposibles. No voy a continuar en la corriente de ceguera de toda la comunidad científica que me formó y de la que, por mi título, se supone que soy parte.

Una comunidad científica en la que estoy seguro que no habrá nadie que me crea, sino todo lo contrario. Seguramente seré ridiculizado y vilipendiado si decido exponer lo que he comprobado. Me dirán que soy un pobre parado que no sabía qué hacer para llamar la atención y ganar el dinero que no es capaz de ganarse como todos los demás. Cuando es precisamente el hecho de haberme quedado temporalmente fuera del sistema lo que me ha permitido abrir la mente. Considero que esto no supone solo un cambio de paradigma, sino algo mucho más profundo, que intuyo que no casa con nuestro actual sistema.

Un sistema en el que, más allá del interés puramente económico que pudiese suscitar, a nadie actualmente parece interesarle este descubrimiento. Como bien he aprendido en el mundo de la minería, a cuyo servicio he estado tantos años, solo interesa el dinero, el verdadero y actual señor de este tiempo. Nadie quiere llegar a la parte histórica, y mucho menos espiritual, que todo esto implica.

Recuerdo entonces, la prohibición para visitar el *Monte Uluru*, para así dejarlo de nuevo a sus propietarios indígenas. Está claro que si han permitido dicho traspaso es porque no han encontrado nada que les pueda reportar grandes sumas de dinero, más allá de irrisorias cantidades por un intermitente ir y venir de turistas dispuestos a pasar calor en el mismísimo centro del

desierto australiano.

Es todo lo contrario al caso de Venezuela, donde he encontrado la mayor concentración de tocones de árboles de grandes dimensiones, y cuyo emplazamiento coincide, precisamente, con la mayor reserva de petróleo de la Tierra. No es casualidad. Tanto resto orgánico fósil debe ser la consecuencia del desprendimiento de la materia que esos tocones debían sostener. Seguramente, cientos de miles de millones de kilos de organismos de todo tipo, una cantidad difícil incluso de imaginar. Pero nadie se va a fijar en los tocones, solo están centrados en el poder y beneficios que potencialmente supone todo ese oro negro para el funcionamiento de la actual maquinaria socio—económica. A mí ya me da igual todo eso.

Casi sin darme cuenta, siento cómo el avión aterriza en el *Aeropuerto Internacional de Phoenix*. Ya estoy en casa. Sin embargo, un largo escalofrío recorre mi cuerpo, cuando tomo conciencia del nombre de la ciudad en la que he vivido toda mi vida. Es el mismo que el de mi tótem.

Regreso mis cosas a la mochila, me la cuelgo de un hombro y me encamino hacia la puerta de salida del avión. Nada más poner un pie fuera del aeroplano, me acuerdo de las palabras de despedida que me dijo Kora, el simpático hombre y mejor persona que conocí en Australia, al principio de toda esta travesía, “*este viaje que estás iniciando no es más que el principio de otro aún más grande que comienza en tu interior*”. Rememorando estas palabras, no puedo evitar pensar en mi madre que, de alguna forma, no ha dejado de estar presente en este viaje.

Y como si una fuerza irrefrenable estuviese tirando de mí, comienzo a sentir una imperiosa necesidad de acudir a la antigua casa de mis abuelos, para desenterrar de su desván todas aquellas pertenencias que guardaron de mi madre, y de las que no quise saber nada desde que desapareció. Ya no temo nada y, sobre todo, no quiero volver a alejarme nunca más de cualquier cosa que me pueda acercar a ella.

## CAPÍTULO 4

Me despido del taxista y entro en mi casa, dejando caer mi bolsa de viaje en la entrada. Suelto las llaves y el móvil sobre el aparador que tengo junto a la puerta de salida y, sin perder un segundo, busco las llaves de la casa de mis abuelos, la cual me quedó por herencia tras su muerte, por ser mi madre hija única.

Es curioso que, cuando ellos vivían, iba mucho a visitarles, pero, desde que fallecieron y la vivienda pasó a ser de mi propiedad, apenas la visito. Tengo una extraña mezcla de sentimientos con esa casa. Por un lado, no quiero desprenderme de ella ni alquilarla, y por otro, no quiero remover demasiado mi pasado. Me acuerdo entonces de lo que me dijo Kora el último día que pasé con ellos, y me sonrío diciéndome a mí mismo: *“Esta casa es mi pequeño Monte Uluru, al que le debo respeto”*.

Tras abrir y cerrar uno cuantos cajones, recuerdo que dejé las llaves dentro de una caja de madera que tengo en la estantería de mi salón. Acudo rápido a ella, y las encuentro, dando un largo suspiro de alivio. Tomo también las llaves de mi coche, y voy raudo al garaje.

De camino a la casa de mis abuelos, pienso en todo lo que me ha ocurrido este año, en las personas que he conocido, y en todo lo que he aprendido. Conocimientos y experiencias que no quiero dejar pasar sin más, enterrándolas en el cajón de los olvidos al que parece querer relegarlos el entorno urbanita en el que ahora me encuentro. Vengo exhausto pero, a la vez, lleno de energía. Una energía que necesitaba sentir desde hace mucho.

Cuando llego a un semáforo en el que debo parar, no puedo evitar mirar hacia el asiento del acompañante. En él llama mi atención un portafolio con el logotipo de la minera en la que trabajaba. Por un segundo me retrotraigo a mi vida de antes, y siento como si todo lo que he experimentado hubiese sido solo un sueño. Para luchar contra ello, rememoro la imagen de mi tótem, que tanto me ha ayudado estos meses y, de un plumazo, desaparecen de mi mente las caras adustas y secas de las personas con las que trabajaba en la minera.

Que me despidieran ha sido lo mejor que me podía haber pasado en la

vida, porque recopilando mentalmente mi experiencia en aquella empresa, basada en el trato con mis compañeros y jefes, siento que me liberé de un gran peso. Mientras estuve trabajando aquellos siete años en *Lawson* no tuve vida. Pensaba casi única y exclusivamente en el trabajo, salvo cuando salía a tomar una copa con los compañeros. Esos buitres que no me hicieron ni una sola llamada cuando fui despedido, como si mi nueva situación fuese una enfermedad contagiosa.

Veo pasar a una mujer preciosa y llena de curvas por la acera, y a mi cabeza acuden muchos momentos en los que no he sido un santo, precisamente. He tenido muchas chicas en mi cama, pero nunca pasaba nada más allá de alguna noche de fría y absurda pasión programada, que a mí me dejaba más vacío que satisfecho, y que debía ser lo mismo que sentían ellas, puesto que jamás volvía a verlas. Quizás tenga algún tipo de problema psicológico, debido al abandono de mi padre, o simplemente puede que lleve escrito en los genes que voy a abandonarlas en cuanto se queden preñadas, tal y como hizo él. O, tal vez, sea que no estoy preparado para ninguna relación seria, por miedo a que me dejen tirado en cualquier momento y con el corazón hecho pedazos como le pasó a mi madre. Solo sé que el amor de pareja no está hecho para mí, tan sencillo como eso.

Sin darme cuenta, me adentro en el barrio de mis abuelos. Conduciendo por sus calles recuerdo la de veces que paseé con mi bici por aquí, con mi madre como loca buscándome. No sé por qué, en el último tramo de mi viaje no he parado de soñar con ella. Será porque, en el fondo, todo este viaje ha sido un homenaje a su memoria. La echo tanto de menos a ella y a mis abuelos.

En estos momentos me doy cuenta de lo solo que me han dejado. Ya hace tres años que se fueron mis abuelos, uno casi inmediatamente detrás del otro. Del otro dramático suceso han pasado trece años. Entonces yo solo tenía quince años, aunque aún hoy me pregunto qué fue lo que pasó...

Un sábado, como tantos otros, mi madre tenía que irse a trabajar a su tienda. Sin embargo, cuando subió a mi habitación para despedirse de mí como siempre lo hacía, me dijo que tenía que hacer algo urgente, un asunto por el que debía salir de la ciudad, pero que volvería al día siguiente por la noche. Lo extraño fue que, antes de salir por la puerta, recuerdo que discutió con el abuelo. Yo estaba terminando de vestirme para bajar a desayunar...

[...]

—¿Quieres olvidarte ya del tema?

—No puedo, papá.

—¿Es que no te das cuenta de que, simplemente, te engañó?

—Eso no lo sabemos con seguridad. Él me amaba, lo sé.

—¡Por el amor de Dios, Ágata! ¡Olvídate de ese hombre! ¡Te dejó sabiendo que estabas embarazada! ¡¿Que persona que ama a otra se larga sin dejar rastro?! ¡¿No te das cuenta de que ni tú ni Patrick le importasteis una mierda?!

—Por favor, Jeremy, no le grites más a tu hija. Patrick puede oírte.

—¡Es que no puedo entenderlo, Marian, de verdad que no!

—Papá, te quiero con toda mi alma, lo sabes, pero en esto no puedo hacerte caso. Necesito saber qué pasó, y creo que sé dónde encontrar las respuestas...

—¡Ágata, si sales por esa puerta en busca de ese malnacido, no te molestes en volver!

—Sabes que no lo dices en serio, viejo gruñón.

—No nos hagas esto, hija. No quiero que vuelvan a hacerte daño, cariño, no quiero que rompan tu corazón en mil pedazos otra vez. Tienes a Patrick, nos tienes a nosotros, ¿no te basta?

—Sois mi mundo, pero necesito encontrar mi corazón, papá. Solo quiero ver hasta dónde me lleva esta pista que me han dado, y te prometo que si no lo veo claro, olvido el tema para siempre.

—¡Pues te acompañamos! No me gusta que vayas sola.

—Papáaaa. Sabes que voy sola a todas partes y nunca pasa nada. Incluso he ido sola más de una vez al extranjero para comprar material nuevo para la tienda, y aquí estoy. ¡Tienes una hija muy avispada, fuerte y valiente que no se va a amilanar ahora por seguir una tontería de rastro!

—Está bieeen... Ve y busca lo que tengas que buscar... ¡Pero te quiero aquí antes de las doce de la noche de mañana!

—¿Vas a ponerme hora como cuando era una niña?

—Tú siempre serás mi niña.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, mi amor.

—¡¡Nos vemos, mamá!!

—¡Que te vaya bien, cielo!

—*¡Te quiero, Patrick!*

—*¡Yo a ti, mamá! ¡¡Mañana toca pizza, no lo olvides!!*

—*¡Tranquilo, no se me olvida! ¡Estaré aquí para la cena! ¡¡Adiós!!*

*[...]*

Tras salir de casa ese día, mi madre ya no volvió. Desapareció. La policía buscó durante meses algún rastro que pudiese esclarecer lo que pasó con ella. Solían decirle a mis abuelos que seguramente se había ido de forma voluntaria, pero ellos se negaban a creer que su hija fuese capaz de hacer aquello, sin ni siquiera ponerse en contacto para decirles que estaba bien. Era imposible que se hubiese ido, abandonando a su único hijo, al que amaba con locura. Era inconcebible que ella hiciese lo mismo que hizo mi padre, olvidarse de todo y de todos, y desaparecer.

Un día, la policía nos informó que no podían perder más tiempo buscando a una persona que, a todas luces, se había ido porque había querido. Mis abuelos no dejaron nunca de buscar por su cuenta, siguiendo el rastro de la dirección que les dijo mi madre que iba a visitar, justo en la frontera con México. Lucharon todo lo que pudieron para que su desaparición no cayera en el olvido; pero no lo consiguieron. Sé que ellos hicieron todo lo que estuvo en sus manos por encontrarla y sacarme a mí a flote, hasta prácticamente arruinarse. Por eso, imperaba en mí la necesidad de encontrar un trabajo donde me pagaran bien, para poder devolverles a mis abuelos todo el esfuerzo y capital invertido, tanto en la búsqueda de mi madre como en mi crianza. Ante esta situación, no lo dudé en cuanto tuve la oportunidad de trabajar en la *Minera Lawson*, una de las mayores del país, y gracias a cuyo salario pude evitar que embargasen la casa de mis abuelos. Pero eso ya es historia.

Desde la marcha de mi madre, en casa, todo lo relacionado con ese hecho se convirtió en un tema tabú. No hablábamos de lo sucedido. Dolía demasiado. De hecho, mis abuelos murieron sin volver a pronunciar el nombre de mi madre. Terminaron por vender la tienda de abalorios que ella tenía, y no querían ni hablar de piedras preciosas. Por ello, les supuso un gran esfuerzo verme cursar la carrera de Geología, la misma que cursó mi madre. Sin embargo, estaban muy orgullosos de mí y, a pesar de su dolor, supieron apoyarme en todo lo que necesité. Sé que los tres pasamos mucho tiempo llorando en silencio cada noche, por el abandono de mi madre, por la

incertidumbre de no saber dónde estaría, y si estaría bien.

Con un movimiento de cabeza, intento apartar esos recuerdos de mi mente, para que no sigan dañándome el alma. Ése fue el último día que escuché la voz de mi madre. El último día que sentí el calor de su piel, cuando me besó para despertarme antes de despedirse.

Llego a la casa de mis abuelos. Paro el coche, me bajo, y camino tranquilo hacia la puerta. Antes de abrir, me saluda la señora Rose, nuestra vecina de toda la vida, que se mudó al vecindario al mismo tiempo que mis abuelos. Aunque le veo intención de acercarse a saludarme, se frena porque está hablando en su porche con otra vecina. Para no tenerla en la puerta en unos minutos, le digo que vengo a por unas cosas, y que me iré enseguida. Le añado que estoy encantado de volver a verla, y así la dejo tranquila. Sé que es muy cotilla y religiosa, y no me dejará en paz con el tema del trabajo y el matrimonio.

Cierro la puerta, y me paro tras ella, respirando profundamente. Es increíble que, a pesar de llevar tres años cerrada, la casa aún huele a mis abuelos. Activo los magnetotérmicos de la luz, y subo directo al desván.

Al entrar, observo todo con detenimiento. Está oscuro y polvoriento. Abro una ventana para que entre luz y aire fresco. Sé perfectamente dónde están las cajas con las pertenencias de mi madre, a pesar de que llevo trece años sin ni siquiera mirar el interior de una sola de ellas. El principal rayo de luz que entra por la ventana ilumina un viejo baúl, en el cual mi madre conservaba muchos de sus recuerdos más preciados, y que nadie en esta casa tocó jamás... Hasta hoy.

Cojo un viejo taburete de madera al que le sacudo el polvo, y me siento junto al baúl. Lo abro lentamente, y el molesto sonido de las viejas bisagras logra que se me erice la piel. Empiezo a sacar cosas de él, como si buscara algo en concreto, aunque no sé qué. Solo quiero volver a sentir de cerca a mi madre. Me detengo en algunas cosas, como una pequeña caja con colgantes y pulseras que ella se ponía a veces, y que están grabadas a fuego en mi memoria. Voy repartiendo por el suelo lo que saco, hasta dar con el fondo del baúl, un poco levantado y viciado por la humedad. Por una de sus esquinas rotas veo el brillo de algo. Tiro de la madera, y compruebo que se trata de un doble fondo. Me sorprende al encontrar “un tesoro prohibido”, un desgastado libro de amuletos y magia de los cristales, que pertenecía a mi madre, y que

nunca me dejó ni tocar, porque decía que había que ser muy fuerte, experimentado y maduro para adentrarse en ese conocimiento. De lo contrario, me decía, podía ser incluso peligroso. Es un riesgo que ahora estoy dispuesto a correr.

Arrastro mi mano por la desgastada portada de piel azul del libro con ribetes plateados, y letras grabadas del mismo color. Trato de sentir a mi madre tocándolo. Al abrirlo, un olor atraviesa mis fosas nasales golpeando mi memoria. Es su perfume preferido, mezclado con un penetrante olor a libro viejo. Huele a ella en cada página y, a medida que voy pasando sus hojas, el olor se hace más y más intenso, hasta un punto en el que recuerdo la paz que mi madre me transmitía.

Me levanto con el libro abierto en las manos, buscando acercarme a la ventana, para poder verlo mejor, cuando cae de entre sus páginas una hoja suelta. Está doblada por la mitad, y ya tiene un color amarillento propio del paso de demasiados años, lo que despierta poderosamente mi curiosidad.

Dejo el libro sobre un buró que solía usar mi abuelo para la que era su pasión más secreta, escribir poemas, especialmente a mi abuela, y abro la hoja con cuidado de no romperla. Aparece entonces frente a mí lo que parece un plano astronómico, o una carta astral, no lo tengo muy claro. Tanto el dibujo como las anotaciones parecen hechas a mano. Por el trazo inseguro, incluso diría que han copiado de un original. No entiendo muy bien qué significado puede tener todo lo que aparece en él. Le doy la vuelta al papel, y me sorprende la anotación que encuentro:

*“Yetzel Yuma  
Teléfono: 011 52 621 476 0053 96  
Cuevas de Naica”*

Me sorprende ver escrito el nombre de esa famosa cueva. Sobre todo, porque mi madre me enseñó fotos de ella misma cuando apenas era un niño. Recuerdo sus gigantescas formaciones de cristal. Incluso podría reproducir perfectamente la explicación que me dio mi madre, sentándome en su regazo. Una explicación que, como siempre, era más científica y pormenorizada de lo que debiera ser habitual para un niño, pero así era ella.

[...]

—*¡Son preciosos estos cristales gigantes!, ¿verdad, cariño?*

—*¡Son enooooormes!*

—*Son cristales gigantes de selenita, una variedad transparente de yeso. Pero no se llama selenita porque contenga selenio en su composición. ¡No señor! ¡Es mucho mejor! Se debe a una razón más poética: Al hecho de que su tipo de reflexión de la luz es parecido al de la luna, a la que se llama Selene en griego antiguo... Es una historia preciosa.*

[...]

Con este recuerdo, como si de un resorte se tratase, entran en ebullición en mi cabeza otros tantos que empiezo a conectar. Me acuerdo de Kora y de su sentido del destino y lo místico; me acuerdo de la pasión de mi madre por los cristales y sus energías; me acuerdo de que ella me contó que fue en un viaje a esas cuevas donde le abandonó mi padre... ¿Por qué tenía este recuerdo bloqueado? ¿Por qué no recordé esto cuando mis abuelos la estaban buscando? ¿Por qué he encontrado todo esto precisamente ahora? ¿Será casualidad? No, ya he aprendido en mi viaje que las casualidades no existen.

Es extraño que fue también en México donde ella desapareció. Un fuerte palpito golpea mi pecho. Presiento que estoy ante una pista, un rastro hacia la verdad de la desaparición de mi madre.

Lo que más me extraña de esa anotación es ese nombre, “*Yetzel Yuma*”. ¿Qué será? ¿Un lugar? ¿Una cosa? ¿Una persona?... Saco mi teléfono móvil del bolsillo de mi pantalón, abro internet, y tecleo esas dos palabras. Tras desechar varias páginas sin sentido, no tarda en aparecer la respuesta a mis preguntas en un artículo sobre diferentes chamanes del mundo.

*“El señor Yetzel Yuma es un chamán que ayuda, con una tenacidad asombrosa, al sostenimiento de las costumbres ancestrales en su pueblo, la tribu de los tarahumaras o rarámuri, en el estado de Chihuahua, México, y a los que se considera descendientes de los primeros hombres que cruzaron el estrecho de Bering hace treinta mil años.*

*Entre sus creencias más extrañas, que ha preservado a pesar de la dominante imposición de las iglesias europeas, mantiene la existencia de vida gigante en tiempos anteriores al nuestro, que, desde su punto de vista, no son tan remotos. Predomina también su conexión con los animales, en un sentido totémico, y cuyas vidas canta y expresa con danzas al ritmo de sus sonajas.*

*Él se considera un Owiruame o sanador bueno, contrario al Sukurúame, que hace el mal. Según asegura, el Owiruame, en el tiempo de los gigantes, se transportaba de un lugar a otro en forma de ave, y a veces viajaba junto con su familia. Su función es establecer un equilibrio entre el cuerpo y el cosmos.*

*Para él hay dos realidades: la visible o corpórea, y la invisible, estando rodeado en ambas por seres malignos y benignos. El Bien (Dios por influencia europea) creó a los rarámuris y El Mal (el Diablo) a los chabochis, cuyo único deseo es destruir o controlar a los primeros. En una de sus leyendas, Dios se enojó con los rarámuris porque perdieron una competencia ante los chabochis, de lo que devino que de ahí en adelante los rarámuris serían pobres y los chabochis ricos. Son muchas más las leyendas de los tarahumaras, y en todas ellas explican su concepción no solo del mundo, sino de su creación.*

*Yetzel Yuma cuenta que comenzó su formación como chamán cuando, con la intención de purificarse de alimentos perjudiciales, dejó de comer un día siendo joven. Esto le llevó a caer gravemente enfermo, hasta el punto de que tuvo que ser alimentado por sus familiares. Se estuvo debatiendo entre la vida y la muerte. Sin embargo, él relata que su espíritu estaba despierto, conectado con el tiempo de sus ancestros a través del mundo de los sueños, y que allí recibió las enseñanzas para controlar las fuerzas naturales, las yerbas y el arte de la curación, así como la capacidad para distinguir el bien del mal, es decir, lo que, según explica, es genuinamente rarámuri de lo que es chabochi.”*

¿Un chamán? Pero... ¿qué es esto? No entiendo nada. ¿Por qué mi madre tenía el número de teléfono de un chamán mexicano? ¿Es por eso por lo que mi viaje me ha llevado a conocer tantos de ellos? Además, veo muchas similitudes con otras leyendas que ya he oído. No puedo con esta

incertidumbre.

Necesito saber de qué conocía mi madre a este hombre, y solo él puede darme las respuestas, si es que aún sigue vivo y sigue teniendo ese número de teléfono.

Cierro la aplicación de Internet en mi móvil, y marco el número de Yetzel Yuma. Si no lo localizo así, removeré cielo y tierra hasta encontrarle a él o cualquier otra cosa que me dé más pistas. De momento, el teléfono da llamada...

—¿Dígame? —contesta una voz ronca al otro lado de la línea.

—Buenas tardes —saludo con el español que aún recuerdo de mis días de estudiante y de mi trabajo en los emplazamientos hispanoamericanos de la minera—. Quería hablar con el señor Yetzel Yuma.

—Con él está hablando, muchacho.

—Perfecto. Verá... mi nombre es...

—Patrick Peterson —me interrumpe el señor Yetzel.

—¿Cómo sabe quién soy? —le pregunto, entre curioso y asustado.

—Sé muchas cosas de usted, Patrick —me responde sosegadamente—. Entre otras cosas, sé que es el hijo de Ágata, ¿no es cierto?

—Precisamente por eso le llamaba... Necesito... —titubeo sorprendido.

—Respuestas. Lo sé —vuelve a interrumpirme—, pero no puedo dárselas por teléfono. ¿Tiene dónde anotar?

—Sí, dígame —le respondo, poniendo el altavoz del teléfono para acceder a la aplicación de las notas.

—Le voy a dar la dirección de un lugar donde podemos encontrarnos. ¿Puede viajar ya mismo a México?

—¿Ahora mismo?!

—O es antes del amanecer o ya no podrá verme —me asevera tajante.

—Bueno... sí... podría. De hecho, no hace tanto que estuve en su país.

—Lo sé —me responde seguro, tras lo que comienza a darme una dirección.

La anoto con el pulso temblándome más que nunca, lo que hace que el corrector automático del móvil me haga poner palabras que no quería, y que debo ir corrigiendo con la mayor celeridad posible. Él debe notármelo en la respiración, porque me dice—:

—No esté nervioso, Patrick. Para todo hay tiempo, y todo tiene su tiempo... Es precisamente por eso por lo que usted debe venir mañana sin falta, porque el suyo ya ha llegado. Usted ya está preparado.

—¿Preparado para qué? Es lo que todos me dicen desde hace un tiempo, ¿para qué tenía que prepararme?

—Le he dicho que por aquí no se lo puedo explicar. Venga a esa dirección, y hablaremos. Pero, le repito, procure llegar antes del amanecer. Le estaré esperando. —Nada más decirme esto, me siento aún más contrariado. Todo me huele demasiado raro y solo espero no estar metiéndome en ningún lío. Aunque, a estas alturas, no sé de qué me sorprende.

—Ya está —le digo cuando he terminado de anotar.

—Muy bien, muchacho. Le espero sin falta.

—Lo intentaré...

—No lo intente. Hágalo —me ordena serio, casi enfadado—. De madrugada, Patrick, tiene que ser de madrugada, ¿me entiende?

—En realidad, no sé de qué va todo esto, señor Yetzel, no entiendo por qué tanta prisa —le digo, empezando a ponerme nervioso.

—Si quieres saber de tu madre, tiene que ser mañana, Patrick. Cualquier otro día, ya será tarde para ti, y para ella... Para todos. —Sin mediar más palabra, me cuelga.

## CAPÍTULO 5

Después de cinco horas y media de viaje en avión de Phoenix a Chihuahua, con escala en Dallas, y una hora y cuarenta minutos de viaje en taxi desde Chihuahua a Naica, llego agotado a mi destino. Ni siquiera descansé después de mi último viaje de Argentina a Estados Unidos, y tengo la impresión de que, cuando parecía que estaba terminando mi recorrido, no estoy más que empezando otro nuevo.

Son las tres y media de la madrugada, aunque parece de día, por la intensa luna llena, a la que no he quitado ojo en todo el viaje, así como a las brillantes estrellas que parecen haberse alineado con ella.

Bajo del vehículo con mi mochila, y pago al taxista, una tarifa mucho más cara de lo habitual, pues fue la única forma que tuve de convencerle para que me trajese a mi destino a estas horas de la madrugada.

Al agotamiento físico, debo sumar el psicológico, puesto que no he parado de darle vueltas a todo lo que me está sucediendo, aunque sin llegar a respuesta alguna. Será por ese cansancio, o porque estoy entrando en un estado en el que ya casi me da igual todo, como si el fluir de toda la existencia y el mío propio, estuviésemos avanzando al unísono, que estoy abierto a descubrir y aprender lo que sea.

No he parado de pensar en la urgencia que me expresó al chamán en mi conversación telefónica con él. Pero ya estoy aquí. Miro a mi alrededor, y no hay un alma en las calles, casi como si se tratase de un pueblo fantasma, lo que me sorprende, porque se supone que aún hay vida en esta localidad. Por lo que sé, su motor económico es la mina, principal productora de plomo de México, aunque ahora sea más conocida por la cueva de los cristales, que descubrieron dos mineros por casualidad, y que se ha convertido en un foco turístico.

Busco algún número en la casa que tengo frente a mí, que me corrobore que el taxista me ha dejado en la dirección que le pedí. Sin embargo, no encuentro las indicaciones que esperaba, y comienzo a desesperarme, más aún cuando todo está cerrado, y ni siquiera puedo preguntar a nadie por la calle. Instintivamente, saco mi teléfono del bolsillo para llamar a Yetzel, cuando veo

que es él el que me llama.

—¿Dónde se encuentra, Yetzel?

—Estoy en el cerro que hay justo encima de la entrada de la mina. Le he visto llegar en el taxi desde aquí. Voy a encender una hoguera para que vea mi ubicación. Vaya caminando de todas formas hacia la mina, y me verá. No tarde. Se nos acaba el tiempo. —Yetzel me cuelga, y hago caso a su indicación.

Por el camino, los perros comienzan a ladrarme desde los patios de las casas de forma bastante agresiva. Me inquieto ante la idea de que puedan alertar a alguien, que piense que soy algún vándalo nocturno y frustré mi encuentro.

A mitad de camino, ya veo encenderse la hoguera de la que me ha hablado Yetzel. Acelero entonces mi paso todo lo que puedo y, en menos de tres minutos, estoy plantado frente al misterioso chamán que conocía mi madre, y que dice conocerme.

Me quedo quieto mirándole de arriba a abajo, sin querer mover ni un solo músculo, imitando lo mismo que él hace al verme, porque se queda mirándome en silencio de una forma que me hace sentir incómodo. El reflejo de la luz de la luna, así como el de la hoguera reflejada en su cara, le confieren un halo aún más misterioso y mágico.

Se trata de un hombre bajito, comparado con mi metro ochenta y siete, con la tez bastante oscura y con miles de arrugas poblando su cara. Su pelo cano pasa de forma suave sobre sus orejas, grandes y caídas por el paso de los años. Lleva una diadema de grandes plumas en la cabeza, y una pipa en la boca.

A toda esa aura inquietante hay que sumar que, a mis espaldas, los perros no dejan de ladrar, y su estruendo es aún más atronador ante este silencio incómodo. Ya suena como si estuviesen ladrando todos los del pueblo, provocando que yo esté cada vez más tenso por este encuentro. Yetzel parece adivinarlo y, después de los primeros segundos de observación mutua que hemos tenido, por fin se mueve.

El hombre retira la pipa de su boca y exhala una nube de humo blanca que se mezcla con la de la hoguera, que prácticamente me trago entera. Puedo oler el fortísimo aroma a ayahuasca, una hierba alucinógena que ya me es familiar de otros encuentros en mi viaje, de uso típico entre muchas tribus indígenas, y que me embota la conciencia con lo poco que he inhalado.

—Vienes con demasiado miedo, y los perros lo han olido, poniendo en aviso a los *chabochi*, que ya están revolviéndose a través de ellos. Hazte a un lado —me indica extendiendo su brazo para que me aparte. Da una fuerte calada a su pipa, cierra los ojos y, acto seguido, los abre fijando intensamente su mirada en dirección al pueblo. Flexiona un poco sus rodillas, apoyando sus manos en ellas, y sopla con fuerza sobre el fuego, en una mezcla de saliva y humo, sin quitar la mirada del pueblo. Al instante, callan todos los perros que ladraban. Yetzel vuelve a incorporarse, sonrío relajado, y posa su mano en mi hombro—. Así está mucho mejor, ¿no crees? —sonríe. Yo asiento con la cabeza e intento, entonces, saludarle.

—Ho..la —titubeo—, Yetzel Yuma, ¿verdad? —pregunto más por aturdimiento que por confirmar lo que es evidente, extendiendo mi mano para saludarle.

—Sí, Patrick —me estrecha su mano—. Siéntate —me pide, sentándose él y animándome con un gesto a que lo haga a su lado—. Tenemos mucho de lo que hablar, pero el tiempo apremia... —me dice, mirando hacia el cielo—. ¿Traes el papel donde encontraste mi teléfono? —Busco en el bolsillo de mi pantalón la hoja amarillenta que encontré en el libro de amuletos de mi madre.

—¿Qué es esto? ¿Qué significa?

—Es una carta astral.

—¿Y para qué sirve una carta astral? No entiendo nada...

—Las cartas astrales son diagramas que representan las posiciones planetarias. Ahí se puede ver qué lugar y que tiempo ocupan los planetas en un determinado momento. Gracias a ello, se pueden hacer interpretaciones psicológicas, e incluso pueden llegar a predecirnos el futuro. Sin embargo, esta carta que copió tu madre de la original, semanas antes de ir a esa cueva —dice, sacando un papel doblado de su zurrón, que abre y pone delante de mí, y en el que veo que aparece el mismo mapa que yo sujeto entre mis manos—, es algo más —termina dando una fuerte calada a su pipa.

—¿Qué?! —le pregunto desesperado.

—Es un mapa de la llave que abre la puerta temporal que ahora mismo está bajo nuestros pies —me explica tomando el papel de mis manos.

—¿Esa puerta es la mina? —le pregunto extrañado.

—No. Esa puerta es La Cueva de los Cristales, la misma por la que se fue tu madre en un día como hoy. —Cuando dice esto me deja sorprendido y contrariado.

—¿De qué está hablando?! —me desespero.

—Tranquilo, chico... solo te explicaré algo más y, a partir de ahí, deberás ser tú el que vaya en busca de las respuestas que yo no puedo darte —intenta tranquilizarme infructuosamente—. Una vez, cada dos mil años, aproximadamente, los astros se alinean de una determinada manera, dando lugar a una fuerte expresión energética en la naturaleza. La última alineación fue hace trece años, justo el día en que desapareció tu madre. Esa conjunción de los astros es un suceso muy poderoso, lleno de magia, y va a volver a ocurrir esta misma noche.

—No entiendo.

—Mira las posiciones de los astros en el cielo, chico, y ahora mira esa carta astral que tienes en las manos. Compáralas —Le hago caso, y veo que, efectivamente, casi se reproduce en el papel lo que estoy viendo en el cielo.

—Los astros vuelven a alinearse, a pesar de no haber pasado aún los dos mil años, porque algo especial debe pasar... Falta muy poco para que todos los engranajes de la maquinaria estelar te abran el portal. Lo están haciendo por ti.

—¿Un portal hacia dónde?

—Hacia donde está tu madre. —En estos momentos me siento atemorizado. ¿Me estará engañando este hombre? Pero ¿por qué querría hacerlo, y por qué a mí? —Si quieres saber de tu madre, tienes que ir allí, y esperar el momento justo. Debes estar allí, Patrick. Las casualidades no existen, y tú estás aquí porque las fuerzas de este mundo te reclaman. Pero todo tiene su momento y, por ese motivo, hasta ahora no has venido en mi busca; y por eso, hasta ahora no habías encontrado esta carta, ni habías tenido tan presente a tu madre. El tiempo es ahora, y ya ha llegado el tuyo, Patrick. Debes ir en busca de tu destino, o él cerrará las puertas de tu mundo... y el de todos.

—Yetzel, necesito hacerle preguntas.

—Pues hazlas rápido, porque se nos acaba el tiempo.

—Hace trece años que no sabemos nada de mi madre, si está viva o muerta. Sin explicación alguna, me abandonó, y yo la echo de menos cada minuto de mi vida —digo en un susurro—. Espero que usted no esté jugando con mi dolor, ni quiera abusar de mí... Estoy aquí porque encontré sus datos entre un libro de amuletos muy importante para mi madre, ¡pero sigo sin ver la relación entre ella y usted! —digo con un nudo enorme en la garganta.

—Patrick, hay cosas que no se pueden explicar, por muchas palabras que se empleen en ello. Hay cosas que se deben vivir. Tu vida y la de tu madre estaban destinadas a ir por caminos diferentes. Ella tenía una misión muy importante que llevar a cabo, pero debía hacerlo sola. Sé que no lo puedes asimilar, ni ella misma podía, pero pronto lo entenderás todo. Confía en mí, muchacho —me asegura, dándome unas palmaditas en mi mano.

—¿Cuándo la conociste? —le pregunto intrigado por saber ya la historia que me ha traído hasta aquí.

—Conocí a Ágata un día que vino a comprarme cuarzos y piedras preciosas para su tienda. Por aquel entonces, yo poseía las más bellas piezas, y las vendía a personas de todo el mundo. Tu madre contactó conmigo de forma telefónica, y le di la dirección para que viniese y se llevase lo que quisiese. Un día, apareció sin avisar y me dijo que necesitaba ir a La Cueva de los Cristales. Yo le pregunté que si era puro interés gemológico, sabiendo de antemano que no era así. Me dijo que había soñado con algo muy importante en su vida, y que en ese sueño aparecía esta cueva.

—¿No le dijo de qué se trataba ese sueño?

—No, muchacho, pero tampoco hacía falta. Yo ya sabía para qué iba a venir y qué era lo que estaba buscando. Sin embargo, jamás pensé que ya no volvería a verla —susurra, dando una larga calada a la pipa.

—¿Cómo es posible que desapareciera de la nada? ¿Qué buscaba? —pregunto, desesperado por saber.

—Respuestas, igual que tú —dice el chamán, mientras da otra calada a su pipa—. Buscaba lo mismo que tú has encontrado en ese viejo libro... Un camino hacia la verdad.

—¿Cree que mi madre puede estar atrapada en esa cueva?

—¿Después de tantos años? —ríe el chamán —No lo creo, chico, no lo creo... En esa cueva no puede estar ningún ser humano más de dos horas, o saldrá sin vida. De hecho, tu cuerpo puede empezar a sufrir daños si estás más de diez minutos. Nadie sobrevive a las altas temperaturas y la humedad extrema que hay allí.

—Entonces, si no está allí y usted tampoco sabe dónde puede estar, ¿por qué esa urgencia con que yo me adentre en la cueva justo hoy?

—Porque la cueva te ha llamado, Patrick. Solo sé que debes estar allí tanto como debió estarlo tu madre aquella noche. Estoy seguro de que tu madre encontró allí lo que buscaba, y tú también lo harás, no lo dudes. No he venido

desde mi casa en Sierra Madre si no supiese que lo vas a hacer.

Me quedo en silencio, pensando en lo que me ha dicho este hombre. No sé si tendría que darme la vuelta y volver a mi casa, sin hacerle caso a lo que, en mi yo anterior, hubiese sido un viejo chiflado, o si, por el contrario, debería hacer lo que me pide. No tengo a mi madre... Sin embargo, algo en mi interior me dice que vaya a ese lugar. Es la única conexión que tengo con ella. Lo sé y, como dice este hombre, una fuerza sobre humana me dirige poderosamente hacia allí... Empezando a sentirme perdido, me acuerdo de mi tótem para que me guíe, y es justo entonces cuando Yetzel rompe el silencio en el que ambos nos hemos quedado.

—Te pareces muchísimo a tu madre, muchacho...

—Gracias...

—Irradias la misma energía que Ágata, y tienes el mismo sistema estelar en tus ojos, Patrick, igual que ella. No había visto nunca nada igual en mis noventa y dos años. No me extraña que La Madre Tierra os haya escogido —sonríe ampliamente y, solo con ese gesto, que tanto me recuerda a las sonrisas de la familia de Kora, termina de convencerme.

—¿Puede guiarme hasta allí? —le pido ya decidido.

—¡Por supuesto, muchacho, para eso estamos aquí! ¡No perdamos más tiempo! —me exclama Yetzel echando un último vistazo al cielo —¡Ayúdame con esto! —me pide señalándome un saco de tela que tenía a su lado, y que parece estar lleno hasta arriba de algo metálico, porque es el ruido que hace en cuanto lo mueve.

—¿Qué lleva ahí? —le pregunto intrigado.

—Los espejos que nos ayudarán a introducir la luz de la luna en la cueva. ¡Démonos prisa! Nos espera el guarda de la mina, que nos dejará pasar porque ya salvé de la muerte a sus dos hijos. Unas terribles fiebres provocadas por los malditos *chabochi* y sus seguidores en nuestro tiempo... —me dice enérgico pero enfadado, apagando el fuego e iniciando el paso a marcha ligera. Me sorprende su agilidad a pesar de su avanzada edad.

## CAPÍTULO 6

El chamán y yo comenzamos a adentrarnos en la mina, acompañados por el guarda, José Sancho, que nos baja en el mismo vehículo con el que desciende a mineros y turistas.

Cada poco tiempo, Yetzel pide al guarda que pare, y se baja del vehículo para ir dejando espejos estratégicamente colocados a lo largo de nuestro camino de descenso sinuoso hacia las entrañas de la Tierra. El chamán tiene un conocimiento que me sobrepasa, porque va situando y ajustando la dirección de los espejos con la seguridad de quien sabe a la perfección lo que está haciendo.

Conforme avanzamos, la oscuridad y el calor se hacen patentes. Los instrumentos de medición que lleva el vehículo a bordo marcan treinta y siete grados, y sesenta por ciento de humedad. Viendo mi gesto al mirar el termómetro, José Sancho me informa:

—En la cueva, que está a trescientos metros de profundidad, la temperatura sube hasta los cincuenta grados, y un noventa y siete por ciento de humedad, más que en el resto de la mina.

—Gracias por la información, José —le respondo asintiéndole con la cabeza.

Tras el comentario de José Sancho, los tres volvemos a quedar en silencio, atentos nuevamente solo a los avisos de Yetzel para parar y colocar espejos. No sé que le habrá contado el chamán al hombre que nos transporta acerca de nuestra incursión, pero supongo que bastante, porque José Sancho actúa sin hacer preguntas, y como si ya hubiese acordado cuál será su función.

—Hasta aquí llego yo, señores, doscientos noventa metros de profundidad —nos aclara José Sancho—. Los últimos diez metros hasta la cueva los deben recorrer a pie. —Yetzel y yo bajamos del vehículo, colocando el último espejo que llevaba—. Señor Yetzel, yo le espero aquí.

—Muy bien, José Sancho. Deja el vehículo a un lado y apaga las luces. No sabes cuánto te agradecerá Nuestra Madre Tierra lo que has hecho hoy, ella y todas las generaciones.

—Gracias a usted por confiar en mí —le responde el hombre agradecido.

José Sancho nos da cascos de seguridad con linternas incorporadas, y se queda cerca del vehículo. Yetzel y yo comenzamos nuestro avance por un angosto túnel. La oscuridad parece querer devorarnos. No se ve absolutamente nada. Si no fuese por las linternas que llevamos, sería casi imposible dar un solo paso. El señor Yetzel, sin embargo, parece que esté en pleno día, porque anda con paso rápido y decidido delante de mí, nervioso tal vez porque no lleguemos a tiempo, como no ha parado de decirme desde que le contacté.

Al llegar al final del túnel, de pronto, no solo noto una brusca elevación de temperatura y humedad, tal y como me advirtió nuestro chófer, sino que además, las luces de nuestras linternas comienzan a reflejarse en cientos de direcciones, gracias a los numerosos y enormes cristales. Ya hemos llegado a la cueva, una verdadera maravilla de la naturaleza que me hace olvidar el descenso y las condiciones tan duras que hay en su interior.

—Bueno, Patrick, hemos llegado. Aquí tienes La Cueva de los Cristales —dice Yetzel, alumbrando con la linterna a su alrededor—. Ahora debemos descender hasta el centro de la cueva —me aclara—. Ten mucho cuidado por dónde pisas y dónde apoyas tus manos, muchacho. Estos cristales parecen hielo, pero están calientes y afilados como navajas. Además, son frágiles y podrían colapsar. Un mal paso, y aquí pueden terminar nuestros días. Sígueme y ve poniendo los pies donde yo los ponga. Debemos ir lentos pero seguros. Se nos acaba el tiempo.

Con paso inseguro, empiezo a adentrarme en la cueva, siguiendo a mi guía. Palpo algunos cristales para comprobar lo que me ha dicho Yetzel, al tiempo que alumbro con la linterna hacia todos lados. Linterna que no para de parpadear, y que solo espero que no se apague... Mis pulsaciones van cada vez más rápido. Comienzo a sudar profusamente. Siento mi corazón bombear sangre como nunca antes lo había hecho, ni siquiera con las situaciones de máxima adrenalina que he vivido cuando he surcado los cielos en ala delta o parapente. Sin embargo, mientras avanzamos, ahora mucho más despacio, no puedo dejar de admirar los enormes cristales de selenita, algunos de, seguramente, más de diez metros de largo y casi tres metros o más de diámetro. No puedo ni imaginar la de millones de años que tendrán estas formaciones minerales. Un verdadero espectáculo natural tanto para geólogos como para no entendidos en la materia. Es una imagen que difícilmente se borrará de mis retinas.

Miles de enormes piedras de luna, como también les llaman, pueblan toda la cueva. Camino por una enorme selenita con cuidado de no resbalar. ¿Llegaría mi madre realmente a conocer este lugar? Si no lo hizo, se perdió lo más hermoso que he visto en toda mi vida. Ojalá estuviese compartiendo este momento con ella...

Cuando llegamos a una posición que parece el centro de la cueva, Yetzel se detiene.

—Aquí es. Debo dejarte solo. No te asustes. Si mis cálculos son correctos, en menos de cuatro minutos se abrirá el portal. Yo estaré fuera, y si en ese tiempo no te has ido, vendré a por ti.

—Entonces, ¿no se queda conmigo? —le pregunto un poco asustado.

—No, muchacho. La llamada es única y exclusivamente para ti. Lo que encuentres ahí adentro es cosa tuya. Mi misión termina aquí —dice, dando un paso hacia atrás.

—De acuerdo... —asiento tratando de coger fuerza. El chamán mira su reloj.

—Rápido, quítate toda la ropa y cualquier otra cosa que no sea de tu cuerpo. El portal solo te quiere a ti, y no te dejará pasar si no es así.

—¿Cómo? ¡Pero me quemaré los pies!

—Deja tu ropa bajo ellos, y dame todo lo demás, especialmente cualquier aparato como tu reloj y el móvil, que podrían producir interferencias.

—¿La linterna también?!

—Bueno... La linterna quédatala, pero, cuando la luz de la luna entre a través de los cristales, que ya falta poco, y te rodee, aparta tu ropa y el casco a un lado de una patada, a al menos un metro de ti. Si no te has ido, entonces no dudes en ponerte tus botas y salir. De lo contrario entraré yo. Te lo digo por tranquilizarte, muchacho... Aunque sé que hoy los astros te darán las respuestas que necesitas. Lo sé.

—Solo espero que tenga razón —le digo algo asustado —y, si es así, no sé cómo voy a agradecerle la ayuda que me ha prestado...

—No hace falta que me agradezcas nada. Tu madre era una mujer muy especial a la que tomé mucho cariño, y es lo menos que puedo hacer por su hijo. Pero no es solo un favor a vosotros, aunque esto ya lo entenderás cuando llegue el momento. Si alguna vez te reencuentras con ella, ya sea en este mundo o en cualquier otro, dile que siga brillando como la piedra preciosa que es, y que puede estar orgullosa de su hijo, que ha sido muy valiente por

llegar hasta aquí —me pide emocionado, dándome un ligero abrazo. Yo le doy mi reloj y mi móvil—. Patrick, no tengas miedo —dice, viendo la duda en mis ojos—, pase lo que pase, no temas lo que está por venir —dice de forma enigmática, mientras se aleja hasta que lo engulle la oscuridad de la cueva.

Una vez que me he desprendido de toda mi ropa, respiro hondo, preparándome para lo que sea que tiene que pasar; pero nada. Sin embargo, sigo esperando estático sobre la enorme piedra de luna.

Cada vez estoy más nervioso y sudoroso. Creo que me está afectando este lugar, y estoy empezando a perder la noción del tiempo. No sé cuánto ha pasado desde que perdí de vista al señor Yetzel, y lo que noto es que si no salgo de aquí pronto, correré la misma suerte que muchos de los curiosos que han visitado esta cueva y han pensado que podrían sobrevivir al clima extremo que hay aquí dentro. Empiezo a pensar que ese viejo chiflado no ha hecho nada más que mentirme, y me siento estúpido por haberme dejado embaucar por él.

Noto la falta de oxígeno, porque me estoy mareando ligeramente. El calor es agobiante y la humedad me impide respirar con normalidad. El sudor empapa todo mi cuerpo, mientras busco desesperado, con la mirada, la entrada de la cueva. Entonces, para colmo, mi tintineante linterna del casco, que tengo a mis pies, da un último fognazo y se apaga.

Quedo inmóvil y a oscuras, sin querer dar un solo paso por miedo a tropezarme y caer sobre las selenitas puntiagudas que tengo justo debajo de mí. Necesito salir de aquí, pero me siento atrapado por una mezcla de miedo paralizante y necesidad urgente de conocer la verdad de la que me ha hablado el chamán. Me debato entre creerle, pensando que si esto no sale vendrá a rescatarme, o dejarlo todo a un lado, absorbido por un ataque de pánico.

Entonces, para centrarme, vuelvo a visualizar mi tótem, y esa imagen me va calmando... Justo en ese momento, un rayo de luna entra por el túnel, tal y como Yetzel pronosticara. El rayo se refleja en uno de los inmensos cristales y, poco a poco, va trasladándose de una selenita a otra, iluminando toda la cueva. Me giro una y otra vez, admirando el precioso espectáculo que está sucediendo frente a mis ojos.

Un último reflejo penetra en el cristal gigante que tengo justo en frente, iluminando su forma poligonal perfecta y brillante, para después salir disparado contra mí. Me quedo perplejo, mientras intento hacer entrar aire a mis pulmones. Llevo mis manos a mi pecho, y siento cómo un rayo, muy

luminoso, empieza a calentarlas. Las separo de mí rápidamente, y ahora es mi pecho el que nota ese calor. Un calor abrasador que se va extendiendo por todo mi cuerpo, hasta que llega un punto en el que ya no me quema. Es justo entonces cuando, lejos de asustarme, me transmite una paz descomunal, difícil de explicar.

Mi cuerpo pasa a iluminarse por completo, y tengo la sensación de estar flotando en el aire. Miro hacia mis pies y, efectivamente, lo estoy.

Empiezo a respirar agitadamente, y cierro los ojos tan fuerte como soy capaz. La última imagen que aparece en mis pensamientos es la de mi madre animándome a respirar hondo, tal y como lo hacía cuando me caía de la bici cuando era pequeño. Después, solo oscuridad.

## CAPÍTULO 7

*Hace millones de años...*

### SELENE

—Mamá, ¿por qué se ha hecho de noche tan rápido?

—No, mi amor, no se ha hecho de noche. Mira hacia el cielo.

—¿Qué es eso?

—Es el Sarcahl, el ave de los astros que está bajando para alimentarse.

—¡¡¡Es enorme!!!

—Sí, mi amor, tanto como una cordillera, pero no más que nuestros árboles bahbahl.

—Ya veo... ¿Por qué es tan grande?

—Para poder mover los astros con su aleteo, garras y poderoso graznido, y para poder viajar de bahbahl a bahbahl, para alimentarse de sus gigantescos frutos de gemas.

—Cuando estaba allá arriba parecía pequeño, ¿verdad, mamá?

—Cierto, cariño.

—Pero, cuanto más se acerca... ¿Nos caerá de nuestro bahbahl con su aleteo, mamá?

—No cielo. El Sarcahl solo aletea fuerte para mover los astros, pero cuando está debajo de ellos, es ligero y grácil como una mariposa. Apenas si sentirás su brisa cuando se pose, ya lo verás.

—¿Nos comerá, mamá?

—No, solo viene a descansar y a comer los frutos de cristal.

—Pero... ¿y si nos aplasta?!

—No, mi amor. El Sarcahl es capaz de sentir a cada criatura viviente de nuestra Tierra. Sus plumas y patas se ahuecan solas allá donde perciben algún ser vivo, por minúsculo que sea. No hay otro ser igual en la Tierra. ¿Te da

miedo, Selene?

—No, no me da miedo, mamá.

—¡Vaya! Pensé que temías que fuésemos aplastadas o devoradas por él. Sin embargo, ahora te veo muy segura...

—Bueno... al principio, cuando le he visto, me he asustado un poquito; pero ya no le tengo miedo, mami. Yo sería capaz de montar en él.

—¿De veras, cielo?

—Sí... Un ave tan enorme, que no aplasta a ninguna otra criatura, ni tampoco se las come, debe ser muy bueno, ¿verdad?

—Lo es... El ser más bueno y puro de la Tierra, y por eso es el guardián de la vida en ella. Y tú eres muy valiente por querer montarlo, Selene. Sin embargo, debes saber que es el Sarcahl el que escoge a la persona que puede montarlo. Y esa persona, mi vida, se convierte en nuestro sacerdote o sacerdotisa, quien, junto al Sarcahl, también actúa como guardián de los bahbahl y todos los seres que habitan en ellos.

—¿Cómo nosotros, mamá?

—Sí, cariño. Nosotros incluidos.

—¿Por qué te ríes, mamá?

—Porque eres muy bonita, Selene.

—¿Sabes qué, mamá?

—Dime, mi amor.

—Yo querría montarlo... Me entristecería si no pudiese hacerlo.

—Mi niña... No te preocupes, cielo. El tiempo dirá si eres la persona elegida por el Sarcahl. ¡Aunque ya tienes una de las cosas más importantes que se necesitan para serlo! Deseas montar en él, y muy pocas personas lo desean, créeme... Eso sí, solo aquella de espíritu más puro logra conectar con el corazón del Sarcahl, uniéndose con él hasta su muerte. Solo una vez en nuestra historia pudieron montarlo dos sacerdotes adultos a la vez. Eran un hombre y una mujer. Se amaban con tanta pureza, que conmovieron al Sarcahl, y en ese tiempo, ambos fueron los sacerdotes y guardianes de nuestro pueblo. No ha vuelto a repetirse algo así desde entonces.

—¿Quién monta ahora al Sarcahl, mamá?

—La sacerdotisa Shicah, la mujer que el ave trajo hasta nosotros con la ayuda de los cristales y los astros.

—¡Yo quiero ser la próxima sacerdotisa! [...] ¿Por qué lloras, mamá?

—Mi niña... Para mí sería un orgullo y una alegría que el Sarcahl te

escogiese para ser la próxima sacerdotisa; pero también me produciría una tristeza muy grande...

—¿Por qué, mamá?

—Me produciría alegría porque la sacerdotisa es la persona más buena de la Tierra, y nos ayuda a todos.

—¡Yo también lo haría, mami, sería como ella!

—Lo sé, mi amor... Pero me produciría tristeza porque tendrías que enfrentarte a los *drijkraón*, cuyo único deseo es destruir o esclavizar al resto de seres de la Tierra... Dejarías de ser solo mi hija, para ser la de todas las comunidades bahbahl...

—No estés triste, mamá. Yo siempre, siempre, siempre, siempre seré tu hija. No llores, ¿vale?

## CAPÍTULO 8

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué pasa, Selene?!

—¿Recuerdas hace siete años, cuando te dije que sería capaz de montar en el Sarcahl?!

—Sí, mi amor, lo recuerdo. Solo tenías cinco años cuando lo dijiste por primera vez...

—¡¡¡Hoy lo he hecho!!!! ¡¡Me ha llevado por toda la bóveda estrellada, y cuando nos acercábamos al sol, no me ha pasado nada porque estaba cubierta de una de sus lágrimas de agua y oxígeno!!! ¡¡Ya sé cómo se limpia!! No lo hace sumergiéndose en el océano, como lo puedan hacer los pequeños pajarillos en un charco, sino que abre todas sus plumas cuando vuela junto al sol, y su cuerpo se prende igual, con una luz brillante que ilumina todo su pelaje. Después, ¡¡he podido ver toooodos los bahbahl de nuestra Tierra, mamá!!! ¡¡Ha sido maravilloso!!!

—¡Dios mío!

—¿Qué pasa, mamá? ¿No te alegras?

—S... s... sí, mi amor... Pero, ¿recuerdas lo que significa eso?

—¿Qué he demostrado lo valiente que soy?

—¡Por supuesto que eres valiente, cariño! Pero... ¿has olvidado lo que te conté sobre la persona que el Sarcahl elige para que lo monte?

—Sí, mamá... Pero... ¿Es algo malo?

—Al contrario... mi amor... Que hayas podido montar en el Sarcahl significa que te ha escogido, y que tu espíritu no solo es valiente, sino puro... Eres su elegida. Serás nuestra próxima sacerdotisa... ¿Lo sabe Shicah?

—No. Creo que ella está con los pueblos del sur. Nadie me ha visto.

## CAPÍTULO 9

—Estás preciosa, cariño.

—Estoy muy nerviosa, mamá. Me duele el estómago.

—Relájate, Selene. Sabes que Shicah es dulce y compasiva... La escogió el Sarcahl igual que a ti.

—Lo sé, mamá... Pero... ¿y si no le gusto?

—Selene... Shicah te conoce desde que eras apenas un bebé. Conoce a todos los pueblos que habitan en los bahbahl. Cuando llegó hasta nosotros, nuestra obligación fue la de presentarnos ante ella para mostrar respeto y lealtad. Shicah estaría al frente de nuestra tribu y de todas las tribus de la Tierra. Tú eres la hija de Yaferu, señor de las salamandras gigantes, y representante de nuestro bahbahl, que luchó codo con codo con Trashida, nuestra anterior sacerdotisa, que instruyó a Shicah como ella lo hará ahora contigo. ¡Por supuesto que Shicah te conoce y le gustas! ¿Has volado con el Sarcahl y tienes miedo a un simple ritual de consagración?

—No es eso, mamá... es que...

—Sé lo que es, mi cielo, pero como tú me dijiste, siempre serás mi niña. Ven, abrázame.

—Apriétame más, mamá.

—Sí, mi vida.

—Gracias por todo, mamá... Pero te recuerdo que ya no soy una niña... ¡Mira mis pechos!

—¡¡Qué sinvergüenza!! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! [...] Así me gusta verte, sonriendo. Te has convertido en una jovencita preciosa. Digna sucesora de Shicah. Con un corazón enorme y un alma pura. No te preocupes por nada, se alegrará al saber que eres precisamente tú la que cogerá su testigo. Ven, déjame ponerte esta flor en el pelo.

—Mamá...

—¿Sí?

—Entonces, ¿papá también llegó a conocer a nuestra actual sacerdotisa?

—Sí, cuando solo era discípula de Trashida. Pero al poco tiempo de que el Sarcahl trajese a Shicah, el ejército drijkraón, comandado por Jrumkra, atacó a nuestra comunidad. Tu padre y el resto de hombres de nuestro bahbahl hicieron todo lo que estuvo en su mano para proteger a la antigua sacerdotisa, pero no lo lograron. El Sarcahl debió presentir lo que iba a pasar con Trashida, y por eso buscó una sustituta de una edad y conocimientos de partida superiores a lo habitual. Aquel oscuro día murieron muchos hombres y mujeres de nuestro pueblo y, entre ellos, estuvo tu padre, mi amor.

—Aunque no pude conocerle, le echo de menos...

—Lo sé, cielo. Yo también echo mucho de menos a Yaferu, pero sé que, más allá de la densidad azul que estoy segura que él logró traspasar, es el padre más orgulloso del firmamento.

—¿Lo crees de verdad, mamá?

—¡Por supuesto! No lo dudes jamás, Selene. ¡Venga, vamos! Shicah te espera... y sé que cuidará de ti como si también fueses su hija.

## CAPÍTULO 10

—Bienvenida, Selene. Te estaba esperando...

—Siento el retraso, mi sacerdotisa.

—¡Ay, mi niña, llámame Shicah! Desde este momento pasaremos mucho tiempo juntas. Tengo que enseñarte muchas cosas antes de abandonar esta vida.

—Estoy muy nerviosa. No sé si seré capaz...

—Lo serás, Selene. El Sarcahl te ha elegido, con eso es suficiente.

—Lo sé, pero solo tengo doce años...

—Una edad perfecta para empezar a aprender todo lo necesario sobre nuestro mundo. Prepárate, Selene, nos queda mucho trabajo por delante.

—¡Estoy lista!

—Así me gusta, una chica decidida y valiente.

—Sí, Shicah.

—¿Sabes en qué consiste la ceremonia?

—Algo me ha explicado mi madre... Reunirás a los representantes de las criaturas más grandes y pequeñas de los distintos bahbahl en el monte del norte central. Serán recogidos por el Sarcahl, uno a uno, desde cada confín de nuestra Tierra, elegidos por su pureza. Nosotras somos la representación de los humanos, y cada uno de ellos, la de su especie. Allí, me presentarás a todos, y me comunicaré con ellos mentalmente, tal y como lo hice con el Sarcahl la primera vez que lo monté. Con ellos, entraremos en comunión eterna, y formaremos el ejército que protege el equilibrio de nuestra existencia, luchando contra los drijkraón, los gigantes murciélago con piel de reptil que viven en el subsuelo, y que quieren controlar todo nuestro mundo...

—Así es, jovencita. Sheúla, además de buena madre, es una estupenda guía, y no ha olvidado explicarte nada de este día. Siempre se lo escuché decir a tu padre, Yaferu, cuando visitaba tu comunidad con Trashida.

—Sí, Shicah... pero hay una cosa que mi madre nunca ha sabido explicarme. ¿Por qué nos quieren esclavizar los drijkraón? ¿Por qué quieren acabar con nuestro mundo y toda su belleza? ¿Por qué asesinaron a mi padre? Mi madre teme mi enfrentamiento con ellos... y yo también... un poco.

—Directa y al corazón del problema, sin perder el tiempo... Sarcahl ha elegido bien. Buen comienzo para tu primer día, Selene. No sé si me dará tiempo a explicártelo todo antes de que llegue Sarcahl a por nosotras, pero lo intentaré...

—Soy toda oídos, Shicah.

—Hay que empezar por el principio. Imagina el “todo” como un enorme océano de energía, formado por amor puro, entendido como el mayor de los respetos y libertades, una fuerza de unión infinita. Todos nosotros llevamos esa esencia, y sin ella no existiríamos.

Un día, en el ejercicio de ese respeto y libertad, se concentró, en un punto de esa sopa de amor, una voluntad, que, al surgir, dio lugar al tiempo y el espacio, una limitación que ahora conocemos como materia.

Esa voluntad concentrada se creyó única, y ciertamente lo era. Pero, a pesar de estar rodeada de amor, se sentía sola, porque no había más voluntades como ella, y quiso crecer y multiplicarse. Para ello, fue atrayendo hacia sí la energía del amor que le rodeaba, y que se dejaba llevar por su propia naturaleza respetuosa.

Esa voluntad, fue atrayendo hacia ella más y más energía del amor, con una fuerza concéntrica de un solo sentido, que hoy llamamos egoísmo, lo contrario al amor. Cuando las energías de amor, que esa voluntad egoísta había atrapado, quisieron irse de nuevo, esa voluntad no les dejó. Para que lo entiendas, mientras que el amor es expansivo y unifica, el egoísmo contrae y divide.

La existencia, alrededor de ese egoísmo, fue cambiando, haciéndose limitada, corpuscular, quedando atrapada entre leyes naturales, y dando lugar a la materia.

Pero la energía del amor acabó dándose cuenta de lo que estaba ocurriendo, y quiso liberar a las porciones de su energía atrapada en ese influjo contrario y opuesto a ella.

El amor no entendía ese egoísmo, pues había salido de él y estaba formado por su esencia, sin la cual hubiese sido imposible tal su mismísima existencia.

En esa lucha, el amor dio lugar a La Vida dentro de la materia, para ayudar en la liberación de los que deseaban volver a él. Creó formas de combinar la materia bruta y egoísta, inerte y paralizante, en un intento por reconvertirla en lo que siempre ha sido. De ahí surgieron todos los animales, plantas y demás

seres que conocemos.

Sin embargo, la voluntad egoísta contraatacó. Tomó el control de la energía, de los cuerpos y las mentes de algunos de esos seres, y los puso a su servicio. Ellos, a pesar de estar vivos gracias al amor, al igual que aquella voluntad primigenia, lucharían contra él y toda su creación.

Y así, Selene, es como surgieron los drijkraón, opuestos al resto de Vida de esta Tierra. Ellos, en ese afán destructivo, son los únicos seres carnívoros sobre la faz de la Tierra. Los demás, como sabes, nos alimentamos de los frutos de los bahbahles, y de los del resto de árboles de tamaño mediano, pequeño y diminuto de nuestra existencia, regalos del Amor de La Vida, a la que llamamos también Dios, del que venimos y al que, todos los seres que no somos drijkraón, deseamos volver.

Por tanto, esta vida es para liberarnos de la materia. Aquí la necesitamos, porque impera incluso en nuestros cuerpos, pero ella no debe regir nuestro destino, tal y como les ocurre a los drijkraón.

Esos seres están dominados por la materia y, al mismo tiempo, desean dominarla tanto en sus formas vivas como inertes. Por eso, quieren esclavizarnos a nosotros y al resto de seres vivientes de esta existencia material, y no paran de hacer incursiones en todos los bahbahl de la Tierra, para asesinar a sus criaturas, entre ellas también a los humanos.

Sarcahl y yo tratamos de proteger a todos los que podemos, pero muchas veces no es suficiente... De aquí la importancia del pacto de unión que harás con todos los seres el día de tu consagración, porque debemos luchar unidos contra los drijkraón. Unidos por la fuerza original, la del Amor.

Sin embargo, los drijkraón se creen los señores de este mundo, pensando que la voluntad primigenia que los gobierna creó la materia, sin más sustento que ella misma, cuando lo que no ven es que esa voluntad fue gracias al Amor puro que estuvo antes de ella.

Nadie puede hacerle ver a los drijkraón su error, porque su voluntad y su egoísmo son una misma cosa. Así, lo máximo que podemos hacer contra ellos es enfrentarlos, y proteger a todos los que han nacido para aquello para lo que surgió La Vida, para ser Libres.

Pero la ambición y ceguera de los drijkraón es tanta que, incluso, piensan que el descomunal Sarcahl les pertenece, porque acumula mucha materia. Lo que no saben es que precisamente acumula mucho Amor, y lo demostrará cuando se desvanezca el día que muera, desplegando una cegadora luz a su

alrededor que cubrirá toda nuestra Tierra.

Así que, mi niña, no temas a los drijkraón cuando debas enfrentarlos, porque ellos solo dominan la fuerza bruta, material, pero nosotras controlamos la fuerza del destino, porque sabemos de dónde venimos, dónde estamos, y a hacia dónde vamos.

Por ello, también controlamos la fuerza del amor, la energía pura, que se canaliza a través de los cristales de los bahbahl, e incluso a través de nosotros mismos.

Después de saber todo esto, ¿sigues teniendo miedo, Selene?

—Ahora mucho menos, Shicah... Pero me han surgido más preguntas...

—Ya tendrá que ser en otro momento, jovencita, porque ahí llega el Sarcahl.

## CAPÍTULO 11

—Ya me voy, mamá.

—¿Has descansado?

—Poco. Aunque la ceremonia de consagración de ayer fue agotadora, no he podido pegar ojo sabiendo que hoy Shicah me va a presentar personalmente a todas las comunidades de cada Bahbahl como su sucesora. Conoceré a los representantes de cada tribu, y ¡estoy súper nerviosa!

—Sé que es una gran responsabilidad, Selene; pero si has pasado la ceremonia de consagración, eso no es nada... ¿O es que temes ver a algún chico que te guste?

—¡Mamááá!

—No te preocupes, cariño. Lo que esté para ti, llegará. Aún eres una niña, a pesar de lo que estás viviendo... ¡Mucha suerte, mi amor! Sé que lo harás genial.

—Ojalá, mami. Sigo estando muy nerviosa, pero con muchas ganas de aprender todo lo que Shicah vaya a enseñarme.

—Ella te enseñará muy bien, y cuidará de ti como si fueses su propia hija, ya te lo dije.

—¿La sacerdotisa no tiene hijos, mamá?

—No, Selene. Cuando murió la anterior sacerdotisa siendo aún joven, el Sarcahl tuvo que traer a otra mayor de lo habitual, Shicah, quien, a pesar de que se encontró con el amor de su vida, también lo perdió a manos de Jrumkra.

—Debe estar muy dolida por ello... Es una pena, ¿verdad?

—Sí que lo es. Los pocos que sobrevivieron y que les vieron juntos, antes del fatal suceso, dicen que se amaban mucho. Sé que un hijo entre ambos hubiese sido una bendición. Un hijo es lo más hermoso que puede darte la vida, porque viene de la persona que más amas en el mundo.

—¿Tú querías mucho a papá?

—Muchísimo, cariño, y él a mí...

—Algún día conoceré a una persona que me quiera y me cuide por encima

de todo.

—Estoy segura de ello, cielo. ¡Venga, que llegas tarde, ya asoma el sol por nuestro horizonte!

—¡Es verdad! Me voy ya... Subiré hasta la copa del bahbahl con Sífamo, la salamandra de papá. Allí me recogerá Shicah con el Sarcahl... ¡Te quiero mucho, mamá!

—Y yo a ti, mi amor. No te olvides de contarme todos los detalles cuando vuelvas, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo, mami! ¡Adiós!

—Adiós, mi cielo.

## CAPÍTULO 12

—¿Te encuentras bien, Selene? ¿No te ha gustado el viaje?

—¡Me ha encantado, Shicah! Los representantes de todas las tribus han sido muy amables conmigo, y he aprendido mucho...

—Pero...

—No sé... He visto cómo los chicos y chicas de mi edad me miraban con una mezcla de respeto y miedo... y no me ha gustado.

—Es normal, Selene. Cualquier chica de tu edad no monta en el poderoso Sarcahl. Es un orgullo...

—Lo sé, y yo quería...

—Mira, vamos a hacer una cosa. Han sido dos días muy intensos para ti. Volveremos a tu bahbahl, y tanto lo que queda de día como mañana, o hasta que tú te sientas preparada, te dejaré estar con tus amigas. Tienes mucho que contarles, porque para ellas todo esto también ha sido una sorpresa. No se puede ser sacerdotisa de los humanos sin amor en el corazón. Ve y empápate todo lo que puedas del amor de tus amigas y de tu madre.

—Gracias, Shicah.

—No tienes por qué dármelas. Esto también es aprendizaje para mi discípula. ¡Sarcahl, pon rumbo hasta el bahbahl de Selene!

## CAPÍTULO 13

—Ya hemos llegado a tu bahbahl, mi joven aprendiz. Sarcahl, pósate en esa rama... Muy bien. Mira, Selene, allá a lo lejos están Rhubih y el hijo del representante de tu bahbahl. Deben estar esperando tu vuelta. Rhubih es una de tus amigas, ¿verdad?

—Sí, Rhubih es mi mejor amiga.

—Pues parece que haya escuchado tus ganas de estar con ella, porque viene corriendo a tu encuentro. Baja despacio, Selene...

—Gracias de nuevo, Shicah.

—No tienes nada que agradecerme... Ya te he dicho que esto también es una lección. Cuando te veas preparada, avísame a través del gran cristal de la copa, y vendré a por ti. En nuestro próximo viaje comenzaré a enseñarte las distintas frecuencias energéticas y usos de cada cristal y, más adelante, cuando los domines, pasaremos al control de los astros, aunque ese día no lo determinaremos nosotras, sino el propio Sarcahl.

—¡Lo estoy deseando, Shicah!, has logrado animar mi curiosidad...

—Pero cuando estés preparada, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo... ¡Hasta entonces, Shicah!

—Sí, Selene, hasta pron...

—¡¡¡Selene, sacerdotisa!!! ¡¡¡No se vaya aún, sacerdotisa!!!

—¿Qué pasa, Rhubih? ¿Por qué tanto escándalo?

—¡¡¡Sacerdotisa, Jrumkra ha estado aquí!!!!

—¿Cómo?! No puede ser... ¡¡¡¿POR QUÉ NO LO HEMOS SENTIDO, SARCAHL?!!! ¡¡Se han preparado todos para el enfrentamiento!! ¿Dónde está el representante de vuestro bahbahl? ¿Por qué no ha venido a mi encuentro?

—Sacerdotisa, es precisamente el representante quien me mandó junto a su hijo para estar cerca de la copa del bahbahl, esperando vuestra vuelta. Él y el resto de hombres están rastreando aún todo el árbol montados sobre sus salamandras.

—¿Y por qué te ha mandado a ti para recibirnos? Debierais estar en vuestras casas del bahbahl, donde la energía de sus cristales os protegerá de

los drijkraón.

—Shicah... es que... Nuestro representante sabe que soy la mejor amiga de Selene.

—¡¡Pero ese demonio podría estar en cualquier parte!! ¡¡Es una imprudencia!!

—Sacerdotisa, soy Pareon, hijo de Samir, el representante de nuestro bahbahl, y mi padre no es ningún imprudente.

—Sí, te conozco Pareon. Pues explícame por qué Rhubih no está a resguardo en su casa.

—Porque es la única que podía transmitirle a Selene...

—¡No se trata de eso, joven! De lo que se trata es de perder el menor número de vidas posibles a manos de los drijkraón.

—Sacerdotisa, yo soy el mejor guerrero de mi pueblo, y protejo a Rhubih. Daría mi vida por ella. ¡Tampoco debemos vivir con miedo!

—El miedo es bueno siempre y cuando no te paralice, porque te avisa del peligro... ¡Te queda mucho por aprender, joven Pareon! Si ese demonio ha logrado ocultarse una vez, podría hacerlo otra, y estar en cualquier sitio.

—De momento ese demonio no ha aparecido, y muchos piensan que ya se ha ido, porque Masel, el hijo pequeño de Purma, que estaba oculto en un agujero de gemas cercano al abrevadero, recogiendo hongos, asegura haberlo visto marcharse volando rápidamente, sin que nadie más le viese... Esta vez no vino con su ejército, sino solo, como la rata cobarde que es... Aunque aún estamos alerta.

—Comunica a tu padre que reúna a todos aquí en la copa con sus salamandras gigantes. Debemos prepararnos para este nuevo peligro... ¿Pensáis que se ha ido así, sin más?

—No, sacerdotisa, no sin más... Jrumkra vino oculto en el estómago de Sífamo, la salamandra de Yaferu.

—¡Dios mío!... Por eso no pudimos detectarle, Sarcahl...

—¡¿La salamandra de mi padre?!

—Sí, Selene... Debió esconderse entre los frutos que engullía el animal esta mañana en las praderas bajo nuestro bahbahl. Cuando Sífamo subió para beber al abrevadero que hay en la rama donde vive Sheúla, Jrumkra ha desgarrado el cuerpo del animal para salir de él...

—¡¡Oh, mi Sífamo!!

—Pero eso no es todo... Selene...

—¿A qué te refieres Rhubih?

—Lo siento mucho, amiga... No sé como decírtelo...

—¿Decirme qué?! ¡Habla ya Rhubih!

—Selene... Esa bestia inmundada de Jrumkra, con la afilada punta de su cola... ha acabado con la vida de tu madre.

—¡¡¡¡Nooooo, nooooo, nooooo!!!! ¡¡¡Tienes que estar equivocada, Rhubih!!! ¡¡¡Mi madre está bien en casa, tal y como la dejé allí esta mañana!!! ¡¡Noo, Rhubih!! ¡Mi madre está viva, me está esperando para que le cuente cómo me ha ido este día! ¡Ya lo verás, te lo demostraré!

—Lo siento mucho, Selene... En cuanto me he enterado de todo, me ofrecí para venir a la copa del bahbahl esperando tu vuelta... y Samir lo vio apropiado.

—¡¡Shicah, acabemos de una vez por todas con esa bestia de Jrumkra, vayamos todos tras él!!

—¡¡Pienso lo mismo que Pareon, Shicah!!

—¡Pareon y Rhubih, calmaos, porque eso es justo lo que Jrumkra quiere, y sería un suicidio!... y tú, Selene, mi niña, cálmate también. Sé que es muy duro, pero no es tan fácil como creéis. Los drijkraón se mueven en esa energía que ahora se ha apoderado de vosotros... y mientras ese mal permanezca en vuestros corazones, ellos os vencerán... Rhubih, ¿hace mucho que ha ocurrido todo?

—No hace tanto.

—Shicah, no puedo perder más tiempo. ¡Voy a ver a mi madre!

—¡Selene, no puedes verla! ¡Sacerdotisa haga algo! ¡Selene no puede ver a Sheúla! El resto de madres están preparando su cuerpo para su despedida, y aún no han terminado.

—¡¡Suéltame, Rhubih!! ¡¡Es mi madre!! ¡¡No me lo vais a impedir!!

—¡Selene, mi niña, cálmate, por favor!

—¡No me frenes tú también, Shicah!

—No voy a frenarte, Selene. Podrás verla. Pero Rhubih tiene razón. Hay que prepararla... Déjame ir delante para limpiar el cuerpo de Sheúla de los restos de la energía oscura que halla podido dejarle Jrumkra. Démosle sepultura a tu madre como se merece.

—¡Por favor, sacerdotisa, déjame verla!... Mi madre no puede estar muerta. No, por favor, ¡jella no!

—Lo siento mucho, mi niña. Te prometo que de aquí en adelante nada ni

nadie te dañará. Yo estaré a tu lado, siempre.

—Me duele el corazón, Shicah. ¿Por qué le ha pasado esto a mi madre? ¿Por qué, Shicah? ¿Por qué?

—Porque, como te expliqué, los drijkraón solo quieren el mal, y saben que tú te estás alzando para combatirles. Saben que si oscurecen tu corazón, te habrán vencido. No lo permitas, Selene... Yo también pasé por eso.

—Ahora no puedo, Shicah... Ahora no...

—Te entiendo, cielo. Lloro niña, llora todo lo que necesites... Estoy aquí. Iremos juntas a despedir a Sheúla y cuidaré de ti como si fueses mi propia hija.

—¿Sabes, Shicah? Mi madre me dijo eso mismo el día de la consagración, y esta mañana me lo ha vuelto a repetir... Me dijo que tú cuidarías de mí como si fuese tu hija.

—Y así será. Tu madre siempre vio más allá... Para lo bueno, y para lo malo... [...] Prometo cuidar de tu hija, Sheúla. Descansa en paz.

## CAPÍTULO 14

—¡¡Feliz cumpleaños, Selene!!

—Gracias, Rhubih. Hoy me he despertado sintiéndome demasiado vieja...

—¡Qué tonta eres, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Oye! Yo también tengo veinte años, ¿acaso te parezco vieja?

—Ja, ja, ja, ja, ja... No, Rhubih, para nada. Es solo que... No sé... cada día me pesa más cumplir años.

—¿Por qué dices eso, Selene? Eres muy joven aún. ¿No eres feliz?

—Trato de serlo cada día, amiga, pero no es fácil. Desde la muerte de mi madre siento un vacío enorme en mi interior. Sé que te tengo a ti, y a Shicah, que se ha portado como una auténtica madre conmigo, pero, aún así, la echo muchísimo de menos... Y en mi cumpleaños noto todavía más su ausencia... y la de mi padre.

—¡Ay, Selene! Lo siento tanto... Ojalá todo hubiese sido diferente... ¡Ojalá esos malditos drijkraón desapareciesen de una vez por todas de la faz de este mundo!

—Ojalá... pero bueno, es la vida que debo vivir, y tengo que aceptarla... Y luego hay otro asunto que me apena...

—¿Qué es, Selene?

—Ya todas mis amigas habéis encontrado pareja... hasta el punto de que hoy sólo tú estás aquí, porque todas las demás tenían compromisos familiares.

—¡Pero no seas negativa, Selene! Sé que estarán para la celebración de esta noche... A ti te pasa algo más...

—El año pasado tú también te uniste a Pareon, bajo la bóveda, y estoy inmensamente feliz por ti, no lo dudes... Sin embargo, yo aún sigo sola... Si llego a ser sacerdotisa, aún me será más difícil encontrar algún hombre que se fije en mí como mujer... ¡Imagínate! Ya todos me ven con un halo de deidad, así que cuando me convierta en la nueva sacerdotisa, será aún peor... Y yo sólo soy una mujer, Rhubih... ¡Dios, estoy tan confundida!... Este miedo me persigue desde mi segundo día de aprendiz, el mismo en el que murió mi madre.

—¡Ay, Selene! ¡No llores, amiga! Abrázame. No hables así, belleza de los astros, que entristeces mi corazón con el tuyo. Yo siempre seré tu mejor amiga, y siempre estaré a tu lado cuando me necesites. Eso no lo cambiará nada ni nadie... Ocurra lo que ocurra, así esté rodeada de los hijos brutos que tenga con Pareon [...] Así está mejor... Me encanta reír contigo. ¿Es que pensabas que los hijos que voy a tener con mi marido no van a ser unos brutos como su padre? No, Selene, nuestra amistad jamás cambiará por nada; ni por el enorme Sarcahl, ni por el malvado Jrumkra.

—Gracias, Rhubih... Si no fuese porque mantengo mi mente ocupada todo el día con las enseñanzas de Shicah... me habría vuelto loca. Siento que ahora me muevo sin rumbo, y es peor cuando llega la noche, porque... me siento tan sola. Y no hablo de la compañía y el cariño que me pueda dar Shicah; me siento sola como mujer, ¿me entiendes?

—Entiendo lo que quieres decir, amiga... Pero no te atormentes más, Selene, debes tener paciencia. Lo que esté para ti llegará. Toma como ejemplo las vivencias que llevas hasta ahora; raramente alguien es aceptado por el Sarcahl, y eso estuvo para ti. Y también estuvo para ti Shicah, que es una mujer buena y que te quiere mucho, Selene.

—Sí, lo sé. Yo también la quiero mucho, y ha sido muy importante tenerla a mi lado durante todos estos años. No sé qué habría hecho sin ella...

—Tu madre sabía que la sacerdotisa te cuidaría.

—Sí, no me cabe duda de que mi madre intuía lo que le iba a suceder, y me dejó en las mejores manos posibles.

—Y estoy yo... No estás sola, Selene.

—Estoy teniendo una mala mañana, Rhubih...

—¡Dame otro abrazo!... No sé qué más decirte, solo... intenta estar feliz. No te centres en lo negativo, o atraerás a los drijkraón, como siempre aconseja Shicah a todo el pueblo. Ella siempre ha sido una especie de madre de todos, pero después de tanta desgracia a tu alrededor, también se convirtió en tu nueva madre... Y debieras estar orgullosa por ello.

—Lo estoy... y también de ti, Rhubih. Tienes razón en todo. Por estas cosas eres mi mejor amiga... ¡Adoro tu positividad! Te quiero.

—Y yo a ti, tontorrón... Y ahora dime, ¿por qué te has levantado tan temprano hoy?

—Shicah quería que estuviese preparada desde temprano para darme una sorpresa por mi cumpleaños. Pero me he levantado y no la he encontrado por

ningún sitio... Es extraño... y eso también contribuyó a aumentar mi pena.

—No te preocupes, habrá salido a buscar ese regalo, que tratándose de la sacerdotisa debe ser algo muy especial. Además, ya sabes que cuando el resto de la comunidad estamos despertando, ella lleva horas velando por todos nosotros.

—Sí, puede ser...

—Tengo que irme ya, Selene. Tengo algo importante que hacer. Te veo luego, ¿vale?

—¿Vas a prepararme alguna comida especial de cumpleaños?

—Pero... pero... ¿cómo sabes lo que pienso en cada momento? ¿No puedo preparar ninguna sorpresa para ti sin que lo sepas antes que yo? ¡Mala amiga!

—Ja, ja, ja, ja... ¡No te enfades! ¡Lo he dicho por decir y he acertado, nada más! Pura casualidad...

—Pura casualidad, pura casualidad... Las casualidades no existen, Selene. Me encantaría estar en esa cabecita tuya...

—¡Venga vete, que no te dará tiempo de preparar esa deliciosa comida!

—No puedo contigo, de verdad... Hasta luego.

—¡Te quiero, Rhubih!

—¡Y yo a ti!

.....

—¡Buenos días, mi niña! ¿Cómo has amanecido hoy?

—¡Hola, Shicah! Estaba preocupada porque me levanté y no te encontraba por ningún sitio.

—¡Ay, mi Selene! Te vi tan relajada esta madrugada... Salí con Sarcahl. Vino muy temprano y necesitaba que le acompañase.

—Qué extraño...

—No tanto, mi preciosa criatura... .. pero ya te lo explicaré. Antes de nada, déjame darte un abrazo. ¡Felicidades, Selene! ¡Has crecido y aprendido tanto!

—¡Gracias, Shicah! Abrázame fuerte.

—Shusss... No llores, cielo.

—No sé qué me pasa hoy, Shicah... No puedo retener las lágrimas desde que me he levantado.

—Te estás convirtiendo en una mujer hermosa, con un corazón tan puro...

Te entiendo, Selene, no pasa nada. Es normal que te sientas así. Echas de menos a tu familia, ¿verdad?

—Mucho, Shicah, muchísimo...

—Pues sécate esas lágrimas, porque estoy segura de que tus padres están muy orgullosos de ti. Y, querida Selene, hoy lo van a estar aún más.

—¿Qué quieres decir?

—Espera aquí, tengo que darte algo.

—¿Un regalo? Sabes que no tienes que regalarme nada, Shicah. Llevas dándome tu cariño y tu apoyo desde hace años. Para mí eso es suficiente.

—Lo sé, pero esto es algo muy especial. Date la vuelta, Selene, y recógete el pelo para que pueda ponerte esta cinta.

—¡Oh! ¿Qué es esto? Es precioso...

—Este colgante es La Flor de Cristal.

—Sus colores y energía son espectaculares, Shicah. ¿Qué significado tiene?

—La Flor de Cristal es el bien máspreciado que puede llevar toda sacerdotisa, Selene. Procede del amor del Sarcahl por su sacerdotisa.

Cuando nosotras morimos, él deja caer su última lágrima en nuestro cuerpo y, en un intenso destello, él también se desvanece, para acompañarnos hasta la luz del Amor Puro originario, de donde todos venimos, y a donde todos estamos llamados a volver.

Esa lágrima se convierte en una flor, la Flor de Cristal que cae en el pecho de su sacerdotisa, y que ahora te entrego.

Ésta perteneció a Trashida. Así como ella me dio la de su sacerdotisa, tú darás a tu sucesor o sucesora la mía cuando Sarcahl deje su lágrima sobre mí.

—Gracias, Shicah.

—Pero debes saber algo más. La Flor de Cristal se unirá a ti para siempre, de la misma forma que lo hará tu Sarcahl. Uniendo pasado, presente y futuro en un mismo ser.

—¿No es quizás la actual ave también mi Sarcahl? Nadie la ha visto morir nunca como me dices... Explícamelo, Shicah.

—¡Ay, mi niña! La muerte del Sarcahl sólo la ve su sacerdotisa y su aprendiz, para quienes el tiempo se detiene ese día. Tú verás la muerte de la actual ave, como yo vi la que montaba Trashida. Como te he dicho antes, cuando el Sarcahl muere, lo hace con un destello cegador, y se desvanece para acompañar a su sacerdotisa hasta el Amor Puro. Una vez que ella ya está allí,

él vuelve a este mundo material, resucitando en un nuevo destello, con un nuevo cuerpo, y uniéndose a la nueva sacerdotisa. Esto ocurre tan rápido para los demás humanos y criaturas, que todos creen que los dos destellos y los dos Sarcahl son los mismos. Pero no es así, y la Flor de Cristal, vestigio del anterior Sarcahl, lo atestigua.

—Es maravilloso... ¿De verdad merezco tanto, Shicah?

—Sí, Selene, y mereces aún más. La Flor de Cristal se entrega cuando ya se domina el arte de los cristales, y tú ya has superado ese estadio... Lo que te lleva, inexorablemente, a tu siguiente regalo. El Sarcahl te está esperando fuera para dártelo.

—¿Un regalo del Sarcahl? ¿Qué puede regalarme nuestro precioso pájaro?

—Selene, hoy ha llegado el día en el que moverás los astros junto a él. Sarcahl está convencido de que estás preparada para acompañarle. Ese es su regalo de cumpleaños.

—¡No puedo creerlo! ¿Hablas en serio?

—Sí, mi cielo, muy en serio. ¡Corre, nos está esperando!

—¡Sí, vamos! ¡¡Sarcahl!! ¡Oh, Sarcahl, gracias, gracias, gracias!

—¡Sarcahl, muéstrale a Selene de lo que sois capaces juntos! ¡Vuela!, ¡vuela, mi enorme amigo!

# **CAPÍTULO 15**



*Las nubes forman una niebla a mi alrededor que no me deja ver. Alguien me llama desesperado. Parece la voz de un hombre joven. No me atrevo a salir*

*de la lágrima del Sarcahl a tanta altura, porque podría morir por la falta de oxígeno, pero no dejo de oír esa voz llamándome. ¡Debo salir a ayudarlo!*

*Doy un paso fuera de la burbuja de oxígeno que me proporciona la lágrima del Sarcahl, y comienzo a avanzar con paso lento. La voz proviene del monte que tengo frente a mí, cerca de donde se encuentra el corazón del Sarcahl. Cada vez la oigo más cerca, a pesar de que no puedo ver a nadie, por la espesa bruma blanca. Sé que necesita ayuda.*

*Me cuesta avanzar por la falta de oxígeno, y empiezo a sentirme mareada, pero no desisto. Está cerca... ¡Le veo! Es hermoso, pero ya no puedo más, y me desmayo a sus pies.*

*—Eres preciosa, Selene —me despierta la voz del hombre que traté de rescatar. Miro a mi alrededor, y compruebo que me ha traído de vuelta a la lágrima del Sarcahl. Pensaba que era yo quien le iba a rescatar, pero ha sido él el que me a rescatado a mí.*

*—¿De verdad te lo parezco?*

*—No me lo pareces, lo eres.*

*—Abrázame —le pido, sin poder resistirme a la calidez que siento de su cuerpo, y la limpieza de sus ojos y su corazón. Él me hace caso, y nos fundimos en un intenso abrazo que calma mi espíritu hasta alcanzar el nivel del Amor Puro. Sin darnos cuenta, pasamos de estar fuertemente abrazados, a estar haciendo el amor.*

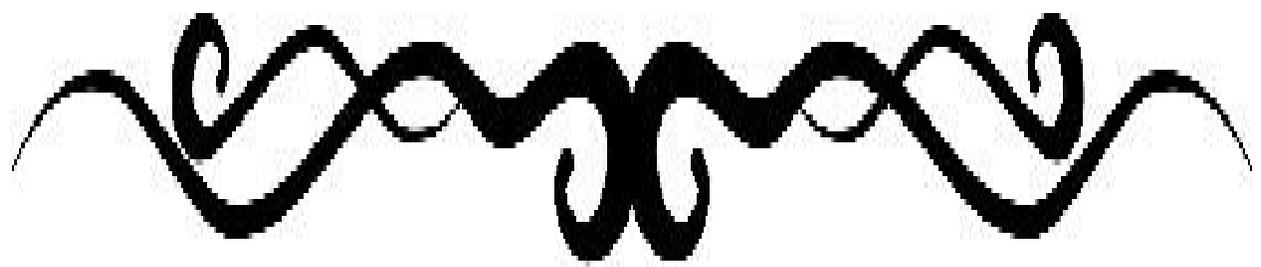
*—Cuando hacemos el amor me siento completo, Selene —me dice él.*

*—Esto parece un sueño...*

*—Pues es muy real, cariño.*

*—¿Te quedarás para siempre?*

*—Para siempre.*



—¡Dios mío! ¡Shicah! ¡Shicah!

—¿Qué te pasa, Selene? ¿Te encuentras mal?

—Shicah, le he visto.

—¿A quién has visto, mi flor?

—Le he visto a él, a mi otra mitad. He soñado con el hombre que se convertirá en el amor de mi vida, Shicah.

—¡Eso es maravilloso, Selene!

—Es un hombre cariñoso, bueno, noble... con un corazón tan puro que estoy convencida de que el Sarcahl le aceptará.

—¿Cómo lo sabes, Selene?

—Porque, en mi sueño, él aparecía en la zona del corazón del ave... y después hicimos el amor en la lágrima del Sarcahl.

—¡Oh, cielo! Si tu sueño es certero, podrían volver a darse dos sacerdotes al mismo tiempo sobre el Sarcahl, un hombre y una mujer, como ocurrió en los primeros tiempos. ¡Debes visitar al Sarcahl y mostrarle tu sueño! Él te guiará.

—Tienes razón, pero... no puedo evitar sentir un poco de miedo. ¿Y si no es más que un simple sueño? Se me partiría el corazón... No quiero haber conocido al amor de mi vida para luego perderle, como te pasó a ti o a mamá. No lo soportaría, Shicah.

—Eso no va a ocurrir, Selene. En tu vida no habrá más pérdidas, créeme. Si nuestra Voluntad está dirigida hacia el Amor de la Fuente, éste sabe lo que necesitamos en cada momento para llegar hasta él, y si ese hombre es tu próximo escalón, él entrará en ti para quedarse. La Fuente debe haber sentido tu pesar de estos últimos cinco años... y va a ayudarte, porque en estas cosas, sólo ella puede hacerlo.

—Entonces, ¿tú sabías lo que me pasaba?

—Sí, mi niña. Esas cosas no escapan a ninguna mujer, y yo también las viví. Ya te conté mi historia... pero tú debes vivir la tuya. No venimos a este mundo para vivir las vidas de los demás, sino la nuestra propia. Cuando cumpliste veinte años, se hizo más evidente tu pesar y, desde entonces, no he parado de pedir a la Fuente que llegase este día.

—Entonces... ¿piensas que lo que he soñado es justo lo que va a suceder?

—Eso creo, Selene. La Fuente te ha hablado; pero, de todas formas, consúltalo con el Sarcahl. Él es el que te ayudará a aclarar ese sueño y el que te llevará a ese hombre.

—De acuerdo, Shicah. Ahora mismo voy a hablar con él.

.....

—Shicah, ¡estoy tan feliz!

—Selene, ¿qué te ha dicho el Sarcahl?

—Me ha confirmado la realidad de mi sueño, pero me ha aclarado que ese hombre no lo encontraré en mi Tiempo... Entonces me entristecí mucho. Sin embargo, el Sarcahl me ha dicho que la Fuente ya lo está preparando, y que él me ayudará a traerlo hacia mí. Al parecer, mi hombre, sin saberlo, ya que en su Tiempo están todos más desorientados, también me está buscando. Después me ha llevado hasta el acantilado de los cristales. Sarcahl me ha dicho que, cuando llegue el día señalado, él moverá los astros para que funcione el portal, y que yo tendré que hacer mi parte con los cristales, desde la roca de amatistas.

—¡Oh, cielos, Selene! No tengo palabras...

—¿Por qué lloras, Shicah?

—Porque me alegro mucho de haberte conocido, mi niña. Sarcahl no hubiese accedido a nada de eso si no fuese por tu corazón puro y tus intenciones limpias.

—¿Vendrá él, Shicah? ¿Llegará al portal a tiempo?

—Por supuesto, Selene. Él es tu destino.

## CAPÍTULO 16

### *PATRICK*

Despierto aturdido. Estoy tumbado sobre la enorme selenita en la que tenía apoyados mis pies antes de que cayese en la oscuridad más absoluta.

Aún entra en la cueva la luz de la luna, alumbrando los cristales, pero sigo aquí, en el mismo sitio. No ha pasado nada.

Milagrosamente no he caído sobre las pequeñas estalagmitas puntiagudas que me rodean. Miro nerviosamente mi cuerpo, tocando mis piernas, mis brazos, mi torso... porque el último recuerdo que tengo es estar levitando y brillando como una piedra preciosa. “*Tranquilo, Patrick, no eres ninguna piedra preciosa*”, me digo.

No entiendo qué narices ha pasado. De pronto, he sentido como si no fuese dueño de mi cuerpo y he empezado a marearme. Supongo que me habré desmayado debido a las altas temperaturas que he estado soportando aquí dentro, e incluso ese mismo calor me esté haciendo tener alucinaciones.

Me levanto lentamente, insuflando aire a mis pulmones, y me doy cuenta de que ya no sudo, pero no sólo eso... ¿y el sofocante calor que hacía aquí dentro? Estoy completamente desnudo, y, sin embargo, el suelo no me quema. No me explico que ya no haga calor en la cueva.

Miro nerviosamente a mi alrededor, pero no veo por ningún lado ni mi ropa ni el casco con la linterna. No recuerdo haberlos alejado tanto cuando empezó el espectáculo de luces. Sólo espero que Yetzel y José Sancho no se hayan ido dejándome aquí solo, a oscuras, y habiéndose llevado mi ropa, el móvil, mi cartera... Por un momento, incluso me parece cómica la forma tan ingeniosa que han tenido de desplumarme, hasta que empiezo a maldecir en voz alta al viejo mentiroso que me ha traído hasta aquí. Me enfurece que haya jugado conmigo, aprovechándose de mi dolor y del deseo de encontrar el paradero de mi madre.

Debo salir de aquí lo antes posible. No tengo mi linterna, y la luz de la

luna dejará de iluminar la estancia de un momento a otro.

Suspiro pesadamente, mientras voy saliendo con cuidado de la cueva. Al menos, trato de consolarme, me voy satisfecho por haber podido ver una maravilla geológica de la madre Naturaleza.

Cuando llego a la boca del estrecho túnel de entrada que recorrí a pie con Yetzel, una imagen me paraliza. ¡La luz ya no está entrando desde el último espejo que colocó el chamán, sino desde la propia luna! Un escalofrío recorre todo mi cuerpo. ¿Qué está pasando?

Me apresuro a salir, recorriendo el pasadizo lo más rápido que puedo. Conforme avanzo, compruebo que hace fresco. De hecho, ni siquiera siento los treinta y siete grados de la mina... ¿Dónde está la mina?

En cuanto salgo del túnel... ¡me encuentro frente a un acantilado! Ha desaparecido todo. Ni me pregunto ya dónde estarán mis acompañantes mexicanos, golpeado por la visión de lo que está ante mis ojos... ¡¡¡¡La cueva sí era un portal!!!! ¿Pero hacia dónde? ¿Dónde estoy?

La luna parece brillar más que nunca. Bajo el acantilado se extiende una planicie sobre la que vuelan toda clase de seres que parecen desprender luz propia, como si fuesen luciérnagas de miles de colores y formas... Debo estar alucinando.

Cierro y abro los ojos una y otra vez, me los froto, agito mi cabeza de un lado a otro... Pero todo sigue aquí. Voy enfocando, y no puedo creer lo que veo: Mariposas iridiscentes gigantes, otras más pequeñas de brillantes colores rosados y morados, enormes pájaros colibríes del tamaño de un humano, que van dejando un rastro con sus plumas de lo que parece una especie de polen luminoso, ¡incluso me parece ver pequeñas hadas! Debe ser mi imaginación. Me vuelvo a frotar los ojos una y otra vez. ¿Dónde coño estoy? Casi me entran ganas de volver al interior de la cueva, para ver si me lleva de vuelta y todo está tal y como lo dejé. Entonces, miro fijamente al cielo, y me quedo petrificado.

Sobre mí estoy viendo exactamente la misma formación estelar que se estaba alineando sobre Naica antes de entrar en la mina del pueblo. Pero aquí todos los astros parecen brillar más, con una intensidad que jamás había visto... ¡Aunque son las mismas estrellas! ¡Juraría que son las mismas!... ¿Estoy en la Tierra? No lo entiendo. ¿Cómo, si no, puede existir exactamente el mismo cielo, con las mismas constelaciones... ¡e incluso con la misma luna!?

Me estoy empezando a marear de nuevo. Noto cómo un exceso de oxígeno entra en mis pulmones, y ya no sé si es por el que me faltaba dentro de la cueva, o es que aquí hay mucho más, porque todo parece más puro, con un cielo más claro y despejado.

Me agacho cerrando fuertemente los ojos, apoyando mis manos sobre mis rodillas. Debo sentarme, o me volveré a desmayar como en la cueva.

Me recuesto sobre la pared de roca que tengo a mis espaldas, y me quedo absorto mirando todo a mi alrededor, tratando de asimilarlo. Es tal el impacto de lo que veo, que estoy empezando a hiperventilar. Comienza a nublárseme la vista, así que procuro centrar toda mi atención en mi propio cuerpo, en calmar mis pulsaciones, y en respirar pausadamente. Nada de lo que he vivido hasta ahora me había preparado para algo así.

Cuando parece que por fin me estoy calmando, y que mi cabeza vuelve a funcionar, intento esforzarme en pensar con claridad, para tomar conciencia de dónde me encuentro. El paisaje es completamente distinto al que dejé aquí afuera hace unos minutos. ¿Dónde puedo ir? ¿Estaré más seguro aquí arriba o abajo en la planicie? Debo explorar.

Giro la cabeza a un lado y a otro, porque ni me he parado a ver qué hay a mi alrededor en esta cornisa del acantilado. A mi izquierda hay rocas cerrándome el paso, y a mi derecha hay lo que parece un estrecho sendero que sube hasta arriba. ¿Un sendero? ¿Será de humanos, o de alguna extraña y peligrosa criatura? La subida de adrenalina que me produce este último pensamiento, supera la que haya podido tener en la peor de mis incursiones en deportes de riesgo. Aprovecho ese tirón adrenalínico para empezar a moverme.

Me incorporo de nuevo, y me separo de la pared de roca, para mirar hacia arriba y hacia abajo del acantilado. Hacia abajo veo una caída vertical de unos mil metros. No llevo material de escalada y, a primera vista, sería un suicidio intentar un descenso por ahí. Hacia arriba veo lo que parece la cima. No está lejos, y además está el sendero, que aparentemente lleva hasta ella; así que decido aventurarme por el camino, para ver si desde la cima tengo una vista de trescientos sesenta grados de esta planicie, así como de la montaña en la que estoy, y que me permita elegir la mejor ladera para descenderla.

Subo despacio por el estrecho sendero, intentando no resbalar acantilado abajo, ni hacer movimientos bruscos, para no llamar la atención de las criaturas que vuelan relativamente cerca de mí. No sé si seré de su agrado

como alimento o no, o si serán muy territoriales, pero tampoco quiero comprobarlo.

El camino se sube fácil y, antes de que me de cuenta, ya estoy alcanzando el último tramo. Justo cuando pongo un pie en la cima, otra imagen me sorprende en este entorno, a la vez que me calma. ¡Un humano!

No muy lejos, en el centro de esta cima, a unos cincuenta metros de mi posición, observo a una mujer sentada sobre una gran roca, que a su vez está rodeada de incrustaciones de grandes cristales de cuarzo amatista, de tonos violetas y rosados. La mujer tiene los ojos cerrados, y parece estar tan concentrada, en una especie de meditación, que no ha percibido mi presencia. A su alrededor están volando toda clase de pequeñas mariposas que desprenden luces de los mismos colores que la amatista que la rodea, y otras con colores arcoíris.

La mujer es bellísima. Me sorprende comprobar que también está desnuda, lo que hace que me sienta más cómodo con mi propia desnudez. Sin embargo, a ella le tapa prácticamente todo su cuerpo su largo pelo, negro como la noche. De él le cuelga una larga pluma blanca.

Avanzo unos pocos pasos sin hacer ruido, y observo que la luz de la luna se refleja en los cristales, creando un aura rosada alrededor de la mujer, que acentúa la suavidad de sus curvas, y hace que parezca que tiene una piel suave como la seda.

Algunas de las pequeñas criaturas voladoras que revolotean a su alrededor, especialmente las que desprenden destellos de un precioso color arcoíris, parecen jugar con su pelo, posándose y volviendo a volar, en un movimiento que a ella parece gustarle, porque sonrío levemente cada vez que una de esas mariposas se posa sobre ella.

Me voy acercando muy despacio para no asustarla, y conforme estoy más cerca, la escucho tararear una canción hipnotizante. Me recuerda a una melodía de flauta que escuché a un indio cheyenne en uno de mis destinos de este último año. Su voz es suave, tranquila, preciosa... y como si de un imán se tratase, me va atrayendo más y más a ella. Me acerco con pasos lentos y movimientos suaves, esperando no asustarla... porque no creo que sea alguna criatura depredadora de este extraño mundo...

Cuando estoy a tan solo un par de pasos de la roca en la que está sentada, puedo apreciar aún mejor su belleza. Tiene unos rasgos finos, unos labios perfectos, y los ojos, a pesar de tenerlos cerrados, parecen grandes y

almendrados. Su respiración, acompasada con su tararear, es tan tranquila y rítmica, que penetra en mí, haciendo que entre también en su mismo trance. Sus muñecas y tobillos están adornados por pulseras hechas con piedras pulidas de colores, y de su cuello cuelga una cinta con una flor de cristal en tonos amarillos y violetas. La flor de cristal reposa entre sus pechos, y se mueve con ellos al son de su profunda respiración.

A su lado descansa un largo bastón con un añadido afilado, que parece el colmillo de algún extraño animal. Entiendo que es un arma, y eso me hace ver que no es bueno andar por aquí sin una mínima protección como esa. No entiendo entonces qué hace una mujer tan hermosa sola en medio de la oscuridad, pero, teniendo en cuenta que no le encuentro explicación a todo lo que me rodea, imagino que debe ser algún tipo de guerrera que podría acabar conmigo antes de que parpadee.

Muevo la cabeza de un lado a otro, emitiendo un, ahora sí, sonoro suspiro. La hermosa mujer deja entonces de cantar, y abre sus enormes ojos, del mismo color violeta que las amatistas que le rodean. Todas las criaturas que están a su alrededor se alejan entonces volando, quedando sólo ella ante mí.

Me quedo impactado por la intensidad de su mirada. La hermosa mujer sonrío dulcemente, y mi pulso empieza a acelerarse más de la cuenta. Ladea lentamente su cabeza sin quitar la vista de mí, y sin dejar de sonreír. Parpadea lentamente y, con una voz tremendamente sensual, me dice:

—Por fin estás aquí.

## CAPÍTULO 17

—¿Hablas mi idioma? ¿Dónde estoy? ¿Quién eres? —le pregunto a la preciosa mujer que me abraza con su mirada. Ella se incorpora cogiendo su bastón y, con un ágil salto desde lo alto de la roca, sortea las afiladas puntas de los cristales de amatista que la rodean, hasta posarse grácilmente a mi lado.

—Mi nombre es Selene, Patrick —me responde, pronunciando mi nombre.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Te he visto en mis sueños muchas veces desde la primera vez que nos encontramos... en un sueño. Pero ya has llegado, y me haces muy feliz. Te he estado esperando desde entonces —me dice, dejándome sin palabras y con la garganta seca. La intensidad con la que me ha dicho esas frases, nubla mis sentidos.

—Espera, espera un momento... Esto no puede ser real... Ese Yetzel debe haberme metido ayahuasca o algo peor en vena cuando caí desmayado por el sofocante calor de la cueva... ¡Claro, eso es! Es un sueño, estoy soñando. No pasa nada Patrick, solo tienes que cerrar los ojos, respirar profundo y despertar. ¡Así de fácil! —me digo en voz alta, para que esta irracionalidad termine.

—Ya no es ningún sueño, Patrick —escucho a Selene, mientras mantengo mis ojos cerrados. Noto sus pequeñas y suaves manos posarse en mis mejillas —. Abre los ojos —susurra. Le hago caso al instante, quedándome absorto en su mirada y embriagándome con su olor fresco a violetas.

—Explícame que es todo esto —le pido, señalando con mi mirada cuanto nos rodea —¿Quién eres tú? ¿Dónde estamos?

—Sigues en la Tierra, Patrick, y yo sólo soy una mujer... una humana como tú...

—Imposible, Selene, a los humanos normales no le revolotean mariposas iridiscentes por la cabeza, ni esto se parece en nada a La Tierra —aseguro algo enfadado.

—No en tu tiempo, Patrick. No en el que tú conoces, pero sí estamos en La

Tierra.

—¿Quieres decir que esta es la Tierra en otro tiempo? ¿Es el futuro?

—No. Es el pasado. Es la Tierra de hace millones de años con respecto a tu tiempo —sonríe, ladeando su cabeza como hizo cuando me vio—. Pronto lo entenderás todo, no te preocupes. No soy yo quien tiene que explicártelo... —me asegura sonriendo.

—¿Quién, entonces? —le pregunto.

—Pronto lo verás... —me contesta, tocándose la larga pluma que cuelga de su pelo y alzando la vista al cielo.

Yo sigo su mirada, pero no veo nada. Solo puedo oír el gran estruendo que se escucha a lo lejos en el cielo, para luego retornar el silencio, y ver cómo van desapareciendo las estrellas sobre nosotros. Miro hacia un lado y hacia el otro, para tratar de averiguar qué es lo que está produciendo ese fenómeno. Noto cómo Selene acaricia mi espalda para relajarme, y lo consigue. El simple tacto de esta mujer activa todas mis terminaciones nerviosas, acelerando mi pulso.

Miro sus preciosos ojos violetas, y todo su hermoso cuerpo, y un nudo atrapa mi garganta. Ella me sonríe, y asiente levemente con la cabeza, dándome así el valor que necesito para enfrentarme a lo que sea que esté por llegar. Ya no me queda más remedio que asimilar esta realidad y confiar en aquello que me dijo el chamán Yetzel antes de dejarme solo en la cueva: *“pase lo que pase, no temas lo que está por venir”*.

—Ya está aquí, Patrick. No tengas miedo —me susurra Selene en el oído, agarrando mi mano con fuerza.

—¿Quién está aquí? ¿A qué debería temer, Selene?

—Al Sarcahl —sonríe cálidamente, mirando de nuevo hacia arriba—. Sé que te dejará montar en él. Lo he soñado, y el Sarcahl me lo confirmó. Sin su ayuda, no te podría haber traído hoy aquí. Pero me ayudó porque eres especial... y porque corren tiempos difíciles para todos. Hay muchas cosas hermosas en este tiempo, y otras que te aterrarán, Patrick; pero eres un hombre fuerte, valiente y decidido. Podrás con todo aquello que intente hacerte daño a ti, a mí... o a cualquier persona a la que ames de verdad. Este tiempo no es fácil, pero tú sabrás cómo sobrevivir y cómo protegernos.

—¿“Protegernos”? —pregunto, sin saber a qué se está refiriendo. Todo esto es un gran enigma que no sé cuándo voy a descifrar.

—Enseguida lo sabrás... ¡Vamos! —me apremia antes de salir corriendo

hacia el acantilado del que yo vengo.

—¡Selene! —le grito —¡¡Para!! ¿Dónde vas? ¡¡Te vas a despeñar!!

—No, Patrick. Voy a montar en el Sarcahl. ¡Sígueme!

Dicho eso, Selene se pierde en el vacío, pero no la escucho gritar. Asustado, corro hasta el borde del precipicio, esperando verla caer. Sin embargo, está apoyada, metro y medio más abajo, en un saliente de roca de una montaña que no estaba ahí hace unos minutos. No entiendo nada.

Miro hacia el frente y, efectivamente, ha aparecido de la nada, en medio de la planicie, una cordillera de unos dos mil metros de alto o más, y diría que, desde donde estamos, de unos tres mil metros a cada lado.

—¿De dónde ha salido esta montaña? —le pregunto extrañado a Selene.

—No es una montaña, Patrick. Es el Sarcahl. Estabas tan ensimismado conmigo que no le has visto posarse —me explica ella con una hermosa sonrisa en su cara—. Él te dejará subir. Me lo ha vuelto a decir. No esperes más, ¡salta!

Me quedo sin respiración al tomar conciencia de lo que Selene me acaba de decir, pero, sin pensármelo dos veces, le hago caso, y salto a su lado. Selene me coge de la mano y, tirando de ella, me dice.

—¡Vamos! Nos queda un largo camino desde la punta de su pico, en la que estamos, hasta uno de sus ojos, donde Sarcahl nos protegerá del viaje con sus lágrimas.

No entiendo lo que me ha dicho, pero sigo sus decididos pasos. Si esta mujer era hermosa sentada, lo es aún más en movimiento. Tiene un cuerpo perfectamente torneado y atlético, lo que no me extraña ante la difícil orografía en la que vive. Selene avanza monte arriba con paso ligero. Debemos recorrer unos tres kilómetros cuando encontramos una pequeña gruta.

—Entra conmigo, Patrick. Éste es el lagrimal de Sarcahl. Aquí nos cubrirá con una de sus lágrimas, e iniciará el vuelo. Ya verás cómo no pasa nada malo, al contrario. No tengas miedo ni te sueltes de mi mano —me ordena.

—No pensaba hacerlo —le sonrío.

Antes de que pueda darme cuenta, escucho el estruendo de lo que parece una tromba de agua viniendo del interior de la gruta. Mi primer impulso instintivo es el de alejarme, pero Selene me agarra fuerte y, para que no me aleje, se lanza contra mí y me abraza, pidiéndome que cierre los ojos.

—Ya está —me dice Selene separando su cuerpo del mío—. Ya puedes

abrir los ojos.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo con incredulidad que estamos cubiertos por una inmensa gota de “agua”... o lo que supongo que es una lágrima del Sarcahl, como Selene me ha dicho. Ni me he dado cuenta de cuándo nos ha envuelto este líquido en el que, sorprendentemente, podemos respirar con normalidad, y no me siento mojado.

—Perdóname si no te ha gustado que te abrazara, pero es la única forma que tenía de calmarte...

—No... no te preocupes... Es que... aquí todo es tan increíble... —le sonrío admirado por su belleza, pudiendo asegurar que Selene se ha ruborizado, porque le veo ladear coqueta la cabeza y girarla después hacia adelante, evitando que la mire a los ojos. Estando en esa posición, me asegura —:

—Pues espera a ver cuando el Sarcahl alce el vuelo... —Me vuelve a agarrar de la mano sonriendo, en un gesto que ya me encanta.

De pronto, la pared de la gruta comienza a moverse hacia arriba, y percibo el cristalino del ojo del ave, por lo que deduzco que esa pared debía ser el párpado. Desde donde estamos, siento cómo el ave se pone de pie, y comienza a desplegar sus alas, cuya envergadura tendrá unos treinta kilómetros aproximadamente, teniendo en cuenta que la sección que yo veo debe medir unos quince kilómetros.

El Sarcahl es descomunal, mayor que nada que haya visto jamás en movimiento. Lo increíble es que el líquido lacrimal que nos envuelve parece fijarnos en nuestra posición y, según me explica Selene, también nos ayudará a respirar en cualquier altitud que alcance el ave. Es como una especie de cámara presurizada como la de los aviones. Estoy alucinado.

Sin soltarme, Selene alarga su mano y acaricia la roca que hay a nuestro lado. Sonríe apoyando su cabeza sobre la del pájaro. Ambos parecen entenderse con la mente. Parece haberle dicho algo al animal, porque siento cómo nos empezamos a elevar poco a poco.

—¿Cómo lo hace sin mover las alas? ¿Cómo puede volar algo tan inmenso? —pregunto curioso a Selene.

—Haciéndose menos denso que el aire. El Sarcahl es capaz de inflar su cuerpo de un gas que genera en su interior, y que le permite volar y deslizarse con más suavidad que las mariposas.

—No sé si ahora tengo más dudas que antes, pero entiendo que ese gas

debe ser helio, o algo parecido —Selene me hace un gesto de no comprender lo que le digo, ante el que los dos sonreímos, para después abordarle con otra pregunta.

—¿Y qué ocurre cuando aletea? Debe ser devastador...

—La mayor parte del tiempo planea, y sólo agita sus alas cuando está cerca de los astros, o cuando se enfrenta a los drijkraón —Ahora soy yo el que le pone el gesto de no comprender nada a Selene, y ella sonrío—. No te preocupes. Poco a poco lo irás entendiendo todo.

El ave va cogiendo más y más altitud, hasta que vemos el amanecer del sol. La aparición de la luz del día me va ayudando a tomar conciencia de lo inmenso de la criatura en la que vamos montados. No es una montaña como pensaba, ni está hecha de roca, aunque lo parezca. Es un ave descomunal, de plumas blancas gigantes, que supera la visión de cualquier cosa que haya podido ver antes.

Pero la luz del sol no sólo me permite ver mejor al Sarcahl. También puedo ver mejor a Selene. Si ya era hermosa bajo los rayos de la luna llena, los del sol hacen que no pueda dejar de mirarla. Ella se sonroja cada vez que lo hago. En este momento tomo verdadera conciencia de nuestra desnudez, y me sorprende no sentirme incómodo, a pesar de ser algo a lo que no estoy acostumbrado. Sin embargo, Selene no parece darle importancia a este hecho, por lo que entiendo que es algo normal en su cultura.

Durante el trayecto, los dos estamos en silencio, tanto admirándonos el uno al otro, como a todo lo que nos rodea. De hecho, aunque éste sea el mundo de Selene, en el que se ha criado, puedo percibir que se emociona igual que yo, como si fuese la primera vez que lo ve todo. No creo que estas maravillas sean algo a lo que uno se acostumbre nunca.

En un momento dado, el Sarcahl comienza a mover suavemente las alas en un planeo que le hace avanzar. Debido al tamaño que posee este pájaro, casi sin darnos cuenta, recorre distancias impresionantes. No puedo verle la cola desde aquí, pero calculo que debe estar a unos diecisiete o diecinueve kilómetros de nuestra posición. Es sorprendentemente inmenso.

A los pocos minutos de vuelo, comienzo a ver a lo lejos una gran montaña, hacia la que nos dirigimos. Sin embargo, conforme el Sarcahl se acerca, compruebo que, lo que creía una montaña, no es tal cosa, sino un árbol de proporciones gigantescas. Su copa puede medir perfectamente unos trescientos kilómetros de diámetro, y el tronco es mucho más alto que la más grande de

las *Montañas Rocosas* de mi país. Antes de comenzar el descenso, el animal suelta un ensordecedor graznido que hace que Selene ría a carcajadas. Es una mujer preciosa y muy valiente.

—¡Patrick, Sarcahl está muy feliz por tenerte aquí! Me lo acaba de decir —me traduce sonrojándose —¡Mira, ese es mi bahbahl, nuestro árbol hogar! —me dice Selene señalando el descomunal árbol —¡Sarcahl nos llevará hasta nuestra tribu!

El pájaro empieza a perder altura de forma suave. En este momento estoy en estado de *shock*. Mire donde mire, lo que veo me parece irreal, y conforme más descendemos, más criaturas sorprendentes aparecen ante mis ojos.

Selene me mira de vez en cuando para asegurarse de que estoy bien, pero yo soy incapaz de emitir ningún sonido, y mucho menos de decir una sola palabra, hasta que una especie de abeja del tamaño de un autobús pasa muy cerca de nosotros. Entonces, del susto, exclamo:

—¡Dios! ¡Tú dirás que este extraño mundo es la misma Tierra que la mía, pero déjame decirte que ésto dista mucho de serlo! En “MI TIERRA” las abejas no tienen ese tamaño, ni los pájaros el tamaño de una cordillera de montañas.

—Eres muy gracioso —ríe Selene a carcajadas.

—¿Te parezco gracioso? Ponme la mano en el corazón —le digo a Selene tomando su mano y poniéndosela en mi pecho—. ¡Me quiero ir a mi casa! —exclamo riendo.

—No puedes irte, Patrick —me dice Selene riendo a carcajadas, mientras se acerca a mí y me rodea con sus brazos—. ¡Te tengo atrapado! —bromea, mirándome de forma tímida esperando ver mi reacción.

—¡Está bien, llévame a tu tribu! —Selene asiente separándose de mí, acto que me hace sentir una extraña sensación de vacío. El calor que desprende su cuerpo desnudo, embriaga mis sentidos.

—Te encantará nuestro bahbahl. Es el más grande de nuestra región y está lleno de rincones preciosos. Pero antes de enseñártelo, debes conocer a nuestra sacerdotisa. Ella me dijo que si el Sarcahl ha consentido en traerte a este tiempo, es porque sabe que tú serás muy útil para la comunidad humana.

—¿Muy útil? No sé... No sé en qué puedo ser útil en una tierra en la que todas las cosas que he visto hasta ahora se escapan a mi control [...]. Pero voy a confiar en ti, ¿de acuerdo? —le digo a Selene, volviendo a coger su mano.

—Gracias —me susurra Selene en el oído, erizando todos los vellos de mi cuerpo.

Apenas pocos minutos después de haber empezado nuestro viaje, el montañoso pájaro se posa de forma suave, casi imperceptible, en una rama del enorme árbol, cuyo tamaño empequeñece el del ave, pareciendo un “pájaro normal” a su lado. Después se agacha todo lo que puede, y Selene tira de mi mano para ayudarme a salir de la lágrima, y comenzar nuestro descenso por el pico del Sarcahl. Me tiemblan las piernas, y mis manos están frías por los nervios.

—Ya estamos aquí... ¿Estás bien, Patrick? —me pregunta Selene.

—Sí, sí, no te preocupes, estoy bien. Muy impresionado, pero bien — intento sonreírle.

—¡Vamos! Shicah, la sacerdotisa, te espera... Estará tan impaciente como yo. Estoy deseando que te vea, y que compruebe que todo ha salido bien.

Cuando alcanzamos el final del pico de Sarcahl, damos un salto hasta “la rama”, de unos seis kilómetros de diámetro. El sol ya está completamente fuera, por lo que puedo ver mejor la dimensión de todo lo que me rodea. Nos cubre una bóveda verde por la que no paran de moverse cientos de criaturas gigantes y pequeñas. Selene ve mi cara de pavor al ver tanto bicho suelto, y me dice:

—No te asustes. Todos se alimentan del bahbahl, no comen personas — Sonríe. Me fijo entonces en que, como ella dice, los “animalitos” se van alimentando de lo que parecen los frutos del árbol, de diversos tamaños y colores.

Sarcahl también comienza a comer en cuanto nos alejamos lo suficiente de él. Desde la distancia ya puedo ver sus ojos, violetas como los de Selene, y que transmiten una gran bondad y compasión, cuando podría ser una de las criaturas más feroces y letales de este mundo. Sobre su cabeza tiene un penacho de largas plumas, de distintos tamaños, que caen hacia su lomo de forma aerodinámica. Entiendo que la pluma que tiene Selene en su pelo es alguna de esas, pues le veo muchas de ese mismo tamaño. Pero, lo más llamativo, es su cola, que ahora que el ave está en la rama, la ha abierto mostrando todo un esplendor de plumaje iridiscente multicolor. Es entonces cuando compruebo que, a pesar de su tamaño, tiene una figura muy estilizada.

Adentrados en el bosque de ramas gigantes, llegamos a la entrada de una

cueva (una pequeña oquedad del tronco del árbol, en realidad) y me quedo embobado viendo la cantidad y diversidad de minerales preciosos que forman el interior del tronco. Selene tira de mí sonriendo, para que siga avanzando.

Por el camino, observo varias antorchas encendidas y colgadas de las paredes, cuyo reflejo en los cristales que las forman aumenta la belleza de los mismos. Aquí dentro la temperatura es agradable, nada que ver con la que hacía en la Cueva de los Cristales de Naica. Los distintos colores y brillos crean un ambiente cálido y mágico. Me quedo impactado por la belleza que me rodea e, irremediabilmente, acude a mi mente la imagen de mi madre, porque sé que le hubiese gustado muchísimo ver lo que yo estoy viendo en este momento.

—Ven, por aquí —me pide Selene, haciendo rodar una gran puerta, hecha de los mismos cristales de las paredes que, a pesar de parecer muy pesada, se mueve con facilidad y se desliza tan suavemente que apenas si hace ruido.

Entramos en una gran sala semiesférica, que me sorprende por estar más iluminada que todo el pasaje que hemos recorrido. La claridad procede de un gran cuarzo blanco gigante que sale del techo, como si de una lámpara gigante se tratase. Tengo la sensación de que la luz procede de la del sol, por lo que intuyo que ese cuarzo funciona como el extremo de una fibra óptica de mi tiempo, aunque parece ser parte de la propia estructura interna del tronco del árbol.

Al fondo de la sala, trabajando de pie, en una encimera de piedra tallada en la roca del tronco, bajo la luz de un cuarzo luminoso de menor tamaño que el que sale de la pared, hay una mujer de espaldas. Me llama la atención el largo de su pelo liso, similar al de Selene, aunque el de esta mujer es rubio—cano. Le cae por todo su cuerpo, cubriendo su espalda. También cuelga una gran pluma blanca de su melena, parecida a la de Selene, y en sus tobillos y muñecas, que veo moverse laboriosamente, aprecio que tiene pulseras de piedras, semejantes a las de mi acompañante. La mujer parece estar elaborando, precisamente, pulseras como las que Selene y ella llevan puestas. Selene no quiere molestarla, porque se queda quieta y en silencio a la entrada de la sala, gesto que yo imito.

—¡Ya está. Las terminé! —dice la mujer, que parecía absorta en su tarea.

—Shicah... —llama su atención Selene. La mujer se gira entonces rápidamente, como si no hubiese advertido nuestra presencia—. Todo ha salido bien. Ya estamos aquí.

—¡Dios mío!... —exclama la mujer acercándose despacio hacia nosotros.

—Tranquilo —me susurra Selene, apretando mi mano al ver cómo me tenso. Sin entender muy bien por qué, ese gesto me reconforta.

Cuando la sacerdotisa pasa justo bajo la intensa luz del cuarzo del techo, iluminando perfectamente su cuerpo y su cara, exclamo sorprendido:

—¡Dios mío!

## CAPÍTULO 18

Es difícil describir con palabras lo que siento en este momento. Aunque llevo vividas y aprendidas muchas cosas en este último año, nada de ello me ha preparado para volver a encontrarme con ella.

No puedo dejar de mirarla. Sus ojos, igual que los míos, brillan de emoción. Noto cómo le tiembla la mano con la que sujeta las pulseras.

Un nudo en la garganta me impide pronunciar palabra, y mi cuerpo permanece paralizado frente a la persona más importante de mi vida, la que marcó, hasta hoy mismo, mi destino.

Sobre mí cae de forma desesperada la mirada de esa persona a la que he admirado siempre por su valor, por su constancia, por su ternura, por su infinito amor hacia todos. Valores que quise negarle cuando desapareció.

Por fin, después de trece largos años, tengo frente a mí a mi madre... y soy incapaz de reaccionar.

—Patrick —me dice con su melodiosa voz. Una voz que me transporta a mi niñez, y que eriza mi piel—, por fin estás aquí. Llevo esperándote tanto tiempo... —Sus ojos ya no pueden soportar más lágrimas, y éstas comienzan a caer profusamente por sus mejillas.

Los dos estamos paralizados, el uno frente al otro, como si no quisiésemos tocarnos, por temor a que esto sea un espejismo que no deseamos que se desvanezca. No sé qué hacer... He esperado demasiado tiempo este momento, pero jamás imaginé que se produciría de esta forma, en este lugar, y en este mundo.

Selene me sujeta. No ha dejado de hacerlo desde que la encontré esta madrugada y, aunque acabo de conocerla, me reconforta que no me haya dejado solo ni un solo instante. Puede que sea porque es la primera persona que he conocido al llegar a esta Tierra que, a pesar de ser vieja, para mí es nueva.

—Patrick, tranquilo —me susurra Selene al oído. Increíblemente, mi cuerpo se vuelve laxo, y puedo relajarme un poco. Asiento con la cabeza y

esta bella mujer, por dentro y por fuera, acaricia mi pelo con ternura—. Tenéis mucho de lo que hablar. Te veo luego... —dicho esto, sonrío a mi madre, que le asiente con infinito cariño y agradecimiento en la mirada, y sale de la cueva.

—Hijo... —Solo con esta simple, pero a la vez poderosa palabra, logra que me lance sin pensar a sus brazos... a los brazos de mi madre.

—Mamá... —Rompo a llorar como un niño, hundiendo mi cabeza en su cuello —mamá, mamá... —repito una y otra vez, apretando su cuerpo fuertemente contra el mío, como cuando tenía cinco años, y ella llegaba a casa después de estar todo el día trabajando. Sigue oliendo a ella, ese olor inconfundible que me relajaba hasta hacer que me quedase dormido en su pecho.

—Cariño, te he echado tanto de menos... —Llora mi madre, mientras no deja de acariciar mi pelo, tal y como acaba de hacerlo Selene para tranquilizarme.

—Y yo a ti... No imaginas cuánto —le digo, dándole un beso en su suave mejilla, para volver a recostar mi cabeza en su hombro.

—Ha sido tan duro para ambos... Jamás agradeceré lo suficiente a Selene y al Sarcahl lo que acaban de conseguir... Traerte de nuevo a mis brazos.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué desapareciste, así sin más?

—Patrick, tengo que contarte muchas cosas, y necesito que tengas la mente muy abierta.

—Créeme si te digo que entre lo que he vivido este último año, pero sobre todo por lo que acabo de vivir cuando he llegado aquí, creo que estoy preparado para cualquier cosa que tengas que decirme, o que pueda suceder de aquí en adelante... Aunque a veces mi ceguera no me ha permitido valorarlos, ahora sé que he tenido muy buenos guías.

—El viejo Yetzel, ¿no es así? —sonríe mi madre.

—Sí, mamá, Yetzel ha sido la persona que me ha traído hasta ti. Sin embargo, mi primer guía fue Kora, una persona muy importante para mí que llegó a convertirse en un gran amigo en muy poco tiempo. Él fue quien me mostró mi tótem guía al inicio de este viaje y, gracias a ello, he podido superar más de una prueba. Ahora sé a ciencia cierta que mi tótem ha sido siempre el Sarcahl de este mundo.

—¡Ese viejo pájaro! —Ríe mi madre—. Él siempre ha sabido lo que se traía entre manos con nosotros dos. Tú también tienes mucho que contarme,

Patrick.

—Sí, son muchas cosas las que han ocurrido... Como la muerte de los abuelos... —Mamá llora profusamente, y yo la abrazo fuerte —Tu desaparición fue muy dura para nosotros tres... pero ellos no cejaron nunca en su empeño de encontrarte. Siempre decían que tú estabas viva en alguna parte... Pero vamos poco a poco, mamá. Para mí ha sido impactante todo lo que he encontrado al salir de La Cueva de los Cristales.

—Lo sé... mi niño... Sé que te cuesta asimilarlo, pero Selene y yo te ayudaremos —me tranquiliza mi madre—. Tú aún no lo sabes, pero se ha cumplido lo que ella predijo. El Sarcahl también te ha dejado montar en él, y eso no ocurría desde hacía muchísimo tiempo. Eso te convierte no sólo en mi hijo, sino en mi segundo aprendiz. Se volverán a dar en la Tierra dos sacerdotes al mismo tiempo, hombre y mujer.

—Selene...

—Es una mujer especial, el ser más maravilloso de este mundo. Por eso la escogió el Sarcahl. Selene posee un espíritu tan limpio y tan puro...

—Lo he sentido, mamá... Pero, ¿quién es ella en realidad? —pregunto, con la curiosidad de saber de dónde ha salido esa hermosa mujer, y por qué me siento tan fuertemente atraído hacia ella.

—Selene será la próxima sacerdotisa, y ya es la mujer que ha cambiado tu vida para siempre, Patrick. Sé que el Sarcahl no te ha traído hasta aquí por mí, sino por ella. Tú aún no lo sabes, pero ella es tu destino.

## CAPÍTULO 19

—Cuéntame más cosas de este mundo... —le pido a mi madre curioso por todo.

—Te contaré todo lo que desees, pero antes debes comer algo... —me dice acercándose a una hornacina de la pared, donde conserva varias frutas de aspectos y colores que no reconozco. Mi madre toma un par de ellas y me las ofrece—. Debes estar hambriento...

—La verdad es que sí... —Doy un ávido bocado a una de las frutas, sintiendo una explosión de sus jugos y sabor en mi boca, que activa todos mis sentidos, y que logra saciarme casi de inmediato.

—¡Todo lo que hay aquí es alucinante, mamá! —le exclamo, señalándole la fruta que como.

—Sí que lo es... —sonríe —Ven, siéntate conmigo y hablemos tranquilamente... —me propone mi madre, acercándose al centro de la sala.

Ella se sienta en el suelo, bajo el enorme cuarzo blanco del techo, y me pide que la imite, ofreciéndome que me siente frente a ella, con las piernas también cruzadas. Al contrario que con Selene, no siento ningún pudor por estar desnudo junto a mi madre, seguramente, porque gran parte de mi infancia ambos nos vimos así, ya fuese vistiéndonos o en la ducha, hasta el punto de que lo naturalicé.

Una vez sentado, supongo que por la energía del cuarzo que nos ilumina sobre nuestras cabezas, siento inmediatamente una gran paz, y mucha disposición para escuchar y comunicarme con la mente abierta, tal y como me ha pedido mi madre. Es evidente que aquella vendedora de amuletos y pulseras ha incrementado por mil el control que ya tenía del poder de los cristales...

—¿Cuál es tu primera pregunta? —me cuestiona mi madre. Por un momento me quedo en blanco. Son tantas las cosas que quiero saber, que no sé por cuál empezar. Sin embargo, una imagen asalta poderosamente mi mente, hasta el punto de que ya no puedo quitármela de la cabeza, y se lo hago saber a mi madre.

—Háblame más de Selene —mi madre sonrío, y yo me doy cuenta de mi desconsideración, ruborizándome y agachando un poco la cabeza avergonzado. Sin embargo mi madre me levanta la cara por la barbilla.

—No te avergüences, Patrick... Es precioso ser testigo de algo así... Por amor llegué yo hasta aquí, y por amor te ha atraído Selene... Tal vez tú aún no lo tienes claro, pero, de alguna forma, ya estás empezando a sentirlo.

—¿Tan pronto, mamá?

—Si lo tienes cerca, ¿necesita mucho tiempo el sol para iluminarte con su luz? No, Patrick. Cuando el amor de verdad hace acto de presencia, su efecto es inmediato. Lo de dejar tiempo para que aparezca es un invento de nuestro tiempo, en el que hay carencia de amor puro... —me explica mi madre entristeciendo su expresión con ese recuerdo—. En cualquier caso, te hablaré un poco más de ella, aunque deberás ser tú quien le pregunte directamente a Selene todo lo demás que deseas saber... pues es vuestra historia de amor la que se va a desarrollar, no la mía —me dice mi madre acariciando mi cara—. Selene es hija huérfana de Yaferu, quien fuese el representante de este árbol gigante o bahbahl en el que estamos. Cuando el Sarcahl la eligió para que lo montase y, por tanto, para que fuese la próxima sacerdotisa, su madre Sheúla murió. Como todas las aprendices de sacerdotisa, no era más que una jovencita. Ella no tenía a nadie más, debido a las múltiples bajas de estos últimos años, así que quedó completamente a mi cargo con la edad de doce años, no sólo ya como aprendiz de sacerdotisa, sino también como hija.

—¿Por qué has dicho cuando el Sarcahl la eligió?

—Porque él sólo deja que le monten los espíritus más puros, quienes se convertirán en los sacerdotes de todas las comunidades humanas que habitan los bahbahl.

—¿Significa eso que hay más árboles como éste?

—Muchos más, por toda la Tierra, y es el hogar no sólo de las comunidades humanas, sino de la gran mayoría de la fauna y flora, que se mantiene a salvo de los ataques de los drijkraón —mi madre hace una pausa, esperando para ver si puede continuar, o si le pregunto.

—¿Qué son los drijkraón?

—Esa es la pregunta que esperaba —asegura—. Desafortunadamente, son los causantes de todo el mal que veas o hayas visto. En términos de nuestro tiempo, son los demonios mismos. Con la diferencia de que en este tiempo son absolutamente palpables, puesto que aquí están en nuestro mismo plano de

existencia.

—¿Los has visto alguna vez, cómo son?

—No sólo los he visto, sino que, como sacerdotisa en control del Sarcahl, también los he tenido que combatir, junto a los guerreros de cada bahbahl. Son tal y como se representaban muchas veces en nuestro tiempo, aunque tal vez más repugnantes en persona.

Sus ojos son amarillos, con aspecto de reptil, con una mirada fría y tenebrosa. Esos ojos brillantes son lo que más destaca en su cabeza de carnero con colmillos. Su piel está llena de escamas, de un color rosa muy pálido, salteado por escamas de colores negro, rojo y blanco. Su olor es nauseabundo, fruto de todos los animales vivos y muertos que devoran, y del hecho de que viven en el subsuelo, cerca de fuentes de azufre. Allí se revuelcan en sus propios excrementos, mezclados con los desechos putrefactos de lo que ya no se comen, pero que devorarán más tarde.

Los reconocerás sobre todo por sus alas, como las de un enorme murciélago, pero muy musculadas y poderosas, aunque sólo les sirven para planear, no para volar. Reptan hasta los árboles para capturar a sus presas, y después huyen planeando, con ellas entre las garras de sus patas. Patas que son como las de un cabritillo, pero con la fuerza y tamaño de las de un *Tiranosaurio*. Sin embargo, al contrario que ese dinosaurio, poseen poderosos brazos, con manos como las humanas, pero con fuertes garras.

Lo más peligroso de su anatomía es su larga cola, terminada en una afilada y dura punta de lanza, con la que asestan estocadas inesperadas a sus presas y contrincantes. Literalmente, son máquinas de matar, y siervos perfectos de la Materia.

Miden cuatro metros o más, siendo su jefe el más grande y perverso de ellos, Jrumkra, de casi siete metros de alto. Entre ellos no se respetan en nada, teniendo peleas continuas por ver quién es el más fuerte o quién puede reproducirse más. No dudan en devorar a sus bebés y mujeres o las de los demás si los ven débiles o indefensos, en esa continua lucha por la superioridad.

Es común entre ellos la promiscuidad, atendiendo sólo a las pulsiones sexuales, y nunca al alma, porque carecen de ella, pues están más cerca de la Materia Pura, a la que adoran, y que tratan de acumular con avaricia desmedida, que de lo que nosotros llamamos Dios. Llegan a mantener sexo, siempre violento, incluso todos con todos, sin importar edad ni género, sobre

todo cuando han realizado una gran matanza, en un frenesí carnívoro que puede acabar con asesinatos incluso entre ellos mismos.

En definitiva, como te he dicho, son los demonios mismos.

—¡Dios, es horrible! ¿Y cómo has llegado a saber todo eso sobre sus comportamientos?

—A veces capturan a algunos humanos, mujeres, hombres, niños y niñas, para violarlos, torturarlos, asesinarlos y devorarlos. Ninguno sale con vida... Sin embargo, hubo un humano, considerado ya muerto por los drijkraón, quien, saliendo ocultándose y arrastrándose por entre la podredumbre, logró escapar, y contarme todos esos horrores... —Mi madre queda en silencio y apesadumbrada, y yo me quedo por un momento sin palabras... hasta que por fin vuelvo a hablar.

—Mamá... ¿no te recuerda todo eso a las atrocidades que se oyen a veces en nuestro tiempo?

—Sí, Patrick. Son los mismos demonios... que, en nuestro tiempo, inexplicablemente, han conseguido seguidores entre los humanos. Lo único “bueno” es que, en nuestro tiempo, no están en el mismo plano de existencia que nosotros, y por eso es más “fácil” enfrentarlos. Sin embargo, que sea así es algo que aún no he logrado comprender.

—¿Cómo podéis mantener a raya a esos seres?

—Gracias al Sarcahl, que los fulmina de un sólo graznido, al que todos los demás seres somos inmunes, y gracias a estos amuletos —Me muestra las cuatro pulseras que estaba haciendo cuando Selene y yo entramos en la sala, y que aún sostiene en su mano—. Toma, éstos los he hecho para ti —me dice colocándome, tal y como ella y Selene los tienen, uno en cada muñeca, y uno en cada tobillo.

—¿Qué función tienen? —pregunto intrigado.

—Están hechos de una combinación de cristales y gemas que, por un lado, nos avisan de la cercanía de algún drijkraón, porque reaccionan con la energía de ellos, comenzando a vibrar e iluminarse. Por otro lado, tienen una función de protección, ya que la vibración que producen genera una energía tan opuesta a la de los drijkraón, que ellos deben mantenerse alejados, de lo insoportable que les resulta, hasta el punto en el que, si atraviesan el campo energético que generan, se calcinan. Es la misma función que ejercen los cristales interiores del tronco del bahbahl, y de donde tomé la idea.

Desde que llegué aquí, observé que cuando los drijkraón hacían

incursiones para raptar o asesinar a algún animal o humano, nunca entraban en sus casas del árbol bahbahl. Entonces, para corroborar mi hipótesis, hice una combinación de los cristales del interior del tronco y, en un enfrentamiento, comprobé las cualidades que te he dicho. La pena es que lo descubrí cuando ya habíamos sufrido demasiadas pérdidas. Entre ellas, los padres de Selene.

—Entonces, ¿hiciste amuletos para todo el mundo?

—Así es, con la ayuda de los representantes. Hubo reticencias al principio a ponérselas, porque no estaban acostumbrados a llevar nada; pero en cuanto los guerreros vieron sus resultados protectores en la batalla, todos accedieron.

—Pero tú llegaste aquí siendo ya adulta, ¿cómo adquiriste tantos conocimientos si la aprendiz de sacerdotisa, como me has dicho, se escoge siempre siendo una niña?

—¡Ay, Patrick!... —suspira mi madre —Ahí es donde entra en juego el origen de mi historia... Pero para que la entiendas, debo explicarte lo que ocurrió con anterioridad.

Trashida era la sacerdotisa anterior a mí. Apenas si pudo enseñarme unos pocos años, antes de que Jrunkra, el jefe de todos los drijkraón, la matase en una batalla. El Sarcahl, que conoce el destino de todos gracias a los astros, sabía cuál iba a ser el de Trashida, así como que no iba a tener tiempo de enseñar a una aprendiz niña. Por eso, acabó atrayéndome hasta aquí. Buscó en todos los tiempos, hasta dar con alguien que él considerase merecedor de montarlo, así como que tuviese ya el suficiente conocimiento de los cristales que forman los bahbahles, como el que ahora habitamos. Yo aquí solo lo potencié más y puse en práctica lo que ya sabía.

—Pero... te escuché discutir con el abuelo el día que desapareciste... entendí que te ibas para buscar a mi padre... ¿Dónde entra él en todo esto?

—Efectivamente, yo encontré una pista que me llevaba hasta tu padre, el Sarcahl me la dio... a través de un sueño, del que Yetzel jamás dudó, y por eso me ayudó. Él sabía de los drijkraón ocultos de nuestro tiempo, a los que él llamaba los *chabochi*, o el mal mismo, mientras que los humanos limpios de *chabochi* somos el bien, o *rarámuri*.

—Sí, lo recuerdo, pero sigo sin entender...

—A ver cómo te lo explico... —veo dudar por primera vez a mi madre en su relato, suspirando y mirando hacia el cuarzo blanco que está sobre nosotros. El tiempo ha pasado volando, porque veo que ya entra menos luz, así que debe estar atardeciendo. Mientras mi madre hablaba, me terminé de comer

una de las frutas, y me sorprende que no he vuelto a tener más hambre desde entonces, sino todo lo contrario, aún me siento saciado y lleno de energía. Ofrezco entonces la otra fruta a mi madre, pensando que ya debe estar hambrienta y agotada.

—Mamá, haz un descanso en tu relato y come algo —le aconsejo tomando sus manos—. Ya debe ser tarde, y no has comido nada.

—Gracias, hijo —me dice, dando un par de mordiscos a la fruta, para después dejarla a un lado, bajar un poco la cabeza, cerrar los ojos, y ponerse a respirar profunda y lentamente. No sé qué me quiere contar ahora, pero lo único que percibo es que le pone muy nerviosa, más que incluso haberme hablado de esas horribles criaturas que son los drijkraón.

—¿Estás bien, mamá? —le pregunto preocupado, poniendo mi mano en su brazo.

—Sí, Patrick. Es sólo que es muy difícil de contar lo que ahora debo explicarte...

—Tómame tu tiempo —le calmo.

—Sólo te pido una cosa, mi cielo —me pide en tono suplicante—. Abre tu mente como te dije, y piensa sólo en lo positivo, y en todo lo bueno que hay en ti... De no ser así, el Sarcahl no te habría elegido.

—No te entiendo, mamá, ¿a qué te refieres?

—Patrick... Tu padre... era un drijkraón.

—¡¡¡¿CÓMO?!!! ¡Eso no es posible, mamá!

—Patrick, después de todo lo que has visto hasta ahora... Si quieres conocer la verdad, debes abrir tu mente...

—¿¿Cómo puede ser eso posible, mamá?! —le pregunto incrédulo, a pesar de que no he dudado de nada de lo que me ha contado hasta ahora.

—Yo misma me sorprendí cuando lo descubrí, hijo mío... ¡¡¡Y FUE ATERRADOR!!! —grita mi madre desgarrada por dentro, tirándose a mis brazos en un llanto desesperado...

—Pero... ¿si me has dicho que viniste aquí por amor...?

—Y así fue siempre, mi niño... Él no era un drijkraón cualquiera... sino una extrañeza de la naturaleza, un híbrido entre una humana raptada y Jrumkra... una mujer que, milagrosamente, sobrevivió a la violación y las torturas, hasta que la dejaron viva cuando vieron su embarazo, porque el propio Jrumkra tuvo curiosidad por ver que salía de allí.

Cuando el bebé nació, Jrumkra dejó vivir al niño y a su madre, a la que,

por otra parte, nunca dejó de torturar. Quería esperar hasta que el chico alcanzase la adolescencia, para ver si se producía algún cambio al que pudiese sacarle partido, infiltrando a aquel “engendro” entre sus peores enemigos, los humanos. La única especie que estaba evitando que ellos se hiciesen con el control de La Tierra.

Pero no hubo tal cambio. El chico siguió siendo un humano sin más, igual de bueno y “tonto” que el resto de habitantes de los bahbahl.

Jrumkra, acabó entonces de torturar a su madre, cortándole la cabeza frente al chico, para después entregarlo a él a sus más fieles seguidores, que le golpearon incansablemente, tirándolo por los aires y dejándolo caer al suelo repetidas veces, en un juego macabro en el que no paraban de reír... hasta que lo dieron por muerto.

No obstante, ese adolescente tenía aspecto y bondad humanos, pero la fuerza de un drijkraón, lo que le permitió sobrevivir. Cuando todos se fueron, se ocultó entre la podredumbre, logrando escapar de aquel infierno.

Nunca quiso ir con los humanos, porque sabía que eran objetivo de los drijkraón, por lo que permaneció oculto a todos en la foresta de las planicies, hasta que se hizo un hombre.

Un día, explorando el territorio, llegó hasta la cueva de los cristales y, sin darse cuenta, la atravesó. Por un deseo de La Vida, o por la fuerza de su amor por ella a pesar de todo lo que había vivido y presenciado, ha sido el único ser capaz de cruzar el portal en ambos sentidos sin ayuda de los astros, el Sarcahl, o la sacerdotisa. Pienso que también pudo influir el hecho de que en él se había producido un equilibrio tan en sintonía con este mundo, que le permitía desplazarse por todo él, sin atender a limitaciones de espacio o tiempo.

Estuvo vagando por distintos tiempos, viendo los logros y los horrores de nuestra propia especie, aunque buscando el amor... Fue entonces cuando nuestros caminos se cruzaron, Patrick, y nos unieron las Fuerzas del Amor y del Destino.

Él me lo contó todo... Tu padre era el humano del que te he hablado hace un momento, el único que logro escapar de la madriguera de los drijkraón... Sin embargo, por aquel entonces, yo siempre pensé que era un hombre muy imaginativo al que le gustaba inventar historias de terror para asustarme y entretenerme. Por contra, yo sólo me quedaba con el amor que me profesaba y me demostraba cada segundo... Hasta que me quedé embarazada.

Cuando se enteró de mi estado, le entró pánico... Me decía que no sabía lo que saldría de mi embarazo... Yo no le entendía, y le decía que me dolía lo que me decía. Él me aseguró que me amaba más que a nada en el mundo, pero que debía volver a su tiempo, que se había equivocado en todo. Entonces, desapareció... hasta que tuve aquel sueño, por el que sentí que debía ir a la Cueva de los Cristales de Naica, y llamé a Yetzel, que me ayudó cómo lo hizo contigo.

Cuando atravesé el portal, jamás pude imaginar lo que encontré. Allí estaba el Sarcahl esperándome a la salida del túnel. Me habló con la mente, y enseguida le entendí. Él me dio un viaje por toda la Tierra, y me lo explicó todo.

Después conocí a Trashida, que al verme sobre el Sarcahl me dijo que debía prepararme para ser la próxima sacerdotisa. Ella fue quien me cambió el nombre de Ágata por el de Shicah, que significa “esperanza” en la lengua bahbahlita.

Trashida se portó de manera infinitamente comprensiva y amorosa conmigo, más aún, cuando me derrumbé en el momento que ella me explicó lo que nunca podía haber imaginado: que el portal de los cristales sólo tiene un sentido para el común de los humanos. Aquello me horrorizó... Ya no podría volver a ver a mi pequeño ni a mis padres... —mi madre debe parar con la voz tomada, y los ojos inundados en lágrimas. Yo le abrazo fuerte—. Por eso, estaré siempre agradecida por que el amor de Selene te haya traído... —me dice acariciando mi cara y mi pelo, como cuando era un niño.

—Siento mucho por todo lo que has pasado, mamá... No sé qué hacer...

—Nada, mi amor, volver a tenerte junto a mí ya lo es todo...

—Pero... no me has dicho una cosa, mamá... ¿Dónde estaba mi padre cuando llegaste? —La cara de mi madre se desencaja por el dolor. Siento que ha eludido decírmelo por lo insoportable del mero recuerdo, y decido parar aquí —No me lo cuentes, si no quieres, mamá. No es necesario...

—Sí es necesario... —mi madre respira hondo, y continúa su relato — Conté toda mi historia con tu padre a Trashida, incluso todas las atrocidades que me dijo que hacían los drijkraón, pero, especialmente, su poder para atravesar el portal del tiempo a su antojo. Ella no daba crédito, y me dijo que debíamos encontrarle antes de que fuese demasiado tarde y los drijkraón averiguasen su poder, porque podrían usar a tu padre, y sería fatal para todas las generaciones venideras.

Hasta que un día, después de un año de búsqueda, le encontramos. Estaba solo, escondido, atemorizado como un niño. Ambas le recogimos, y le llevamos hasta nuestro bahbahl. Trashida ya me había acogido a mí en su casa, pero también acogió a Paul, tu padre.

Poco a poco, casi al mismo tiempo que yo, fue aprendiendo el idioma de los humanos bahbahlitas, sus costumbres, su tranquilo modo de vida, pero también sus artes de guerra contra los drijkraón... Entretanto, los dos pudimos volver a dar rienda suelta a nuestro amor.

Un día, Jrumkra apareció en el poblado. Venía a hacer uno de sus habituales derramamientos de sangre, despedazando las vidas de toda clase de criaturas, entre ellas también las de los humanos.

Los guerreros se pusieron a las armas, incluido tu padre. Yo corrí para llamar al Sarcahl, que volaba alto, con Trashida detrás de mí. Jrumkra nos vio y, planeando rápidamente hacia Trashida, le asestó en el pecho una punzada con su cola, que acabó con la vida de mi sacerdotisa... Después, se dirigió hacia mí, con su cola preparada para terminar también conmigo. Tu padre, enzarzado, con los demás hombres, en la lucha con el resto de drijkraón, me vio, y voló veloz sobre un colibrí hasta nosotros, interponiéndose entre mi posición y la de Jrumkra...

El arponazo de su cola, que iba dirigido a mí, acabó en el pecho de tu padre, que cayó a mis pies... y no acabó conmigo, porque me salvó el Sarcahl, que ya descendía veloz, emitiendo sus fuertes graznidos. Sólo entonces, los drijkraón huyeron despavoridos.

—Mamá... —abrazo fuerte a mí madre, llorando con ella la pérdida de mi padre. No era el cobarde que mis abuelos pensaban, sino un hombre, que supo contener a la mitad demonio que llevaba dentro, pero cuyo peso era demasiado insoportable. Pasamos un largo rato abrazados, hasta que mi madre vuelve a hablar.

—Tienes los mismos rasgos que tu padre... —me sonrío, y yo a ella, orgulloso y agradecido porque me diga eso, porque no me lo mencionó nunca en nuestro tiempo—. Estoy feliz por tenerte aquí y, como hizo Trashida con nosotros, estaré feliz también por facilitar que el amor de Selene por ti florezca en esta casa... Ven, te la enseñaré —me dice mi madre levantándose del suelo y tirando de mi mano para que también me incorpore. Le noto una vitalidad que ni cuando me dejó en nuestro tiempo, siendo más joven.

Se acerca de nuevo a la hornacina, y toma una fruta para cada uno, que

comemos con ganas. Después, me toma de la mano para guiarme por las distintas estancias de la casa, que me explica que fue la de Trashida, y que quedó para ella tras su muerte.

A la izquierda de la sala donde nos encontramos, que parece ser la más grande, y la única que se cierra con una “puerta”, hay un hueco que comunica a un pasillo semicircular, el cual bordea la estancia principal. En ese pasillo hay otras cinco oquedades. Mi madre me muestra cada una de ellas.

—Esta primera es mi habitación... —me enseña un pequeño dormitorio en el que hay una base de roca tallada a modo de cama, sobre la que se asienta lo que parece un gran pétalo de flor muy mullido. En la pared sobresale un pequeño cuarzo blanco, por el que entra la luz del exterior, igual que en la sala principal. Mi madre continúa el *tour* —esta segunda habitación es mi almacén de cristales... —Efectivamente, en este espacio acumula toda clase de piedras, con las que entiendo que fabrica los amuletos —la tercera habitación es el baño...

—¡Espera, espera, ¿aquí también hay baño?! Yo sólo veo una especie de ducha... —le digo al ver un saliente de la pared, todo de la misma roca que el resto de la casa, por el que cae agua sin parar al suelo. Éste parece absorber ese agua, porque no se acumula por ninguna parte. Mi madre ríe por mi reacción—. En serio, ¿esto es todo lo que hay en el aseo?! Tú ya me entiendes... —le hago un gesto de apretar el vientre, mientras ella continúa riendo —Pues aclárame cómo...

—Muy fácil, cariño —empieza a explicarme cuando para de reír—. Todo se hace bajo el agua. Ese agua la trae el tronco, y vuelve al tronco. Lo que tú sueltas de desecho, son nutrientes para el árbol, que absorberá junto con el agua que cae.

—Puro reciclaje instantáneo... Alucinante... —mi madre suelta una carcajada.

—¡Ven, anda! Sólo me faltan por enseñarte las dos últimas habitaciones... Ésta es la de Selene... y ésta, será la tuya —me dice señalándome la última estancia, al final del pasillo, el cual, termina en otra oquedad que vuelve a dar a la sala principal. Estas dos últimas habitaciones son como la primera.

Mi madre entra conmigo en el que será mi dormitorio, y se sienta en la cama, animándome a hacerlo también.

—Patrick, cariño, ya se está haciendo de noche. Descansa por hoy. Han sido demasiadas emociones, y demasiada información. Relájate e intenta

dormir... ¿Tienes más hambre?

—No, la verdad es que esas frutas sacian una barbaridad... —mi madre sonríe, levantándose para salir del dormitorio.

—Mamá —llamo su atención antes de que me abandone —¿Cómo supiste que el hombre con el que soñó Selene era yo?

—Porque tuvo muchos sueños contigo, y me los contó todos. En cuanto me dijo tu nombre y te describió, no sólo por fuera, sino también por dentro, supe enseguida que eras tú... Aunque siempre me quedó un poco de duda, que se desvaneció en cuanto te vi a su lado... Pero no le des más vueltas... Buenas noches, mi vida. Yo también necesito descansar. Le diré a Selene que ya puede venir, que ya hemos hablado lo más importante. Ella será mañana tu guía por este bahbahl. Yo debo salir temprano a visitar al representante de otro en el sur. No te preocupes por nada. Poco a poco, ya tendremos tiempo de hablar de muchas otras cosas. Lo importante es que el amor te ha traído hasta aquí, y volvemos a estar juntos.

—Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

—Buenas noches, mamá.

Tan pronto como sale mi madre, me recuesto en la cama y pongo mis brazos detrás de mi cabeza. El pétalo sobre el que estoy tumbado desprende una agradable fragancia muy relajante. Sin embargo, mi mente no puede parar de trabajar a mil por hora.

Llevo solo horas en esta “nueva” Tierra y me cuesta asimilar todo lo que me ha contado mi madre. Además de todo lo que he visto y vivido. Entre todas esas cosas, tengo que acostumbrarme al hecho de que ella vuelve a estar junto a mí después de tantos años. Ha sido una sensación extraña cuando nos hemos reencontrado, una mezcla de miedo, incredulidad, felicidad... Pero lo más sorprendente para mí, ha sido lo que me ha contado de mi padre. De alguna forma, mi madre siempre supo que lo que le contó era verdad, y por eso luchó contra mis abuelos para que no me transmitiesen odio hacia él por abandonarnos. Sin embargo, como ella me ha aconsejado, no quiero darle más vueltas al asunto. Poco a poco, me dejo llevar por el cansancio, hasta que logro quedarme dormido.

## CAPÍTULO 20

Creo que, sin darme cuenta, he dormido algo, rendido por el agotamiento, quince minutos quizás; pero vuelvo a estar demasiado nervioso y espabilado. No paro de dar vueltas en la cama. Me incorporo y me siento, frotando mi cara con las manos, en un acto desesperado por descansar. Sé que debe ser tarde, porque por la “lámpara” de cuarzo entra ya la luz de la luna.

—¿No puedes dormir? —escucho susurrar a Selene, a la que no he oído llegar, asomada en la entrada.

—Es difícil conciliar el sueño después de todo lo que he vivido... —le hablo en el mismo tono, entendiendo que mi madre ya debe estar dormida en su habitación, en el extremo opuesto del pasillo.

—Te entiendo —me dice, acercándose lentamente, y sentándose junto a mí.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le pregunto.

—No puedo hacerlo sabiendo que tú te sientes inquieto... Puedo sentir tu agitación desde mi habitación.

—¿En serio eres tan perceptiva? —le digo curioso.

—En general, sí; pero aún más si se trata de ti... —me confiesa segura.

—¿Qué tengo yo de especial?

—Lo tienes todo, Patrick —susurra tímida, agachando la cabeza—. Soy consciente de que no logras comprender todavía muchas cosas... pero no te preocupes, poco a poco lo harás.

—¿Me las explicarás? —le pregunto con la voz tomada por el deseo que me produce sentir el cuerpo desnudo de Selene roza el mío.

—No con palabras, Patrick —sonríe—. Lo haré con hechos. La vida no hay que contarla, hay que vivirla.

Selene acerca lentamente su cara a la mía, mirándome a los ojos. Puedo percibir su aroma, y es algo que me vuelve loco. Sujeto su mejilla con mi mano para acercar nuestras bocas. En un acto desesperado y lleno de deseo, comienza a besarme como si estuviese sedienta de mí. Le respondo con la misma pasión, mientras ella acaricia mi torso desnudo. La escucho gemir en

mi boca, y eso activa aún más todas mis terminaciones nerviosas. Necesito hacerle el amor aquí y ahora. Es algo irracional capaz de superar mi poder de autocontrol. No sé qué me hace esta mujer, pero necesito hacerla mía.

—Te necesito, Selene —le susurro desesperado—. Necesito estar dentro de ti —le suplico entre besos y caricias.

—Yo también te necesito, Patrick. Te llevo esperando toda mi vida —me contesta emocionada.

—Ya estoy aquí, preciosa.

Con una delicadeza extrema, Selene se tumba sobre mi cama. Suavemente, me coloco sobre ella. Miro cada facción de su cara y cada una de sus curvas. Todo es tan perfecto que asusta. Su piel iluminada, por la luna, se ve blanca y aterciopelada. Acaricio con el pulgar sus labios hinchados por el deseo, y vuelvo a besarlos. Selene suspira, abriendo sus piernas para dejarme espacio entre ellas. Ahora soy yo el que suspira al sentir la húmeda y tierna calidez que me entrega. Roza tímidamente mi espalda, y va bajando poco a poco hasta alcanzar la parte superior de mis glúteos.

—Intentaré ir despacio, no quiero hacerte daño —le digo.

—No me harás daño, Patrick. Tú no... Quiero sentir cómo me llenas de ti. Necesito que me hagas el amor. Quiero ser tuya para siempre.

Esas palabras se clavan en mi interior, expandiendo mi alma. *¿Qué me estás haciendo, Selene?* En este momento no existe nada ni nadie excepto ella. De hecho, tengo la sensación de que jamás ha existido nadie más en mi vida, y aumenta más y más la necesidad que tengo de demostrárselo.

Fundimos nuestras bocas, mientras mi miembro empieza a adentrarse despacio en su interior, que siento muy apretado, pero extremadamente húmedo y caliente. Eso me pone más duro aún si cabe, y tengo que hacer un esfuerzo por controlarme, y no hundirme en ella de un solo movimiento. No quiero ser brusco. No quiero que esto acabe nada más empezar. Quiero sentir cada centímetro de ella. Selene enrosca sus piernas en mi cintura y me empuja con sus talones, haciendo que me hunda en ella por completo. Se queda casi sin respiración, pero con una expresión indescifrable en su cara.

—Despacio, preciosa —le digo entrecortadamente.

—No puedo, Patrick... ya no... muévete, por favor —suplica, y yo soy incapaz de negarme. Empiezo entonces a mover mis caderas suavemente, para, poco poco, ir acelerando mis embestidas, rítmicas, pero profundas.

Van quedando grabados en mi memoria cada uno de sus gemidos, cada

suspiro, cada súplica, cada gesto de satisfacción, su boca entreabierta.

Hasta ahora no llegaba a comprender qué era lo que podía unirme a una persona sin conocerla de nada. En este momento lo entiendo perfectamente. Lo que estoy sintiendo, mientras le hago el amor a Selene, va más allá del deseo y de la pasión. No me he enamorado nunca, pero presiento que voy a acabar perdiendo la cabeza por esta mujer... o quizás ya la haya perdido...

De pronto, sin esperarlo, Selene hace un movimiento con sus caderas que a mí me vuelve loco, y no puedo reprimir el orgasmo que llevo retrasando desde que empezamos. Ella me sigue y, juntos, llegamos a un éxtasis acompasado que nos deja agotados, pero inmensamente satisfechos.

—¿Estás bien? —le pregunto sin salir de ella.

—No tengo palabras para explicar lo que siento —me contesta emocionada.

—Selene, como me dijiste antes, no hacen falta palabras. Los hechos hablan por sí solos.

—Tienes razón, no hacen falta palabras —sonríe, mientras acaricia mi pelo con una dulzura que me encanta.

—¿Te quedas conmigo esta noche? —le pregunto, pasando un brazo por debajo de su cuello para pegarla a mí.

—Esta noche y todas las noches del resto de mi vida.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, Patrick.

Tras la mágica experiencia que acabo de vivir con Selene, por fin empiezo a quedarme dormido. Ella, sin saberlo, es el bálsamo que necesitaba en mi vida. Sin lugar a dudas, esta es la Tierra a la que pertenezco.

## CAPÍTULO 21

Despierto relajadamente, sintiéndome más descansado de lo que haya estado jamás en mi vida. Recuerdo todo lo que viví ayer y, antes de que piense que ha sido un sueño, miro a mi lado y veo a Selene. Está despierta, y me mira con una preciosa sonrisa en sus labios.

—Buenos días —susurra.

—Buenos días... ¿Llevas mucho tiempo despierta?

—Creo que no el suficiente —sonríe—. Me gusta demasiado verte dormir tan tranquilo.

—¿Solo te conformas con verme dormir? —le pregunto pícaramente, recordando el momento de pasión que me regaló anoche.

—¡No! Lo quiero todo de ti —contesta acariciando mi vientre, y bajando peligrosamente por él—. Pero es un placer observarte cuando ya sabes lo que siento por ti.

—Eres increíble, Selene... ¿Cómo he tenido la suerte de llegar hasta ti? ¿Por qué yo?

—Todo estaba escrito en los astros, Patrick.

—Explícamelo, preciosa —le pido, acomodándome para pegarla aún más a mí.

—Es difícil de explicar cuando llevas muy poco tiempo aquí, pero lo intentaré... Los astros son la Fuerza del Destino. Son como los genes, que determinan la estructura de los animales y plantas, pero a una escala de toda La Tierra. ¿Me sigues, Patrick?

—Más o menos, pero no te preocupes. Continúa.

—Tanto en la escala de la Tierra como en la de los animales, esos genes están escritos por la Fuerza del Amor, que ha creado las únicas estructuras posibles que podían sostener a La Vida. El límite de lo que es posible o imposible en La Tierra, lo establece la Fuerza del Egoísmo, que es el origen de la Materia Pura.

Lo que existe tanto en el firmamento, los astros, como en cada ser vivo, es el fruto de la lucha que mantienen la Fuerza del Amor contra la del Egoísmo.

En esa lucha, cuando, en la formación de los genes de un ser predomina la Fuerza del Amor, es porque ese ser desea ir hacia el Amor. En cambio, cuando predomina la Fuerza del Egoísmo, es porque ese ser desea volver a la Materia Pura.

—¿Y qué ocurre si hay un equilibrio entre las dos fuerzas dentro de un mismo ser?

—Aparecen los seres perdidos, los que no saben hacia dónde deben ir. Pero, afortunadamente, en nuestro tiempo, los que vamos hacia El Amor podemos guiarles.

—No creo que eso esté ocurriendo en mi Tiempo —mascullo.

—Los “genes” de nuestra Tierra, es decir, nuestros astros, cuya estructura está escrita por la Fuerza del Amor, son la Fuerza del Destino, que nos rige a todos. Ambas fuerzas, la del Amor y la del Destino, pueden llegar a confundirse, pero no son lo mismo... ¿Lo entiendes?

—¿Significaría que la Fuerza del Destino también te puede llevar hacia La Materia, además de hacia el Amor?

—Sí... y no. La Fuerza del Destino, escrita en los astros, sólo desea llevarnos hacia el Amor. Sin embargo, a lo largo de ese camino, para sortear a la Fuerza del Egoísmo, puede haber ocasiones en que parezca que nos dirige hacia la Materia. ¿Lo has entendido ahora?

—Más o menos... Pero entonces, si todo está escrito en los astros, o Fuerza del Destino, ¿nada es modificable?

—Poco... Dentro de esos genes siderales, al igual que en los del resto de seres vivos, hay unos cuantos genes que sí se pueden modificar según el entorno, facilitando la adaptación a los cambios del mismo. Esos elementos modificables son como los engranajes de una máquina de tu tiempo que la sacerdotisa, con la ayuda del Sarcahl, puede ajustar. Aunque siempre tiene la última palabra el Sarcahl. Esa modificación, es justo lo que hizo él para ayudarme a traerte hasta aquí... —Suspira.

—¿Me quieres decir que si él no hubiese querido, yo no estaría aquí?

—Correcto, pero tienes un espíritu puro, al igual que el mío. De no ser así, ni tú ni yo estaríamos ahora juntos... —Selene agacha la mirada con timidez. La abrazo fuerte, para que se dé cuenta de que se ha cumplido lo que deseaba, besando sus labios y toda su cara, desde su nariz, hasta su frente, pasando por sus párpados cerrados, haciendo que vuelva a sonreír—. Soy muy feliz por tenerte aquí, Patrick.

—Y Yo, Selene... Pero, ¿cómo es posible que el Sarcahl pueda hacer todo eso?

—Porque es el ser que está más cerca de La Fuerza del Amor, y más alejado de La Fuerza del Egoísmo. Nosotros podemos hacerle una petición, pero es realmente él el que puede modificar esos “engranajes” mediante su poderoso aleteo, su graznido, e incluso sus garras. Él es el único que conoce perfectamente el mensaje de los astros.

—Hay algo que sigo sin entender... ¿Cómo vuela tan lejos?

—No te entiendo —se extraña Selene.

—Los astros están más allá de la atmósfera, y en el espacio hay vacío... ¿Cómo respira y aletea? —pregunto, buscando cierta lógica científica a todo lo que me acaba de explicar.

—Ya veo... Te refieres a lo que me explicó tu madre de su Tiempo... Esto es mejor que lo veas por ti mismo cuando el Sarcahl te lleve allá arriba... Solo puedo decirte que más arriba sólo está el Océano del Amor, y más abajo, La Materia Pura Concentrada, cerca de la cual, viven los drijkraón.

—¡Espera, espera! Me estoy perdiendo... Dejando aparte lo de esos “drijkraón”, ¿no podemos salir al espacio exterior? ¿No podemos entrar en eso que tu llamas el “Océano del Amor”?

—No, Patrick, hasta que no nos liberemos de la materia, no. Nuestra densidad energética aún es mayor que la del Amor, y todavía mayor cuanto más cerca estamos de la Materia Pura, como le ocurre a los drijkraón.

—¿Estás diciéndome que estamos atrapados en La Tierra? ¿Y qué hay del Sol, de la Luna, de los planetas de nuestro Sistema Solar, de las otras estrellas... No existen ahí afuera?

—¿Afuera, dónde? Te lo he dicho. Son los genes de nuestra Tierra. Fuerzas “electromagnéticas”, como las llama a veces tu madre, aunque no entiendo muy bien ese concepto. Pero, en realidad, son energía, como nosotros, que fuimos un día atrapados por el influjo egoísta de La Materia.

—¿Es esto una cárcel entonces?

—No. Nosotros estamos ahora en la salida de esa cárcel. La cárcel es la Materia Pura. Por eso es tan importante cada nueva vida que nace con tendencia hacia el Amor, porque es otro ser que se liberará del influjo material... Y por eso mismo, los drijkraón sólo desean matar y esclavizar, para acercarse más a la Materia Pura, y aumentar la cantidad de energía del Amor que han “transformado” y controlado bajo el influjo de su destino

perverso.

—Todo esto es difícil de entender aún para mí, Selene... Necesito tiempo.

—No te agobies. Lo tendrás. Deja de pensar ya en todo esto. Poco a poco la sacerdotisa continuará tu formación.

—Mi madre es ahora vuestra única sacerdotisa, ¿no es cierto?

—Cierto, en este momento es tu madre. Yo soy su aprendiz, y ella es quien me está preparando para pasarme el testigo a mí cuando llegue el momento... Incluso ahora que estás tú aquí, y montas en el Sarcahl, también debe enseñarte.

—Con tantas obligaciones no sé si podrá pasar tiempo conmigo —sonrío abrumado por tanta información.

—Patrick, Shicah estará deseando pasar tiempo contigo. Te habrá echado mucho de menos.

—Estáis muy unidas, ¿verdad? —le pregunto, mientras nos incorporamos para sentarnos en la cama.

—Mucho. Si no fuese por Shicah, mi mundo se hubiese derrumbado el día que asesinaron a mi madre —contesta con ojos emocionados.

—Lo siento, preciosa... No sé qué decir...

—No te preocupes, tendremos tiempo para hablar de todo. Son muchas cosas que asimilar, y apenas llevas en este Tiempo unas horas —me dice comprensiva.

—Supongo que mi madre me contará mil cosas más que tendré que asimilar también en tiempo récord...

—Supones bien, Patrick —Ríe—. Pero ahora, libera tu mente —me dice Selene levantándose, arrancando un cuarzo rosado de la pared, y posándolo en mi frente, junto con su mano. Inmediatamente, empiezo a sentirme más tranquilo.

—Dios... gracias... —exhalo aire profundamente.

—Necesitas purificarte... Esto no será suficiente... Te llevaré hoy al manantial sagrado del bahbahl. ¡Vamos, levántate! Hay un largo trecho desde aquí. Comeremos frutos por el camino... —Selene se levanta y tira de mi mano, como lleva haciéndolo casi desde que me conoció. Vuelvo a mirarla de arriba a abajo; observo todo a mi alrededor; pienso en todo lo que me ha contado...

—Selene —llamo su atención—, todo esto me parece tan increíble... ¿Por qué has tardado tanto en buscarme, en traerme hasta ti?

—Porque eras tú el que te tenías que sentir atraído, y solo hay una cosa que te atrajo... —me dice sonrojándose.

—¿Qué cosa, Selene?

—El amor, Patrick. Aunque tú no lo sabías, te has sentido atraído hacia mí por el amor que te tengo. Pero no iniciaste tu viaje hasta que no lo percibiste... Hasta que no percibiste el amor que te llegó de mí a través del que sentías por tu madre.

—¿Cómo es posible que me ames desde siempre?

—Estabas destinado a mí, Patrick. Por eso, hasta ahora, no había podido unirme a nadie, porque la persona a la que amaba, no era de este Tiempo.

Toda esa información me abrumba, por la verdad, intensidad y certeza que noto en las palabras de Selene. Por un lado, me da miedo no poder corresponder a ese amor del que ella habla, pero por otro, siento que ella ha despertado en mí algo que estaba completamente dormido.

—No tengas miedo, ni sientas remordimientos por no sentir por mí lo que yo siento por ti —me dice, como si hubiese leído mis pensamientos—. Poco a poco, ¿de acuerdo?

—Eres maravillosa, Selene —le contesto, antes de atrapar su labio inferior con un hambre desmedida por ella. Si no me controlo un poco, no podremos salir de esta habitación en una semana—. Será mejor que salgamos antes de que *la sacerdotisa* venga en nuestra busca.

—Patrick... —suspira —¡Oh, qué vergüenza!

—¿Vergüenza? —pregunto extrañado.

—Patrick, tu madre, aunque ya se haya ido, ha estado durmiendo a solo unos pasos de aquí, y nosotros... nosotros... ¡bueno, ya sabes! —se desespera inocentemente.

—Eres muy graciosa, Selene —río.

—¡Aah! ¿Ahora soy yo la graciosa? —pregunta falsamente ofendida—. ¡Anda, vamos! Sé que tu madre tiene también mucho que explicarte, pero hoy vas a ser sólo para mí —me dice, dándome un beso que me transporta al ardor que viví anoche con ella. La pego a mí, y aprieto su cuerpo contra el mío, haciéndola sonrojar.

—¡Vámonos ya, antes de que nos pille mi madre! —Este comentario casi infantil hace reír a carcajadas a Selene, con una risa pura y limpia como ella, que llena toda la habitación. Su risa me vuelve loco y hace palpar mi corazón sin control. Aceleramos el paso, y salimos al exterior de nuestra oquedad de la

rama, que es la casa de mi madre. Hace un día maravilloso.

## CAPÍTULO 22

Miro a mi alrededor, y observo que la mayoría de ramas de proporciones gigantescas están llenas de oquedades que, al igual que la de mi madre, deben ser casas, porque voy viendo salir personas de ellas. Selene me explica que son nidos abandonados que talla una de las especies de colibríes gigantes, aunque, me asegura, algunas familias comparten nido con ellos, ayudándoles en la crianza de sus crías, a las que posteriormente montarán. Otra cosa más que me sorprende, como todo lo que llevo visto y oído aquí.

—¿No estarás pensando en montarme también en un bicho de esos?

—Pues... sí, esa era mi idea. Ya te dije que el manantial está en el centro del árbol bahbahl.

—No me importa lo lejos que esté. Vamos andando, así damos un paseo.

—Es un largo recorrido, Patrick...

—¡Pues venga, no perdamos tiempo! —le digo tirando de su mano.

Desde que hemos salido de la casa de mi madre, no he soltado a Selene de la mano ni un solo segundo. Necesito tener ese contacto con ella y sentir que está junto a mí. Sin ella, no hubiese podido soportar la presión de estar en un Tiempo que no me corresponde.

Compruebo, viendo a los demás humanos, que como imaginé al ver a Selene y me confirmó mi madre, forma parte de su cultura que todo el mundo vaya desnudo, con no más prendas que las pulseras de protección que les debe haber fabricado mi madre como sacerdotisa.

Algunos comienzan a comer los frutos que tienen más cerca, y otros montan en lagartos gigantes, pájaros o insectos, alejándose de sus hogares. Los menos avanzan a pie como estamos haciéndolo nosotros.

Todo el que ve a Selene la saluda con mucho respeto y le sonríen al verme, mientras me miran con curiosidad. Esto me hace ver el importante papel que debe tener ella en esta comunidad, así como que ya debían estar al tanto de mi llegada. Lo que me deja sorprendido es que no hablan mi idioma, pensé que sí lo hacían... Aunque, claro, desde que llegué solo he oído a mi madre y a Selene, y ellas sí que hablan el mismo que yo.

—A pesar de que me extrañó, pensé que todos hablabais mi idioma... —le comento a Selene.

—No, Patrick. Como te habrás dado cuenta ya, las únicas que lo hablamos somos tu madre y yo. Tu madre, porque viene de tu mismo espacio y tiempo, evidentemente; y yo, porque me lo enseñó ella —dice orgullosa—. Pero no te preocupes, cariño, yo te traduzco —me guiña—, y puedo ir enseñándote a decir todo lo que quieras.

—¡Eres increíble, Selene! —Ella ríe abiertamente por mi exclamación, que conlleva tanto admiración como deseo.

Seguimos caminando por la amplia avenida que forma la gruesa rama de la que salen todas esas otras ramas con “casas”. La estructura del árbol principal, que sirve de soporte y sustrato, está cubierta por plantas de todo tipo, de menor tamaño. De esas plantas cuelgan frutos y flores de más colores, formas y dimensiones de los que pudiese haber imaginado jamás. La actividad de pájaros, insectos, reptiles, y toda clase de fauna, de las más diversas proporciones, es frenética alrededor de esos frutos y flores. Es como una densa selva verde y multicolor en las alturas, que crea un microclima cálido y húmedo. De hecho, la temperatura agradable que se siente no se corresponde para nada con la elevada altitud a la que debemos encontrarnos. Además, tanta vegetación crea una atmósfera limpia y oxigenada, que me hace sentir más vital que nunca. No dejo de mirar de un lado para otro, asombrándome por todo.

—Dime, Patrick, ¿qué es lo que más te ha impactado desde que llegaste? —me pregunta Selene viendo mi perenne cara de sorprendido.

—Aparte de ti... ¡Todo! —le respondo sin pensar, despertando nuevamente su hermosa risa. Selene acaricia mi cara con consideración.

—Ha sido una pregunta tonta, lo siento —ríe.

—¡No! Para nada... Lo que ocurre es que donde yo vivo es todo tan diferente... —Me quedo pensando por unos segundos —Aunque, si te soy sincero, sí hay una cosa que me impactó y que me daba algo de pudor al principio, pero a la que ya me he acostumbrado —le digo.

—¿Y qué es? —pregunta curiosa.

—Ir desnudo.

—¿En tu tiempo no vais desnudos? —me pregunta asombrada.

—¡No! Si fuésemos desnudos, nos detendrían por escándalo público.

—No entiendo... ¿Te impactó el ver a todo el mundo desnudo, más que el

Sarcahl? —me pregunta desconcertada.

—Sí, el Sarcahl también, pero, a nivel personal... ¿Cómo te lo explico?... En mi tiempo el clima no es siempre tan agradable como aquí. En ocasiones hace mucho frío, y nos cubrimos con algo que llamamos ropa. Esa ropa se fabrica con plantas, como el lino o el algodón, pieles y pelos de animales, u otros materiales.

—Lo veo lógico... pero, ¿y cuando hace calor?

—Nos vestimos con ropas más “frescas”.

—No tiene sentido, Patrick. Con el sudor que el cuerpo genera para regular naturalmente nuestra temperatura, las ropas se ensuciarían, olerían mal, irritarían nuestra piel... ¡Tendrías que estar lavándola continuamente, ensuciando los manantiales, además de tu cuerpo, o haciendo nueva ropa cada poco tiempo!

—¡Exacto!

—¡Qué pérdida de tiempo más absurda!

—Totalmente de acuerdo —los dos reímos a carcajadas.

—¿Y por qué lo hacéis, entonces? —me pregunta curiosa Selene.

—Hay muchas cosas que hacemos en nuestro tiempo que no tienen sentido... No sé si me escuchaste mascullar esta mañana que mi mundo está lleno de seres perdidos...

—Sí te oí, pero no lo entendí...

—Pues los hay, y la diferencia es que allí no les guían precisamente los más buenos, como me contaste que hacéis aquí...

—¿Pero cómo pueden engañarles con algo tan sencillo? Hasta un niño puede sentir cómo las ropas de las que tú hablas le dificultan el movimiento, ¡e incluso se pueden enganchar en cualquier rama!

—Bueno, en mi tiempo no vivimos entre tanta vegetación...

—Pues eso fue justo lo que nos empezó a pasar con las pulseras de piedra que nos fabricó Shicah... Aunque éstas debemos llevarlas por protección frente a los drijkraón que se ocultan.

—¡Pues algo así es lo que ocurre con la ropa en mi tiempo! —le digo, intentando encontrar una explicación “fácil”.

—Explícamelo mejor, porque no entiendo por qué ataros a unos trapos, cuando podríais moveros libres, puede protegeros...

—Es complicado de explicar...

—¿Tanto como lo que te he explicado esta mañana?

—Casi... —suspiro desconcertado, pensando en cómo explicarle el funcionamiento de la economía, de las empresas, del dinero, de la moda... conceptos que no va a entender en modo alguno. Así que decido decírselo en términos de su tiempo —Para que me entiendas, te lo resumiré: podría decirse que en mi tiempo los drijkraón viven camuflados entre nosotros, y la ropa es una especie de amuleto para apartar a los que desean someternos. Aunque a veces pienso que es al contrario... Ni yo lo sé, Selene...

—¡Es horrible! ¡Ahora me alegro todavía más de haberte traído a mi tiempo! —sonríe.

—Y yo aún más —le respondo mirando su perfecto cuerpo desnudo.

—Entonces, ¿te gusta estar aquí?

—¡Mucho! —No puedo reprimirme más, tiro de ella para pegarla a mí, y la devoro por completo. Tengo que aprovechar que aquí no van a detenerme por “escándalo público”, y no pienso aguantarme las ganas de tocar a la mujer que me vuelve completamente loco. Nos separamos con nuestras respiraciones agitadas, Selene ríe, y tira nuevamente de mí animándome a correr.

—¡Como te sigas parando así no vamos a llegar nunca!

—¡Me encanta pararme así!

—¡Y a mí que me pares, pero quiero enseñarte los mejores lugares de mi bahbahl, empezando por el gran manantial! —Vuelve a reír, mientras yo la sigo con total entrega.

Mire hacia donde mire, solo veo preciosas criaturas revoloteando por todos lados. Ahora sí confirmo, que lo que vi la madrugada de mi llegada, eran hadas porque, a la luz del día, puedo verlas mejor. Se mueven de un lado para otro, afanadas en llevar cristales y flores a algunas oquedades de su tamaño. Selene también las saluda, aunque me da la sensación de que esté hablando con ellas con la mente. En algún momento, tras parecer intercambiar algún mensaje con Selene, tres de ellas revolotean a mi alrededor para verme mejor, comenzando a reír ruborizadas, para luego alejarse nuevamente y seguir con sus tareas. Selene no para de sonreír tras ese encuentro, irradiando, por todos sus poros, una felicidad contagiosa. Cuando nos hemos alejado de las hadas, no puedo evitar preguntarle a Selene:

—¿Qué te han dicho las hadas?

—Que es una lástima que no seas de su tamaño... —me responde con una sonrisa pícaro.

—Me estoy haciendo demasiado popular para mi gusto... ¿Nos queda

mucho para llegar al manantial? —pregunto abrumado, al no estar acostumbrado a ser el centro de atención.

—No te agobies, Patrick. Es normal que tengan curiosidad por alguien que no es de este tiempo y que, además, ha venido aquí por el amor de la futura sacerdotisa —intenta calmarme Selene—. Y ahora, respondiendo a tu pregunta, si continuamos andando, tardaremos algo menos de un día y medio.

—¿Un día y medio! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo intenté, pero no querías ir en ningún “bicho”... Aunque, si has cambiado de idea, y vamos en colibrí, llegamos en nada.

—¿Qué? ¡No! Repito, ¡ni loco me subo a un bicho de esos! —exclamo.

—No pasa nada, Patrick. Los colibrís son muy seguros. Yo tenía a Sífamo, pero Jrunkra lo mató —me dice apenada.

—¿Tenías un colibrí?

—No, era una salamandra gigante —contesta tan tranquila, como si tener una salamandra gigante fuese lo más normal del mundo.

—¡Ah... vaya! Pues casi que veo mejor la idea del colibrí... ¡Madre mía! No sé si seré capaz... —digo, pensando seriamente en subir a ese pajarillo que en mi tiempo mide siete centímetros o menos, y que aquí he llegado a ver algunos del tamaño de un helicóptero.

—¡Claro que serás capaz! No te soltaré ni un segundo, Patrick. Si tú caes, yo caigo —me guiña.

—Eso de caer conmigo, aunque suena muy alentador, no ayuda, Selene, no ayuda nada... —digo de forma nerviosa, sin quitar ojo de un “colibrí—cóptero” que veo posarse no muy lejos de nosotros.

—Eres muy gracioso, en serio —se carcajea ella.

—¡Deja que te pille a solas! Ahí te demostraré lo gracioso que soy —le advierto, rozando su culo. Ella corre hacia uno de esos bichos. Observo como le dice algo, y me hace señales con la mano para que me acerque.

Me aproximo reticente hasta donde está Selene, que acaricia el vientre del ave, mientras observo con detenimiento el enorme colibrí que espera estático a ser montado.

Selene me informa que el “pajarillo” se llama Liff. Tiene un plumaje precioso, de unos colores impresionantes. Van desde el azul eléctrico que lo recubre casi entero, pasando por el violeta que salpica su cabeza, y terminando en el verde metálico que recubre la parte inferior de su cuerpo, de un plumaje fino y suave, que es justo el que acaricia Selene. El resto de

plumas, especialmente las de las alas, parecen también ligeras, pero muy rígidas y resistentes.

Cuando me sitúo junto a él, miro con curiosidad una de sus afiladas garras, la que parece un pequeño espolón trasero, ya que me recuerda a la punta del bastón que tenía Selene el día que la encontré. La miro y, antes de que pueda formularle la pregunta que viene a mi cabeza, ella me responde:

—Sí, esa garra es la misma que tiene mi bastón.

—Me acabas de leer el pensamiento. —Selene sonrío.

—Estos colibríes las usan para defenderse de los ataques de los drijkraón. Son venenosas para esas bestias inmundas, y un simple roce con una sola de esas garras acaba con ellos.

—¿Son venenosas también para nosotros?

—No, solo para los drijkraón.

—¿Y cómo las conseguís?

—Cuando ponen huevos, las mudan cada dos días, llenando sus nidos de ellas, como una forma de protección para sus polluelos, que son presa fácil de los drijkraón. Es entonces cuando nuestros guerreros toman prestadas algunas de ellas para fabricar sus armas, a cambio de vigilar el nido del colibrí hasta que sus crías puedan protegerse por sí mismas.

—Interesante...

—¿Subimos? —me pregunta decidida Selene, extendiendo su mano hacia mí.

—Subimos —accedo, guiñándole un ojo. Quiero que sepa que confío en ella, y qué mejor forma de hacérselo entender que demostrándoselo con hechos.

El colibrí se agacha todo lo que puede, extendiendo una de sus alas para que podamos escalar hasta su lomo. Una vez en él, Selene se sienta delante, y me pide que me pegue a su espalda. Yo coloco mis brazos rodeando su cintura, y ella pone mis manos sobre dos plumas que me suplica que agarre con fuerza.

Una vez situados, me explica que, aunque este ave es infinitamente más pequeña que el descomunal Sarcahl, su vuelo rápido y ágil podría hacernos caer. Yo le hago caso en todas sus direcciones y, antes de que pueda darme cuenta, el pájaro comienza a aletear, generando una fuerte corriente a su alrededor. Para mí, desde hoy, Liff es el *pájaro—cóptero*.

Liff inicia su rápido avance, esquivando toda clase de vegetación y demás

seres voladores, haciendo que el viaje, como me ha advertido Selene, me parezca más peligroso que el que tuve con el gran pájaro Sarcahl. Si no fuese porque siento cómo el ave ha cubierto nuestras piernas con sus plumas, y parece sujetarnos, creo que habríamos caído. Alcanza una velocidad con la que casi me cuesta abrir los ojos, hasta que, antes de que nos demos cuenta, de pronto, el colibrí ralentiza su vuelo. Hemos llegado a nuestro destino. Lo que veo es alucinante.

## CAPÍTULO 23

—¡Ya hemos llegado al manantial central, Patrick! —me confirma Selene emocionada. Es un enorme lago de agua cristalina que está justo en el centro del bahbahl, en la llanura que hay donde termina de ascender su tronco, de unos sesenta o setenta kilómetros de diámetro. Desde este lago se bifurcan las principales ramas del bahbahl en distintas direcciones.

—¡Es precioso, Selene!

—Sabía que te gustaría.

—¿De dónde sale toda esa agua?

—Una parte proviene de la que filtran desde el suelo los troncos que componen el bahbahl, y otra de la que cae desde las propias hojas y ramas, que recogen de la lluvia o la condensación. Toda ella ha pasado antes por la madera pétreo del bahbahl, que la limpia y purifica, llenándola de sus minerales. ¡Es la mejor agua para limpiar el cuerpo por fuera y por dentro!

—¡Estoy deseando sentirla de cerca!

—¡Pues allá vamos! Liff, ¡A bañarnos! —grita Selene al colibrí, que inicia un suave descenso.

El ave va bajando despacio en dirección a la orilla del agua. Conforme descendemos, veo que todo el lago está lleno de las mismas criaturas que he visto a lo largo del resto del árbol, bebiendo o bañándose. También veo grupos de humanos bañándose y disfrutando en la orilla, como si de una playa se tratase.

Tomamos tierra, sin que apenas lo sintamos. Tan pronto como Selene y yo bajamos de Liff, éste se adentra un poco más en el lago para darse un refrescante baño junto a otros seres de su especie. De cerca, el agua se ve aún más clara y cristalina de lo que lo parecía en las alturas. Me parece increíble que con tanta criatura bañándose no se ensucie, pero recuerdo entonces lo que me ha dicho Selene de que el tronco del bahbahl la filtra. Es otra simbiosis más de este mundo. El árbol da agua y baño a los animales, y éstos le dejan nutrientes.

Selene me coge de la mano para guiarme hasta el grupo de humanos más

cercano. Vamos andando por la orilla. El agua tiene un frescor tonificante, pero sin ser molesta. De hecho, me parece hasta caliente, si considero que no está recibiendo por toda su superficie los rayos directos del sol, sino que éstos sólo entran por las zonas que no cubre la vegetación de la copa. Estoy deseando bañarme.

—Mira, allí están Rhubih y Pareon, con sus dos gemelos, que ya tienen cinco años.

—¿Quiénes son?

—Rhubih es mi mejor amiga y Pareon su marido. Se unieron bajo la gran bóveda cuando ambas teníamos veinte años. Se quedó embarazada al poco tiempo. Pareon es algo mayor que ella. Son muy felices juntos... igual que yo desde que llegaste —me cuenta Selene con un brillo especial en sus ojos. No puedo evitar apretar su mano con fuerza y besarle—. Sé que les agrada mucho conocerte —me dice, expresando un especial cariño hacia ellos en su voz.

Conforme nos acercamos, observo a la pareja, que juega con sus hijos en la orilla. Él es alto y corpulento, con una frondosa y larga barba. El pelo, rubio y también bastante largo, lo lleva recogido en una coleta. No para de chapotear en el agua con los niños, que se ven muy ágiles y fuertes para su edad, como si fuesen dos calcos de su padre. Ella, que permanece de pie en la orilla, sin quitarle ojo a ninguno de los tres, es una chica también de pelo rubio, recogido en una larga trenza. Lo tiene tan largo como Selene, pero a ella le llega a las rodillas, porque es más bajita.

Selene les grita algo en su idioma y alarga la mano en señal de saludo. Los cuatro le responden también con la mano. Rhubih corre a nuestro encuentro, mientras Pareon permanece en el agua con los niños. La mujer avanza hacia nosotros con una amplia sonrisa, que ilumina sus ojos vivarachos y su cara simpática llena de pecas.

Cuando Rhubih llega hasta nosotros se abraza fuerte a Selene, y comienzan a hablar muy animadas. En un momento dado, escucho unas risitas que provienen de la mujer de Pareon. Selene le reprende con la mirada, y se gira para presentarnos.

—Patrick, esta tontorrón de aquí es mi amiga Rhubih —dice sonriendo.

—Encantado, Rhubih —le digo, tendiéndole mi mano. Ella la coge volviéndose a sonrojar, y agacha su mirada reprimiendo la risa. Le dice algo a Selene, que resopla con algo que parece resignación.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

—Es que... es que...

—¿Qué, Selene?

—Aquí, mi amiga, está ruborizada porque dice que eres demasiado guapo —contesta Selene entre dientes.

—¡Oh, vaya! Pues dale las gracias por el piropo —sonrío, al ver la incomodidad de Selene.

—¿Te hace gracia? Pues aún hay más...

—A ver, sorpréndeme...

—¡Esta desvergonzada dice que estás para comerte entero y no dejar ni un trocito! —suelta Selene, mientras su amiga sale corriendo muerta de risa para traer a su marido, y yo intento reprimir la mía sin mucho éxito —¡No te rías tú también! —exclama entre enfadada y divertida.

—¡Ay, preciosa! ¿Te has puesto celosa?

—¡Nooo! —miento descaradamente.

—¡Ven aquí! —río, agarrándola por la cintura —No tienes por qué tener celos de ninguna otra mujer. Yo solo tengo ojos para ti.

—Es que... aquí hay muchas mujeres bonitas que aún no han encontrado pareja y...

—Y... a mí no me interesa ninguna de ellas.

Selene y yo comenzamos a andar abrazados hasta el lugar en el que se encuentran Pareon y su familia. Cuando los tenemos en frente, las dos mujeres vuelven a hablar en su idioma animadamente. Rhubih gesticula y ríe mucho con Selene, volviendo a ruborizarse cuando me mira. Pareon sale del agua con sus dos hijos, y comienza a sonreír escuchando hablar a las chicas. Le da una palmada en el culo a su mujer, y se adelanta hasta mí.

—..... Pareon —es lo único que logro entender cuando el hombre me habla. Sí entiendo que extiende la mano, que yo estrecho, mirando interrogativamente a Selene.

—Sí, vas bien, Patrick —sonríe Selene—. Ha dicho, “Bienvenido a nuestro hogar. Mi nombre es Pareon”.

—Gracias. Me llamo Patrick —contesto, y es Selene la que me traduce. El chico sonrío y dice algo, para después levantar la mano a modo de despedida. Acto seguido, se gira, con uno de sus hijos en cada mano, y emprende camino hasta subirse en una de las “abeja—bus” que me asustaron cuando llegue a este lugar.

—¿Qué ha dicho? —pregunto a Selene.

—Que se alegra de conocerte, pero que ya es hora de que los niños duerman un poco, porque después va a entrenar con ellos. Además, ha añadido que quiere dejarnos a las dos amigas para que hablemos más tranquilas... porque sabe que tú no vas a entender nada... —sonríe Selene.

—¡Un guasón ese Pareon, ¿no?!

—Un poco, pero como su mujer... —mira de reojo a su amiga—. Sin embargo, los dos tienen un corazón enorme. Ya les irás conociendo. Pareon es el mejor guerrero de este pueblo, e hijo de Samir, el representante de nuestro bahbahl.

—¿Y qué función tiene el representante?

—Ser la voz del bahbahl cuando se reúnen todos los representantes de cada árbol gigante frente a la sacerdotisa. Mi padre, Yaferu, fue el anterior representante, antes de morir en un conflicto con los drijkraón... Se escoge siempre como representante al hombre que más se acerque en conocimientos curativos a los de la sacerdotisa.

—Entonces, ¿es como un chamán?

—Eso es. Él atiende a la comunidad de su bahbahl, y la sacerdotisa a todos los representantes, especialmente para tratar los conflictos con los drijkraón. Ahora que también serás aprendiz de tu madre, tendrás que conocerles tras el día de tu consagración, el cual no creo que tarde en organizar tu madre... Pero todo a su tiempo —añade Selene tras ver mi cara de sorpresa—. No te agobies y disfruta hoy del día, me dice dándome un cálido beso. Si quieres, puedes ir bañándote mientras hablo con Rhubih.

—¿No habrá ninguna criatura que me pueda comer, verdad?

—Ya te dije que no —ríe Selene—. Yo soy la única criatura que te comerá —me guiña.

Hago caso a lo que me dice, y me meto despacio en el agua, mientras ella vuelve a hablar divertida con su amiga en la orilla. Me voy metiendo cada vez más hondo. Tengo que avanzar mucho hasta quedar con el agua a la altura de la cintura, sintiendo un gran alivio en mis piernas y todo lo que está mojado. “*Es cierto lo que me ha dicho Selene sobre esta agua*”, suspiro en voz baja de gusto.

Desde mi posición, no paro de mirar a la mujer que me está haciendo volar de todas las formas posibles, y empiezo a dejarme llevar por un sueño del que no quiero despertar. Pensar en mi vida antes de este paraíso me hace sentirme

como si viniese de una pesadilla. Ensimismado en estos pensamientos, y en todo lo que me rodea, casi ni me doy cuenta del momento en el que Rhubih se marcha, hasta que me despierta de mi trance un beso de la mujer más hermosa que hay y ha habido en todos los tiempos de este mundo.

—Dudo que el resto de mujeres sean más hermosas que tú. Eres única, Selene, y toda mía —le digo, siendo ahora yo el que besa suavemente sus labios.

—Y tú mío, ¿verdad? —me pregunta con temor en sus ojos.

—Por supuesto, cariño, no lo dudes —acaricio su mejilla—. Venga, preciosa, sigue mostrándome tu mundo.

—¡Sí, vamos! —exclama feliz—. Ven, entra conmigo en lo más profundo del manantial —me dice Selene, mirándome con esos ojos violetas que me desarmen por completo.

Empieza a caminar de espaldas, adentrándose en el agua clara, pero casi con destellos rosados más al fondo. Yo sigo sus pasos sin apartar mi mirada de la suya. Selene tiene el poder de hacerme desearla cada segundo que paso con ella. Voy hundiéndome más y más en el manantial, y el frescor agradable que sentí hace unos minutos, se extiende por todo mi cuerpo.

Cuando el agua cubre nuestros cuerpos casi por completo, noto una relajación increíble. Me dejo llevar y cierro los ojos, flotando como si no pesara nada. Selene se sitúa junto a mí para hacer lo mismo.

—Esto es inexplicable... Es una sensación...

—Aquí se borran los problemas, no hay preocupaciones. La maldad desaparece y solo quedan las almas puras, limpias, y deseosas de dar y recibir amor —escucho susurrar muy bajito a Selene.

Dejo de flotar y vuelvo a tocar el fondo del manantial, para observar a la belleza que tengo junto a mí. Cada minuto que pasa, me hago más dependiente de ella, de su voz, de su risa, de sus gestos, de cada centímetro de su cuerpo. Sujeto su espalda suavemente, y ella me rodea el cuello con sus brazos. Nos besamos despacio, sin prisas, demostrándonos ese “algo más” que deseo que sintamos el uno por el otro.

De pronto, me doy cuenta de que no estamos solos. Si no paramos, puede que seamos los culpables de la implantación en este tiempo de la ley de “escándalo público”.

—Quiero hacerte el amor otra vez, Selene, y no creo que pueda aguantar hasta volver a casa —le advierto.

—Yo tampoco quiero esperar... —me dice, quedándose pensativa —¡Ya sé! ¡Tengo el sitio perfecto! ¡Sígueme! —exclama, sumergiéndose en el agua antes de nadar fuera del manantial. Yo imito su gesto y le sigo, con el deseo palpitando y aumentando en mí por el mero hecho de tratar de alcanzarla.

Cuando estamos fuera del agua, Selene coge mi mano y tira de ella hacia una zona tupida de plantas que tenemos en frente. Entramos entre la vegetación, hasta alcanzar un claro lleno de inmensas flores de todos los colores y formas. Flores cuyos tallos podrían ser cualquier tronco de árbol de los de mi tiempo.

Aquí apenas hay nadie, al contrario que en el manantial. Se ve, de vez en cuando, a las enormes abejas que llegan a determinadas flores para coger su polen.

En este lugar, Selene me lleva casi a rastras, porque a mí no deja de sorprenderme la imponente belleza y colorido nos rodea.

Tras cruzar unas enredaderas, se para frente a una gran flor oculta a la vista de todos. Tiene pétalos azul claro, gruesos, enormes y aterciopelados, diría que del tamaño de un camión, los cuales forman una estancia abovedada por la que se filtra cálidamente la luz del sol.

—¿Puedo tocarla? —le pregunto a Selene.

—Podrás hacer algo mejor, podrás estar dentro de ella, ¿qué te parece? —sonríe —En cuanto entremos, cerrará sus pétalos, creando una habitación sólo para nosotros, en la que nada ni nadie nos podrá molestar... —me acaricia coqueta.

—Espera, espera, Selene... Yo lo que quiero es hacerte el amor, preciosa —le digo, poniendo cara de pena—, no ser engullido por una gigantesca flor azul —Selene sonríe—, porque, no sé si lo sabes, pero, en mi tiempo, lo que me dices que hace esta flor sólo lo hacen las plantas carnívoras, que, con muy mala leche, cierran sus pétalos en cuanto un insecto se posa en su interior y, viendo el tamaño de esta “florequilla”, ¿no seremos nosotros como unos suculentos insectos para ella?... —le digo perdiendo mi libido.

—Tranquilo —me besa Selene—, esta flor no nos hará nada. De niña me escondía muchas veces en ellas cuando quería estar tranquila. Se cierra cuando entra un insecto terrestre que la poliniza, y no se abre hasta que éste ha recogido todo su polen... o hasta que se le tira de un pistilo que la activa... —empieza a decirme de forma cariñosa, mientras acaricia mi pecho —Como yo voy a hacer contigo, Patrick —me susurra en el cuello, bajando sus caricias

hasta volver a agrandar mi miembro, que entonces sujeta con firmeza—. Te puedo asegurar que no es la flor la que te va a comer ahí dentro... Solo estaremos tú y yo, cariño... —me dice, adentrándose en el interior de la flor, sin soltarme en ningún momento.

Como si de un imán se tratase, le sigo sin protestar, sin pensar... Cuando ambos estamos en el centro del pétalo que está sobre el suelo, todos los demás se pliegan sobre éste sin perder la forma abovedada, quedando una estancia aislada del exterior, tal y como Selene me aseguraba.

Tan pronto como hemos ganado en intimidad, Selene se arrodilla frente a mí y, cumpliendo su palabra, comienza a devorarme hambrienta, haciéndome perder casi el conocimiento.

Jamás nadie me había deseado con tanta intensidad, gustándole sin pudor hasta el último milímetro de mi cuerpo. En un momento dado, debo pararla. No quiero terminar tan pronto. Sin embargo, ella no me deja. Aparta mis manos a un lado, y me engulle por completo. Siento que lo quiere todo de mí, y ya no puedo resistirme más. Tras un fuerte alarido que estaba reprimiendo, se lo ofrezco todo.

Selene permanece atrapándome con su boca. Siento que no quiere que nada se pierda. Y lo logra. Después, se tumba en el pétalo, tirando de mí para que la acompañe.

Yo me recuesto al lado de Selene, sorprendido porque no ha bajado en lo más mínimo mi nivel de excitación, sino todo lo contrario. No sé si es este mundo, el agua del manantial, Selene, o todo junto, pero tengo ahora incluso más ganas de poseerla que antes.

Empiezo a besar cada centímetro de su piel. Beso su cuello, oliendo ese aroma a violetas que me enloquece. Voy bajando lentamente hasta llegar al valle de sus perfectos pechos. Mi boca se dirige hacia uno de sus rosados pezones, succionándolo y acariciándolo con mi lengua, para después pasar al otro, y darle la misma atención. Oigo jadear a Selene, mientras acaricia mi pelo y se arquea por el placer que le están proporcionando mis labios. Ese sonido me acelera el pulso, haciendo que mi miembro se desespere por estar dentro de ella. Pero no estoy dispuesto a terminar otra vez tan pronto, antes tengo que saborear cada recodo de su maravilloso cuerpo.

Selene se agarra a mis hombros mientras yo sigo el recorrido por su torso, hasta llegar al ombligo, donde me entretengo pasando mi lengua a su alrededor, erizando la piel de mi chica. Sí, mi chica, porque si de una cosa

estoy seguro en este tiempo, es que no quiero separarme de Selene jamás. Ella me trajo, y con ella me quedaré para siempre.

—Patrick... por favor... —me suplica, con desesperación en su voz.

—Shuss... ya llego, cariño...

Abro sus piernas, acariciando sus rodillas, y miro sus preciosos ojos antes de hundir mi cabeza en el centro de mi deseo. Selene se deja hacer, y eso me pone aún más si cabe. Paso mi lengua por su clítoris suavemente, mientras introduzco uno de mis dedos en su interior.

—Sí, sí, Patrick... no pares —me suplica jadeante.

Muevo mi mano cada vez más rápido, sin dejar de lamer, morder y succionar su clítoris. Cada vez está más mojada, pero no quiero que llegue al orgasmo sin que yo esté en su interior.

Paro de darle placer con mi mano y mi boca, para adentrarme en ella como estoy deseando hacerlo desde que me desperté junto a ella esta mañana. Selene emite un sonido de protesta, pero no le dejo tiempo para decir nada. De un solo empujón, entro en ella hasta el fondo de su ser.

—¡Dios, preciosa! —exclamo, borracho de placer.

—¡Patrick, Patrick!

Empiezo a moverme en su interior sintiendo que podría morir en este momento, y no me importaría. Selene hace un ademán de incorporarse. Pienso que le estoy haciendo daño, así que le dejo hacer, y ella me empuja suavemente para que sea yo quien me tumbe. Se monta encima de mí, y es entonces cuando realmente siento que estoy en el cielo.

Sobre mí tengo la imagen más perturbadora y sensual que he visto en mi vida: Selene cabalgándome, como si de una experta amazonas se tratase. Arquea su torso, ofreciéndome el movimiento de sus pechos, que me hace babear por la necesidad de atraparlos con mi boca, pero cuyos pezones acierto a acariciar con desenfreno. Su sedoso pelo cae en forma de cascada por su espalda, rozando por momentos la parte de mi ser que está deseando volver a vaciarse en su interior. Selene tiene los ojos cerrados, y los gemidos que salen de su boca entreabierta terminan de provocar una descarga por todo mi cuerpo, que me indican que estoy a punto de correrme.

No quiero volver a hacerlo sin ella, así que acaricio con mi pulgar su clítoris, logrando que acelere la llegada de su propio orgasmo. Selene abre los ojos, velados de deseo, y es lo único que me faltaba para terminar con esta dulce tortura. Sin poder contenerme por más tiempo, grito de placer al sentir

cómo me derramo en su interior. Los gemidos de Selene, que me indican que a ella también acaba de arrasarle un delicioso orgasmo, hacen que el mío se alargue casi dolorosamente.

Cuando recupero el sentido, digo algo avergonzado a Selene:

—No creo que la flor haya evitado que todo el manantial me haya oído... Pero no he podido contenerme...

—No tienes que contener nada... Me ha encantado, y no hemos hecho nada malo. Si te han oído, sólo has confirmado, a quien no lo supiese aún, que mi amor por fin ha llegado.

## CAPÍTULO 24

—Patrick, Patrick, despierta —abro despacio los ojos, y veo a mi madre.

—Hola, mamá... ¿Ya es de día?

—Aún no, pero está a punto de amanecer. ¿Has descansado?

—Mejor que nunca... ¿Dónde está Selene?

—Salió anoche con el Sarcahl y ya debe estar a punto de llegar... Me dijo que tenía que darle las gracias.

—¿Las gracias por qué?

—Por lo que ya sabe toda la comunidad... —me dice sonriendo, sentándose a mi lado en mi cama —No sabes lo cotillas que pueden llegar a ser las hadas, y lo rápido que extienden por todo el bahbahl una noticia cuando es positiva, pues les llena de tanto gozo, energía y vitalidad, que no pueden evitar proclamarla a los cuatro vientos...

—¡Dios, qué vergüenza!...

—No tienes por qué, hijo. Aquí todo es tan diferente a nuestro tiempo... El sexo entre humanos no se ha cosificado, desprendiéndolo del alma... No está bajo el influjo inhumano y desalmado de los drijkraón. Por eso, cuando una pareja se une carnalmente, todo el mundo sabe aquí que están exteriorizando su amor... —Mi madre hace una pausa, escudriñándome con la mirada — ¿Entiendo, por tanto, que lo que Selene siente por ti es correspondido? —Sin dejar de sostener la mirada de mi madre, le asiento con la cabeza, haciendo que ella vuelva a sonreír, y me da un abrazo emocionada—. ¡Me alegro mucho por vosotros, Patrick! Esa chica no se equivoca nunca con sus predicciones... —Mi madre llora de alegría—. No se hable más entonces, desde esta noche dormiréis juntos —Las palabras de mi madre me sorprenden, porque algo así no me lo hubiese dicho en mi mundo. De hecho, aún recuerdo cuando cumplí catorce años, y en forma de preaviso, me contó en una ocasión cómo mis abuelos le pusieron a ella miles de límites cuando empezó a salir con mi padre... Curioso por conocer más de este tiempo, le digo—:

—Mamá, enséñame más cosas de este mundo.

—Para eso he venido...

—Aún me cuesta imaginar que sea la misma Tierra de la que yo procedo.

—Pues, aunque te parezca increíble, lo es. ¡Venga, levántate, te lo mostraré! —me dice llena de vitalidad. Mi madre sale corriendo ilusionada, mientras yo doy un salto y la sigo riendo, sorprendido y feliz por su agilidad... y por lo que acaba de decirme. Cuando salimos de la sala principal, por el pasillo de entrada, me informa—: Te llevaré a ver el aspecto original de esos lugares que me dijiste que visitaste en tu viaje, antes de venir aquí. Así te convencerás, tal y como me pasó a mí —ríe feliz.

Tan pronto como atravesamos la salida del tronco, una imagen golpea mis retinas con maravillosa fuerza. Ya casi había olvidado el espectáculo natural que me impactó cuando salí de la Cueva de los Cristales, el mismo que ahora tengo frente a mí, pero multiplicada por diez.

Si el árbol es un hervidero de vida durante el día, no es diferente por la noche. Veo flores luminiscentes de todos los colores y formas, que debían permanecer cerradas durante el día, y que ahora muestran todo su esplendor. Revoloteando a su alrededor se entrecruzan todos esos colibríes, mariposas, insectos y hadas brillantes que vi mi primera noche aquí.

Miro hacia la bóveda del árbol, y puedo ver, a través de sus hojas, el mismo cielo claro y limpio que me encandiló, lleno de brillantes estrellas que titilan. No puedo evitar respirar muy hondo, llenando mis pulmones del abundante oxígeno que, no hace tanto, me emborrachó.

—¡Guau! ¡No termino de acostumbrarme a este mundo, mamá! —ella sonrío. A lo lejos escuchamos un graznido del Sarcahl.

—¡Ya se acercan, corre! —me apresura mi madre—, recibámosles en la rama en la que se posará el ave.

Mi madre corre aún más rápido, cogiendo dos frutas por el camino con increíble agilidad, pasándome una al vuelo para que la coja. Jamás la hubiese pensado capaz de todo esto. Cuando llegamos a nuestro destino, los dos estamos jadeando, viendo cómo se acerca la descomunal sombra del Sarcahl. Mi madre está radiante.

—¡Has sido siempre muy fuerte y valiente, mamá! Si los abuelos te viesen...

—No te preocupes, Patrick. Me ven. Nos ven —Sonrío y acaricia mi cara—. ¿Recuerdas lo que te conté del infinito “Océano del Amor”? Ellos han vuelto allí, y en él no hay tiempo ni espacio. Te aseguro que pueden vernos desde allá. —Mira hacia las estrellas que la sombra del Sarcahl aún no tapa, y

yo imito su gesto, emocionándome por lo que me acaba de decir, y por la seguridad con la que lo ha hecho, deseando con todas mis fuerzas que así sea. ¿De qué puedo dudar en este mundo?

—Me alegro mucho entonces, mamá. —Ella asiente con la cabeza antes de gritar—:

—¡Ya está aquí el Sarcahl!

—¡Es increíble, mamá! —le digo viendo cómo se posa, sin apenas levantar una brisa. El ave gira su cabeza hasta apoyar su pico justo frente a nosotros. De él pega un salto Selene que, por su expresión sonriente, se alegra de vernos. Se acerca a mi madre y la abraza fuerte, y después a mí, para darme un intenso beso en la boca con el que me transmite mucho más que su poderoso calor corporal. No sé qué habrá hablado con el Sarcahl, pero está muy emocionada, y la siento tremendamente feliz y agradecida, tanto como mi madre en estos momentos.

—Shicah... —llama Selene a mi madre, pero ella le pone un dedo en los labios, como si le hubiese leído la mente, y ya supiese lo que le va a decir.

—No, Selene, eso es para vosotros dos. Guarda esta vez esa alegría, y hazla explotar extendiendo su luz cuando llegue el momento.

—Sí, mi sacerdotisa —le asiente Selene con la cabeza.

—Ponte ahora a resguardo en casa y descansa, mi niña... —mi madre se emociona intensamente, y Selene con ella. Esto de no leer las mentes como ellas es un fastidio. Mi madre da un fuerte silbido, y viene raudo a nuestro lado Liff, el colibrí que ayer nos llevó al manantial. Selene me abraza fuerte, antes de montar en la “pequeña” ave y alejarse de nosotros.

—Sé que os habéis intercambiado algo más que miradas, mamá... ¿Qué os habéis dicho? —mi madre sonrío.

—Nada que no acabarás sabiendo cuando estés preparado, Patrick. Antes, debes conocer un poco más este mundo. ¡Montemos en el Sarcahl!

Mi madre y yo subimos hasta el lagrimal del Sarcahl, tal y como hiciera con Selene aquella madrugada. Esta vez me quedo con los ojos abiertos viendo cómo el protector líquido nos cubre dentro de su inmensa bóveda transparente.

—Esto es algo que supera todas las concepciones que yo pudiese tener de lo que existe en esta tierra, mamá.

—Pues espera a ver todo lo demás —me dice sonriendo, con la misma expresión que ponía cuando me iba a dar un increíble regalo en Navidad.

Mi madre parece darle instrucciones con la mente al Sarcahl, y éste inicia el vuelo. Instintivamente, los dos nos damos la mano para sujetarnos, a pesar de que la lágrima nos mantiene en nuestro sitio.

—¿Dónde me vas a llevar primero?

—Ya lo verás... Espero que tú puedas reconocerlo por ti mismo, como me pasó a mí —me dice mi madre dejándome con la intriga.

Poco a poco vemos amanecer. El cielo está precioso, y bajo los rayos del sol, el Sarcahl se ve aún más majestuoso. Después de un viaje de aproximadamente unos setecientos u ochocientos kilómetros, similar al que recorrí desde el portal del tiempo hasta el bahbahl en el que vivimos, veo que nos acercamos a otro pequeño bahbahl. Debe ser un retoño comparado con el nuestro, porque su tronco no debe medir más de doscientos metros de diámetro. El Sarcahl desciende despacio hasta la altura del suelo, parándose frente al árbol.

—¿No lo reconoces? —me pregunta mi madre. Miro al árbol y miro a mi madre repetidamente.

—Nnnn... o, la verdad es que no.

—Míralo bien. Tapa con las manos toda la parte de arriba del árbol, y fíjate sólo en la base de su tronco. Recuerda todas las montañas que visitaste.

—Fueron muchas... —Observo bien, hasta que, al tapar con mis manos la parte de arriba de mi visión, tal y como me ha aconsejado mi madre... — ¡Cielo santo!

—¡Lo viste ya, ¿verdad?! —ríe alegre mi madre.

—¿Cómo es posible?

—Pregúntate cómo no... Siempre estuvo ahí, delante de nuestras narices, todos ellos... Por eso eran sagrados para los indígenas.

—¿De verdad es este bahbahl la *Torre del Diablo* de *Wyoming*?

—Exacto.

—¿Y dónde estamos viviendo nosotros? —le pregunto intrigado.

—En *Monument Valley*, con parte de la copa extendiéndose hacia *Utah*, y la otra mitad hacia *Arizona*. Hemos estado viviendo siempre cerca de los restos de un gran bahbahl. Y que nuestra ciudad se llamase *Phoenix* no era casualidad, pues nuestro bahbahl es el hogar del Sarcahl, que cuando muere una sacerdotisa, muere también para resurgir de sus cenizas, como un ave fénix...

—¡Dios mío, es increíble!... Pero, si en el Valle de los monumentos sólo

hay un par de tocones de árbol...

—Porque el tronco de nuestro bahbahl está formado por todos esos troncos, más todas las montañas que sobresalen alrededor. No es un solo tronco, sino la unión de muchos, que se fusionan en la bifurcación en la que se forma el manantial central, dejando hueco el tronco principal. De hecho, el *Bosque Petrificado de Arizona*, no son más que ramas caídas de la copa —me explica sonriente mi madre.

—¿Podemos ver el resto de bahbahles? —le pido a mi madre deseando romper de una vez por todas el resto de mis barreras mentales, sintiendo una curiosidad que ha convertido mi cabeza en un hervidero, donde cientos de imágenes de mi viaje, antes de atravesar el portal, se atropellan unas con otras.

—¡Por supuesto! —mi madre da una orden al Sarcahl, y éste se eleva más y más, más y más...

El Sarcahl se eleva más alto de lo que haya volado hasta ahora con él, tanto que, desde nuestra altura puedo ver... ¿Toda La Tierra?

—¿Qué estamos viendo, mamá?

—Los demás bahbahl, como querías —me responde con una sonrisa pícaro.

—¡Dios, mamá! Tú sabes perfectamente a lo que me refiero... ¿Cómo podemos ver desde aquí arriba no sólo todos los bahbahles... sino tanta tierra... plana? ¿Dónde está la curvatura? ¿Es algún efecto óptico producido por la lágrima del Sarcahl? —Froto mis ojos, y hago un ademán de salir fuera de la lágrima.

—¡No salgas, Patrick, estamos a demasiada altitud!

—Pero... ¡No lo puedo creer!

—No tienes que creer nada, esa es la clave. Sólo debes ver. —Vuelvo a mirar a mi alrededor y a todo lo que está bajo nuestros pies. Puedo reconocer lo que creo que son los bahbahles de Venezuela, pero compruebo entonces que los continentes no tienen la misma configuración...

—¿Ves?, ¡no son los mismos continentes! ¡Eso es porque este es otro mundo! —trato de respirar aliviado.

—No, cariño. Los continentes tienen ahora otra forma porque la deriva continental existe, pero no está provocada por corrientes de magma, sino por el influjo electromagnético del Sol y la Luna.

—¿Pero qué estás diciendo, mamá? ¡Tú estudiaste Geología igual que yo!

¡Eso es una barbaridad! —mi madre sonrío condescendiente.

—Yo pasé por lo mismo que tú estás pasando, Patrick. Sin embargo, todo eso son palabras, historias, teorías... Yo te lo voy a demostrar con hechos. Te llevaré a otro sitio, allí donde me dijiste que comenzó tu viaje. —Le da una orden al Sarcahl, que inicia el descenso.

Conforme bajamos más y más, veo unas extrañas formaciones que parecen papiros gigantes. Mi madre me informa:

—Nos estamos aproximando a las tierras pantanosas... Lo que, en nuestro tiempo, es Australia.

—En Australia no hay tocones de esas plantas, mamá —le digo incrédulo, e incluso algo enfadado —¿No sé cómo has llegado a la conclusión de que esto es Australia?

—Tocones no, hijo. Lo que ha quedado de estas plantas, más frágiles que los bahbahl, son cordilleras... La *Cordillera MacDonnell* de Australia, desde casi *Mount Liebig* hasta antes de llegar a *Hart*, es lo que queda de estos papiros gigantes caídos —sonríe.

—No te creo.

—No lo hagas. Lo verás por ti mismo.

El Sarcahl continúa el descenso hasta que llega a unas formaciones que sí reconozco perfectamente. Me quedo sin palabras.

—No puedo concebirlo, mamá... Me estoy mareando... —mi madre me ayuda a sentarme —¡No puedo creerlo, mamá, no puedo creerlo!

—Respira, cariño.

—No es posible... no es posible...

—Trata de coger aire despacio, Patrick.

—¿De verdad son esos el *Monte Uluru y Kata—Tjuta*?!

—Sí, vida mía —me confirma mi madre sentándose a mi lado y abrazándome, para observar conmigo la impresionante vista que está frente a nosotros—, como yo pensaba, son formaciones de hongos gigantes. Y no sólo eso. ¿Ves esas enormes esferas volando por los aires? —Le asiento con la cabeza—. Son esporas... las famosas rocas australianas llamadas *Canicas del Diablo* —Sonríe, sin dejar de frotar mis brazos, para que vuelva a circular la sangre por ellos, que se me ha quedado helada.

—¿Cómo es posible, mamá?... ¿Sabes lo que implica todo esto?... Significa que, como geólogos, en nuestro tiempo no arrascamos más que la superficie... Pero, aún peor... ¡En nuestro tiempo vivimos en una mentira! —

mi madre asiente seria —¿Por qué, mamá? ¿Por qué?

—Por un egoísta control de los recurso, dinero y poder. Los principales males de nuestro tiempo.

—¿Dinero y poder?

—No lo has visto todo, cariño. ¡Sarcahl, alza el vuelo de nuevo!

La gigantesca ave comienza a subir y subir, pero esta vez mucho más que antes, hasta que práctica e inexplicablemente, deja al Sol y la Luna, de tamaños similares, detrás.

—¿Cómo podemos haber dejado el Sol y la Luna detrás? ¿No estaba a cinco cincuenta millones de kilómetros de la Tierra?

—No, hijo —sonríe mi madre—, según mis cálculos, está a aproximadamente unos cuatro mil ochocientos kilómetros...

—No puede ser, debe ser algún reflejo o espejismo... —le contesto incrédulo, viendo cómo nos alejamos de los dos astros que marcan todos nuestros calendarios.

Conforme alcanzamos más altura, puedo ver qué hay más allá del hielo de la Antártida, ¡que bordea los continentes sobre los que nos elevamos!... ¡¡¡Hay más continentes, y más bahbahl!!!... Se me pierde la vista en el horizonte... ¿plano?

—¿Qué está pasando, mamá? ¿Es esto un sueño? ¿Estoy soñando?

—No, mi amor. Un sueño es lo que vivíamos en nuestro tiempo. Esta es La Verdad.

—Esto asusta... asusta demasiado —le digo desconcertado por todo lo que veo. Siento mis manos heladas y temblorosas, y mi cuerpo comienza a tiritar, abrumado por todo lo que estoy viendo, y que me siento incapaz de asimilar.

—Abrázate fuerte a mí —me pide mi madre, y yo comienzo a llorar de impotencia, porque no querría estar así, pero no puedo evitarlo, como si estuviese sufriendo el mismo síndrome de abstinencia que un drogadicto que ha dejado su droga, que en mi caso ha sido la mentira. El Sarcahl sigue elevándose, tanto, que pareciese como si pudiese tocar las estrellas.

—Parece que estén tan cerca que se pudiesen tocar... —le digo a mi madre.

—Y se pueden —me asegura—. El Sarcahl puede. Sólo él, el ser más cercano al Amor Puro en nuestro mundo... —mi madre hace un largo silencio. Mira hacia arriba, con la misma mirada que yo tenía cuando me acordé de mis

abuelos.

Entonces, el Sarcahl emite un poderoso graznido y agita sus alas fuertemente por primera vez, como si por fin estuviese en libertad. Aquí no puede molestar con su aleteo a ninguna criatura pequeña. De pronto, veo cómo hunde la punta de sus alas en lo que pareciese un océano de agua sobre nosotros, provocando unas hondas en el interior, que me impactan por su magnitud, aún mayores que las alas del enorme ave, que aquí arriba casi parecen pequeñas.

—Patrick, ese es el Océano del Amor.

—¿Cómo? ¿Pero es algo tangible?

—¿Acaso nosotros no lo somos, y procedemos de él? ¿Qué esperabas, un dios con barba y túnica rodeado de nubes? —me interroga mi madre con cierto sarcasmo, que yo le rependo—:

—¡Cielo santo, mamá, tú sabes perfectamente lo que yo esperaba! ¡Tú misma me lo enseñaste!

—Lo sé cariño —acaricia mi cara—, y lo siento mucho.

—¿Podemos atravesarlo? —le pregunto, mirando cómo el Sarcahl lo atraviesa ligeramente.

—No. Nadie del mundo material puede, a excepción del poderoso Sarcahl, que puede introducirse momentáneamente, para controlar los astros. Sólo lo cruza completamente cuando muere. Nadie más puede atravesarlo hasta que cambie su densidad, y se acerque tanto al Amor que, cuando su remanente de energía vital abandone su cuerpo, ascienda hasta él, el que siempre ha sido nuestro Cielo.

—¿Y qué hay de la gravedad? ¿Qué son entonces esas estrellas?

—Para tu primera pregunta, no hay tal cosa. Sí fuerzas electromagnéticas, íntimamente ligadas a la energía de las dos principales fuerzas de la existencia, la del Amor y la del Destino... Ya te lo expliqué. Fuerzas que se combinan con las distintas densidades de la estructura de cada ser vivo... De hecho, es volviéndose menos denso, como el Sarcahl logra elevarse.

—Algo me explicó Selene... Pero, ¿Y las estrellas y demás astros?, ¿es cierto que son los genes de nuestra Tierra?

—Así es, constructos de energía electromagnética concentrados en forma material, como el Sol, pero de menor escala, hasta el punto de que el Sarcahl puede desplazar algunos... Como el día en que te trajo hasta aquí —me abraza fuerte mi madre.

—Todo esto me parece demasiado mágico, mamá...

—Lo es.

## CAPÍTULO 25

—¿Dispuesto a recibir una de las lecciones más útiles en el bahbahl? — me pregunta Selene acariciando mi pecho tan pronto como abro los ojos. Está tumbada a mi lado, con su cabeza apoyada en mi brazo, y sin quitarme sus enormes ojazos violeta de encima.

—¿Me despertaré algún día antes que vosotras? —le digo haciéndole cosquillas en el costado. Ella se retuerce, tratando de protegerse con brazos y piernas, hasta que logro ponerme sobre ella, que me atrapa entre sus muslos.

Sentir el calor de su sexo pegado al mío hace que ambos comiencen a activarse solos. Lo que vendría después, no fue más que una consecuencia inevitable...

—Si ésta ha sido “una de las lecciones más útiles en el bahbahl”, me ha encantado... —le digo volviendo a tumbarme exhausto a su lado.

—No era precisamente ésta, pero no esta mal para empezar el día... —me besa intensamente—. Ven conmigo a la ducha, y te la explico mejor... —me dice incorporándose y tirando de mi mano.

—Pero, ¿y mi madre?

—¿Ahora me lo preguntas? —ríe Selene, y yo con ella —Madrugó como de costumbre... Pero me ha dicho antes de salir que le gustaría que, a partir de mañana, nos levantemos para desayunar con ella... Como yo hacía hasta que has llegado tú... ¡mala influencia! —Me pellizca coqueta en el vientre, haciéndome reír.

Cuando estamos los dos bajo el agua fresca, no puedo evitar volver a excitarme viendo cómo chorrea el líquido por el cuerpo desnudo de Selene, que parece sentir lo mismo que yo. Ella pega su piel húmeda a la mía, y nos abrazamos, comenzando a besarnos con tranquilidad, dejando no sólo que fluya el agua por nuestras bocas unidas, sino también nuestras energías, que ella sabe volver a concentrar con dureza en el centro de mi anatomía. En un momento dado, cuando siento que voy a explotar de nuevo, Selene se gira, facilitándome el acceso a su tierno interior, donde yo vuelvo a depositar el fruto de nuestra pasión.

—¡Dios, Patrick! Ya he olvidado hasta lo que te iba a decir —suspira aún extasiada, sin dejarme escapar aún de su lado.

—Pues yo creo que esta lección la he entendido mejor que la primera... — jadeo. Selene me libera, me coge de la mano, y tira de mí.

—Salgamos a comer algo, porque como sigamos así...

Tan pronto como estamos fuera de nuestra casa, vemos a la anciana vecina de la casa—rama de en frente, sentada junto a la entrada de su casa. Parece estar muy relajada acariciando en su regazo una criatura peluda, de aspecto similar a un kiwi, ese ave típica de Nueva Zelanda, pero con un corto pico como el de los patos. Al vernos, sonrío y nos saluda. Yo agito mi mano imitando su gesto, la mujer le dice algo a Selene, y ésta le responde también en su idioma provocando la carcajada de ambas.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto curioso a Selene.

—Que te alimente bien para después dejarte seco, como hacía ella con su marido... —ríe.

—¡Joder con la ancianita! —ríe con Selene —¿Y tú que le has contestado?

—Pues que es justo lo que ya he hecho, y voy a seguir haciendo ahora —ríe desvergonzada.

—No tenéis filtro, ¿eh? —le digo falsamente escandalizado.

—No te preocupes, Telina tiene ya cien años, y no creo que se vaya a espantar por nada. Además, me conoce desde que soy niña... —me informa, tirando de mi mano. Yo le sigo como carnero en celo sin remedio, hasta que nos acercamos a un conglomerado de árboles frutales que hay entre nuestra rama gigante del bahbahl y la contigua. Selene grita diciendo algo a la mujer, que le contesta.

—¿No le habrás dicho otra cosa subida de tono, no?

—No, cariño. Le he preguntado que si quiere que le llevemos fruta, y me ha dicho que no hace falta, que ya tu madre le llevó antes de irse.

—¡Joder, me tienes que empezar a enseñar ya tu idioma!... —le pido a Selene —Esto de que no pares de reír con la gente de aquí sin que yo me entere de lo que estáis hablando, o que luego habléis de cosas más normales y yo piense otra cosa, es un suplicio.

—Tranquilo, Patrick —sonríe dándome un beso calmante—. Todo a su tiempo, hoy vamos a empezar por algo más fácil, que es la lección de la que llevo queriendo hablarte desde esta mañana.

—Pues no lo has hecho porque tú no has querido —le guiño un ojo y le palmeo el trasero.

—¿Ves? ¡Otra vez no me vas a dejar que te lo explique!

—¡Está bien, amárrame las manos a este árbol! —le digo cómicamente, tomando una liana con la que escenifico teatralmente lo que digo —¿Piensas que es fácil para mí estar quieto cuando en mi mundo sólo nos desnudamos para hacerlo?... ¡Pues aquí estoy en modo semental todo el tiempo, y no puedo evitarlo! —Selene ríe a carcajadas conmigo —Y encima ahora me entero de que la ancianita te anima a ello, y yo, obediente, pues... ¡Ya ves cómo me pongo! —le señalo mi falo nuevamente erecto.

—Voy a tener que buscarte alguna hierba para “eso”...

—¡No! ¡No me lo bajes, que jamás lo había visto así durante tanto tiempo! —reímos juntos.

—Si no es para “eso”, sino para que no te duela por hacerlo tanto...

—¡Ahhhh!... —respiro aliviado —Pensé que me ibas a dar alguna especie de inhibidor de mi actual potencia —le guiño un ojo.

—Bueno, ahora deja tu potencia tranquila, y abre tu mente, porque te voy a enseñar a comunicarte con la de las hadas y mariposas.

—¿Y eso es más fácil que tu idioma? —Selene asiente graciosa con la cabeza —Ya puestos, enséñame a hablar con la mente también con los bicharracos esos —le señalo una *abeja—bus* y un *colibrí—cóptero* que pasan casi rozándonos —para gritarles que no pasen tan cerca... —Selene vuelve a reír.

—Sigues siendo muy gracioso, Patrick. Pero hablar con los seres pequeños es más fácil, ya lo verás —Selene llama al *abeja—bus*, que se posa a nuestro lado.

—¿Era necesario llamar precisamente a este bicho, que es el que me asustó el primer día? —La abeja da un aleteo que me cae al suelo.

—No la enfades, que aunque tú no puedas entenderla, ella a ti sí. Además, así le pierdes el miedo.

—Está bien...

Selene y yo subimos en la enorme abeja, por la que me resulta más fácil escalar por entre sus largos pelos. Nos sentamos tal y como lo hicimos el día del colibrí gigante, y, antes de que me de tiempo a decir una palabra más, ya hemos iniciado el vuelo. La abeja vuela más despacio y torpemente que el colibrí, pero el viaje resulta más agradable porque, al menos, puedo abrir los

ojos, y ver con más claridad todo a mi alrededor. Puedo apreciar animales y plantas que no observé en mi primera incursión.

—¿Vamos otra vez al manantial central?

—No, esta vez iremos a la oquedad de las hadas, mariposas y luciérnagas, que está a medio camino.

—¿Me tendrán miedo?

—¿Tú se lo tienes?

—No.

—Entonces ellas tampoco a ti. Cuando lleguemos, intenta estar muy tranquilo, porque son muy sensibles a los cambios de humor, y detectan cualquier variación en las energías que les rodean. Las sacerdotisas las usamos como verdaderos sensores de la salud de la comunidad entera del bahbahl.

—¡De acuerdo! Lo intentaré...

—Yo estaré a tu lado en todo momento. Sé que se alegrarán de conocerte.

Después de unos minutos de vuelo, la abeja aterriza en una pradera donde da la luz directa del sol, rodeada de una densa pared de árboles de los que cuelgan flores y plantas trepadoras llenas de frutos rojos, morados y negros, similares a los arándanos, moras y fresas de mi tiempo.

Presidiendo la pradera, emerge una gruesa rama del bahbahl, con un gran agujero a nivel del suelo, de unos tres metros de diámetro.

—Ahí viven —me señala Selene ayudándome a bajar de la abeja. Coge mi mano, y me acompaña hasta la entrada de “la cueva”.

Al entrar, está más oscuro que en el exterior, y mi vista tarda unos segundos en adaptarse. La oquedad se convierte en un pasadizo, que se eleva hacia arriba, con una rampa a mi derecha.

Iniciamos el ascenso en espiral y, una vez que desaparece la luz que entra del exterior, empiezo a ver el brillo de las mariposas y luciérnagas. Son las mismas que he visto estas dos noches, pero me parecen todavía más preciosas, al poder observarlas con detenimiento, por estar posadas, principalmente, en las paredes y el techo.

Voy siguiendo los pasos de Selene, sin querer pisar ninguno de estos lepidópteros que también reposan en el suelo. Compruebo que, a medida que subimos, el pasadizo se va haciendo más estrecho, y cuando casi tenemos que agachar la cabeza, éste da a una gran estancia, similar a la que tiene mi madre en su casa.

Cuando nos adentramos en ella, me llama la atención que las paredes circulares están llenas de agujeros, que desprenden toda clase de destellos. Selene me susurra que esos son sus lugares de anidación.

Vuelan hadas y mariposas de un agujero a otro, como si estuviesen cuidando de sus respectivas crías, hasta que, un par de hadas se acercan a nosotros, junto con varias mariposas de colores arcoíris. Son como las que tenía Selene en el pelo la noche que la encontré sobre la roca de amatistas. Todas ellas comienzan a revolotear a nuestro alrededor.

—¿No has oído lo que han dicho?

—Francamente, no.

—Siéntate. —Lo hago, y Selene a mi lado —Pon tu mente en blanco. Céntrate sólo en ver lo que te rodea, y no pienses en nada. En cuanto aparezca algún pensamiento en tu cabeza que no reconozcas como tuyo, dímelo. Te diré si es lo que te han dicho. Le diré que te digan cosas que tú no podrías pensar por ti mismo... ¿Lo intentas?

—Lo intento.

Procuro hacer lo que Selene me ha dicho, hasta que, de pronto, viene a mi mente la imagen de lo que me parece un gran lobo volador, con el cuerpo largo como el de una serpiente, de pelo blanco y ojos azules. Se lo comunico a Selene de inmediato.

—Muy bien, Patrick. Las hadas te han descrito un ser que habita en los bahbahl del este, muy apreciado por ellas.

—¿Pero si no he escuchado que me hablen?

—Es que no es así como funciona. Cuando se habla con la mente se transmiten imágenes y conceptos completos, en un intercambio inmediato.

—¡Es alucinante! Diles que me digan algo más.

—Pídeselo tú.

—¿Cómo?

—Simplemente, piénsalo.

Lo hago, y lo siguiente que aparece en mi mente es una enorme cascada de agua clara, que cae por una caverna plagada de relucientes diamantes blancos, esmeraldas de verde deslumbrante, zafiros de azul intenso, topacios de amarillo fulgurante, y rubíes de rojo carmesí. Se lo describo a Selene.

—Las hadas y mariposas iridiscentes te han mostrado su lugar favorito del bahbahl, la gran cascada de las piedras, ubicada bajo un extremo del gran manantial central, oculta a la vista de todos, y sólo accesible por ellas. Las

hadas y estas mariposas son las únicas que pueden mojarse en esa agua sin perder su capacidad de vuelo.

—Pues era hermosísima... ¿La has visto alguna vez en persona?

—No, es la primera vez que se la muestran a un humano, aunque sólo sea mentalmente, lo que significa que debes haberles caído muy bien, Patrick. Yo sólo sé de ella de oídas.

—¿Si les doy las gracias con la mente me entenderán?

—¡Por supuesto! —Agradezco entonces a las pequeñas criaturas su generosidad, y ellas revolotean riendo por toda la estancia. Cuando nos dejan, veo a Selene agachar la cabeza.

—¿Estás celosa por lo que me han mostrado? —le pregunto levantando su barbilla.

—No, Patrick. Estoy tan feliz, que casi me da vergüenza. Jamás pensé que conectarías tan rápido con las criaturas pequeñas. Eres mejor de lo que te soñé. —Sin poder evitarlo, doy un largo beso a Selene, sintiendo cómo las mariposas iridiscentes se van posando en nuestro cuerpo.

—Es verdad lo que me dijiste, Selene. Notan todos los cambios de humor. Estaba sintiendo un hormigueo cálido hacia ti por todo mi cuerpo, y ellas se han ido posando donde lo sentía.

—Es justo lo que me pasaba en la roca en la que te esperaba el día que llegaste a mi lado.

## CAPÍTULO 26

### *Un mes después.*

Es extraño que Selene no se haya levantado aún. Mi madre y yo acabamos de desayunar y, normalmente, desde que la sacerdotisa nos lo pidió, ella se une a nosotros. Sin embargo, esta mañana no lo ha hecho, aunque tampoco hemos querido molestarla.

Mi madre, aunque algo preocupada, se va a pasar su ronda con el Sarcahl. Me comenta que, antes de emprender el vuelo, irá a visitar a la anciana que vive en frente de nosotros, a la que le gusta ver todas las mañanas. Se trata de la graciosa Telina. Vive sola y sin familia (su marido y sus hijos murieron a manos de los drijkraón), y aunque tiene un estupendo estado de salud a pesar de sus cien años, como todo humano, necesita compañía. En realidad, todos los vecinos nos volcamos cuando podemos con ella. Yo incluso le voy hablando algo en su idioma, aunque a ella le hace mucha gracia mi pronunciación.

Los vínculos que hay entre los humanos del bahbahl es otra cosa que me llamó también mucho la atención cuando llegué aquí, y es que, aunque cada familia vive en su casa, todos formamos una comunidad muy unida. No se deja a nadie desatendido, especialmente si se trata de personas ancianas, viudas, amputadas, huérfanas, o con cualquier otra dificultad que impida su normal desarrollo. Con estos pensamientos, entro en mi habitación en busca de Selene.

—Buenos días, preciosa —le digo, sentándome junto a ella, que permanece acostada y con los ojos cerrados.

—Buenos días —susurra.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —pregunto, preocupado por su palidez.

—Estoy algo mareada, pero enseguida se me pasa —contesta, intentando incorporarse.

—¿Habrás comido alguna fruta en mal estado?

—No lo creo, Patrick. Sabes que aquí todo es directo de los árboles en su momento justo de maduración... No cogemos nada que no esté en ellos —me dice, tapándose los ojos con las manos.

—Selene me estás asustando...

—Pues espera al día del parto —sonríe, mirándome con sus preciosos ojos violetas.

—Ya... cuando llegue el día... —le contesto sin pensar, cuando una alarma se enciende en mi cabeza —¡Espera, espera! ¿Ese día está más cerca de lo que imaginamos?

—Bueno... no lo sé con exactitud, pero es cuestión de meses... nueve, normalmente —me contesta, acariciando mi barba.

—Preciosa... ¿voy a ser padre? —le pregunto, casi con miedo de que me diga que no.

—Así es, Patrick, vas a ser padre... —me confirma —Este día ha llegado, tal y como me lo dijo el Sarcahl, la noche que fui a agradecerle que te trajese hasta mí. —Yo me quedo sin poder reaccionar, mirando hacia un punto imaginario —No quieres tener hijos, ¿verdad? —pregunta Selene con desilusión y tristeza en su voz, agachando la mirada.

—¿Qué? ¡¡Noo!! Digo... ¡¡Sí!! —grito, cogiéndola en brazos en un solo movimiento. La siento sobre mis rodillas, y le sujeto su barbilla suavemente para que me mire —Cariño, mi desconcierto es de pura felicidad, créeme. Si no te lo ha parecido es porque... No sé, son cosas que en mi otro Tiempo ni me planteaba, pero todo ha cambiado tanto desde que llegué... No hay nada que me haga más ilusión que tener un hijo contigo. Eres la luz de mi vida. La persona que he estado esperando siempre, sin saberlo... —Selene ríe con los ojos encharcados en lágrimas —Gracias a nuestro amor, tú y yo vamos a traer una nueva vida, otra personita diferente pero que tendrá algo de ti y de mí... ¡Es mágico! Yo creo que la única magia que ha perdurado hasta el tiempo del que procedo... Te amo —Beso intensamente a Selene.

—Tenía tanto miedo a tu rechazo, a que rechazaras a este bebé... —dice, tocándose su vientre.

—¿Por qué pensabas eso? Te amo, Selene, y amo todo lo que venga de ti. Es una palabra que no me cansaré de decirte y demostrarte. ¿Cómo no iba a querer un bebé que hemos hecho precisamente con tanto amor?

—No sé... En tu mundo no hay demonios voladores que pueden asaltarte

en cualquier momento, y mi mundo es muy difícil, muy peligroso...

—Pero muy bello también... como tú. —Acaricio su cara.

—Pensé que tú no querías que un hijo tuyo fuese criado entre tanta maldad...

—Lo voy a criar contigo, y no hay maldad a tu lado, mi amor... ¿Crees que en mi tiempo no hay también maldad, aunque no podamos verla con su verdadera cara como aquí? No, Selene. En mi tiempo hay guerras; hay locos que compran una pistola y van a los colegios o institutos a matar a niños inocentes, por una irracional acumulación de odio sin sentido; hay hombres y mujeres que maltratan física y psicológicamente, o incluso asesinan, a sus parejas, por celos, por inseguridades, odios, o por simple locura; niños y adultos que desaparecen, y que nadie encuentra jamás... ¿Crees que mi tiempo es mejor que el tuyo? No, cariño. Lo único que diferencia mi tiempo del tuyo es que en el mío no hay salamandras gigantes, ni colibrís del tamaño de un helicóptero, ni flores en las que podamos hacer el amor... y mucho menos hadas, pero el fruto del mal es el mismo allí que aquí.

—Patrick...

—Por eso, tenemos que ser fuertes y luchar, luchar por nuestra felicidad. Nuestros hijos son el fruto del amor puro, y eso, nada ni nadie puede cambiarlo, y mucho menos destruirlo.

—Te amo, Patrick.

—Y yo a ti, mi preciosa Selene —contesto, besando sus labios para, acto seguido, besar su vientre.

## CAPÍTULO 27

Han pasado algo más de tres años desde que llegué a este tiempo. Selene y yo hemos tenido una hermosa niña, a la que hemos llamado Mishca, que significa “quien es como Dios”, por su belleza y buen corazón.

El día que Selene comprobó que estaba embarazada, fue la mujer más feliz de la Tierra, más incluso que el día que nos unimos oficialmente bajo la bóveda celeste, como llaman aquí al matrimonio. Pude entenderlo, por el profundo significado que tiene aquí cada nueva vida que va a ver la luz. Un nuevo ser que se va a liberar de la Materia Pura, para entrar a formar parte de la Materia Viva, y de ahí, al Amor Puro. Además, si eres la próxima sacerdotisa, ese significado cobra aún más fuerza, porque precisamente eres la persona que vigila porque el mayor número de vidas lleguen a buen puerto.

En este tiempo, ya he logrado dominar la lengua de los bahbahlitas. Fue más fácil de lo que pensaba. Es una lengua muy similar a la mía de origen, el inglés, o incluso el español, en cuanto a estructuras gramaticales, con la ventaja de que encima no tiene los difíciles “phrasal verbs” del inglés, para aquellos que no son nativos, o las largas conjugaciones verbales del español. Por otro lado, la intensiva inmersión lingüística a la que me sometieron Selene y mi madre, contribuyó a mi rápido aprendizaje.

Pero, si el idioma bahbahlita me resultó fácil de aprender, no lo fue tanto la comunicación mental con los seres de gran tamaño. Unas veces con la ayuda de Selene, y otras con la de mi madre, no fueron pocos los días en los que no obtenía ningún resultado. Mi paciencia llegó a estar al límite, y estuve a punto de tirar la toalla en más de una ocasión. Sin embargo, la fuerte creencia en mí de las mujeres que más amo, acabó dando sus frutos. Un buen día, por sorpresa, pude contestar a las bromas de la *abeja—bus*. Fue un gran día de júbilo para mí, hasta el punto de que, ahora, ese mega—insecto peludo se ha convertido en una buena amiga.

Viendo que ya podía comunicarme con los humanos de los bahbahl, así como con las criaturas grandes y pequeñas, mi madre decidió que ya había llegado el momento de mi consagración como sacerdote. Para mí, que no me

he criado en este entorno, fue una experiencia tan increíble como surrealista. Verme rodeado de tantas criaturas de miles de especies diferentes, hablando con todas ellas casi al unísono, me pareció, simple y llanamente, brutal.

Sorprendentemente, con el que menos me costó hablar con la mente fue con el gran Sarcahl. Me pegué un día un susto, de mil pares de cojones, cuando escuché su voz celestial, acústicamente envolvente, pero inmensamente amorosa, retumbando dentro de mi cabeza, con una nitidez asombrosa. No se trataba de imágenes y conceptos en la cabeza como con todos los demás, no. El Sarcahl, directamente, sí que me habló en la cabeza.

Desde entonces, hemos conversado sobre muchas cosas, y me ha explicado otras tantas que mi madre y Selene no alcanzaban a explicarme con exactitud. Es un ser increíble que, como bien dice mi madre, está más cerca del Amor Puro que de este mundo mixto.

Aparte de mis habilidades comunicativas, en estos años también he aprendido muchas otras cosas. Ha sido un completo cambio de paradigmas en muchos temas que creía verdades absolutas. Sin embargo, las pruebas palpables han bastado para darle la vuelta a tantísimas teorías llenas de fórmulas matemáticas y palabrería, que aquí descubrí que no tenían ningún sentido.

He dado muchas vueltas a ese asunto, y siempre llego a la conclusión de que todo debe ser obra de los drijkraón que, no sé cómo, han debido llegar a nuestro tiempo en forma incorpórea, pero física a través de todos los hijos de puta humanos que les sirven, sumados a la masa aborregada. Cada vez que pienso que eso, un pellizco se me coge en el corazón, sabiendo que lo que he dejado atrás no es el pasado, sino nuestro futuro.

Los días que me pongo tan mal, he encontrado una actividad que me ha ayudado mucho a liberar la adrenalina y a pensar en otra cosa, el entrenamiento para la lucha contra los drijkraón.

Pareon se ha convertido en estos años no sólo en un buen amigo, el mejor que haya tenido jamás, sino también en mi maestro en las artes de la lucha bahbahlita. Selene no exageraba cuando me dijo que es el mejor guerrero de su pueblo. Entreno con él cada vez que puedo, y él me asegura, pretencioso, que, después de él, yo me estoy convirtiendo en el segundo mejor guerrero. Yo le acepto el cumplido, porque después lo mejora, cuando me dice emocionado que es un tremendo orgullo que por fin vayan a tener un sacerdote guerrero, porque eso no ocurría desde los Tiempos del Origen, y puede llegar a suponer

una gran ventaja contra los drijkraón.

A mi madre no le gusta que pase tanto tiempo con Pareon, porque afirma que me llena la cabeza de ideas violentas. Lo que ella no comprende es la rabia que entra en mi pecho, cuando pienso en la muerte de mi padre, en la muerte de los padres de Selene, o en todas esas otras criaturas inocentes de diferentes especies. Seres con cuyos representantes hice el pacto de unión, el día de la consagración, y cuyas vidas he visto arrebatadas por los drijkraón, en innumerables ocasiones, delante de mis ojos.

Afortunadamente para la población humana, desde que mi madre creó los amuletos, las bajas entre nuestra especie son ahora prácticamente nulas, pues nos da tiempo a reaccionar cuando éstos nos avisan de la presencia de esos seres oscuros. Por eso mismo, mi madre quiere que centre toda mi atención en el control de las piedras, un arte que Selene domina a la perfección, y del que yo aprendo algo nuevo cada día, aunque no es mi fuerte.

Disfruto más dominando el arte del vuelo con los colibríes, tal como hiciese mi padre. De hecho, desde aquel primer vuelo hasta el manantial central, el veloz Liff se ha convertido en mi gran acompañante en mis incursiones en el bahbahl.

Un buen día, mientras estaba cogiendo fruta para llevar a casa, el gigante colibrí vino en mi búsqueda, y bajó una de sus alas para que lo montase solo. Tal vez se sintiese celoso del gran Sarcahl, pero lo que sé es que ahora es mi segundo mejor amigo, después de Pareon, porque a veces pienso que nos entendemos a la perfección, incluso sin necesidad de hablarnos con la mente.

Los días van pasando, y sólo siento que estoy rodeado de amores que van llenando mi vida: mi pequeña Mishca, Selene, mi madre, Pareon, Rhubih... incluso Liff. Todos ellos van haciendo que mi alma crezca, y mi corazón se hinche cada vez más de felicidad y vida.

Aquí no hay dinero, ni ropa, ni trabajo esclavizante, ni posesiones materiales, más allá de una oquedad en el tronco, que pasa de generación en generación, o para aquel que no tenga dónde refugiarse.

La comida se coge directamente de los árboles, y es rica y variada. Nada se cocina. La enfermedad no se conoce, y cuando lo hace, siempre hay alguna planta o piedra que puede curarla. No hay animales carnívoros de los que haya que estar cuidándose, a parte de los drijkraón. Todo el sustento lo da la intrincada red de vegetación, hongos y microorganismos del bahbahl, que, a su vez, es la que se encarga de reabsorber todos los desechos y criaturas que

fallecen. Si alguna vez en mi tiempo se habló del paraíso del pasado, no tengo ninguna duda de que es éste.

## CAPÍTULO 28

Me despierto, y el corazón se me para al no ver a mi hija junto a mí. Corro rápidamente hacia el exterior de la casa para buscarla como un loco, y dar la voz de alarma si es necesario, cuando escucho la hermosa risa de mi niña.

Está sentada, de espaldas a mí, sobre un mullido montón de hierba. Observo detenidamente su silueta, asegurándome de que es ella, y me vacío con un largo suspiro de alivio. No sé qué hubiese sido de nosotros si le hubiese pasado algo. En cuanto pueda dejarla con su madre, estoy fabricando un sistema para atrancar la puerta rodante de piedra, porque esta jovencita ya sabe demasiado.

Me aproximo a ella, pero, está tan absorta en lo que la entretiene, que ni nota mi presencia. Es lo más bonito que mis ojos han visto jamás. Saber que esta personita es parte de Selene y de mí, me hincha el corazón de felicidad.

Veo cómo, con su dedito, acaricia suavemente una diminuta mariposa de color turquesa, tal y como le está enseñando un hada. Cada vez que el insecto revolotea alrededor de su pelo, negro como el de su madre, Mishca se tumba, riendo a carcajadas, y hace reír también al hada. Al verme, el hada se sonroja y se va volando avergonzada, como si hubiese cometido alguna travesura. Ella sabe que tendría que haber guiado a Mishca de vuelta a casa. Aunque, al menos, le agradezco que la haya entretenido cerca. La mariposa, por su parte, se va volando tras despedirse acariciando la mejilla de mi hija.

—Mishca... —la llamo al llegar hasta ella, para que me mire —¡No vuelvas a salir sola! —le reprendo, agachándome frente a ella.

—¡Papi! —ríe, abrazándome por el cuello —Eres un dormilón...

—¡Oye! ¿En serio? —me sorprendo para volver a escuchar su risa —Pues que sepas, señorita, que me has dado un buen susto... No vuelvas a salir de casa sin que mamá, la abuela o yo, lo sepamos, ¿de acuerdo?

—Es que mamá y la abuela no están... se han ido con *Sarqui* —dice, nombrando al Sarcahl con el gracioso diminutivo que le ha puesto. No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Crees que al Sarcahl le gustará que le llames así?

—Claro, papi... Le llamo *Sarqui* porque le quiero mucho —Mishca y su lógica...

—Bueno, a lo que iba, no me distraigas... Está bien, mamá y la abuela no están, pero yo sí estaba tumbado a tu lado. Durmiendo... como tú —le digo, pegando mi cara a la suya e hincando un dedo en su barriga para hacerle cosquillas.

—Ya... es que te veías tan tranquilito con tus ojos cerraditos... —me dice cogiendo mi cara, de tal forma, que me derrito a los pies de esta mocosa de tres años y medio, demasiado espabilada para su edad... Su dulzura es infinita. Acaricia mi barba poniéndome ojitos, para que no siga regañándole. Bueno, si a esto se le puede llamar regañar...

—¿Y qué hacías aquí solita? —le pregunto, sentándola en mi regazo.

—Estaba jugando con Libi, mi mariposa. Pero ha tenido que irse... Aunque me ha dicho que volverá mañana a la misma hora.

—¿Tu mariposa?

—Claro, papi... Libi será la mariposa que montaré cuando sea mayor. Mamá tenía una salamandra, tú tienes un colibrí, y yo tendré a una linda mariposita —afirma con seguridad.

—Libi... es un nombre muy bonito, cariño. ¿Por qué la has llamado así? —pregunto con curiosidad.

—Bueno... Su nombre es Libertad, papá, pero Libi queda más bonito, ¿no crees?

—Libertad o Libi, ambos me gustan muchísimo, mi amor. Significan mucho...

—¿Crees que a mamá y a la abuela le gustará el nombre de mi mariposa?

—Estoy seguro de que les va a encantar.

—¿Y a *Sarqui*? —me pregunta.

—Ja, ja, ja, ja... Supongo que le gustará también, cariño. Lo que no creo que le guste tanto es ese nombre que le has puesto —río a carcajadas.

—¡Qué sí, papá! ¡Ya verás cómo le gusta! —exclama, poniéndose de pie y dando un gracioso taconazo en el suelo.

—¡Vale, vale! —le respondo, levantando mis manos en modo de rendición —Pero no te enfades conmigo...

—¡Ay, papi! ¿Cómo me voy a enfadar contigo, si yo te amo con locurita? —me dice mi hija, usando una expresión que ella misma se ha inventado, y que a mí me hace reír nuevamente a carcajadas.

—Y yo a ti, mi amor... Yo también te amo con *locurita* —respondo, cogiéndola en brazos para lanzarla por los aires. En ese momento, cientos de diminutísimas mariposas, de todos los colores imaginables, empiezan a revolotear a nuestro alrededor, atraídas por el aura mágica de mi pequeña.

## CAPÍTULO 29

### *SELENE*

Observo los ágiles movimientos de mi marido, mientras esquivo los rápidos ataques de Pareon. Hasta ahora han estado practicando subidos en colibríes, porque Patrick demostró una habilidad casi innata para controlar esas aves, especialmente con su querido Liff, pero había llegado el momento de que entrenase la lucha cuerpo a cuerpo.

Rhubih y yo hemos venido con los niños para verles entrenar. Mientras nuestros pequeños juegan imitando a sus padres, mi amiga y yo nos hemos sentado en un tallo gigante a modo de banco, no muy lejos de nuestros hombres.

Estoy embelesada con la imagen que Patrick me está regalando. Con cada movimiento, su pelo largo y su barba se agita, al mismo tiempo que sus músculos se tensan y se contraen. Es todo un espectáculo... Está sudando, y respira agitadamente por el esfuerzo. De vez en cuando, se muerde el labio inferior, de forma tan erótica, que tengo que apretar fuertemente mis piernas para calmar el deseo que me produce ver a mi marido en plena acción.

—Seline, ¿estás bien? —me pregunta Rhubih.

—¿Eh? Sí, sí, estoy bien... ¿Por qué lo dices?

—Te has puesto muy colorada de repente... ¿Tendrás fiebre? —dice, tocando mi frente para comprobar mi temperatura.

—No, estoy bien, tranquila. Es solo que... hace mucho calor hoy, ¿no?

—Sí, ya... Tú tienes el mismo calor que tengo yo, no disimules —ríe Rhubih.

—¡Ay, Rhubih! Es que veo a Patrick así, tan fuerte, tan varonil, tan valiente, tan sudado... que solo tengo ganas de llevarle a casa a rastras y hacerle el amor hasta agotar todas nuestras fuerzas.

—Te entiendo, amiga —suspira—. A mí me pasa igual con mi Pareon... ¿Estaría mal si nos los llevamos ahora? —me guiña.

—Sí, claro, y lo niños los dejamos con la señora Telina, ¿verdad?

—¡Qué buena idea! Seguro que no se aburren —afirma alegre mi amiga.

—¡Rhubih, Telina tiene cien años!. No creo que pueda con tres revoltosillos como lo son nuestros hijos.

—Tienes razón... pobre. La mataríamos en un día... Además, podría empezar a hablarles de sexo sin filtro, y no creo que sea el momento... ¿O sí?

—¡Rhubih! —exclamo —¡Que mi hija no llega a los cuatro años!

—Es broma, Selene —se carcajea mi amiga—. Veo que necesitas desfogar, porque las neuronas no te funcionan bien con el calentón que llevas.

—¡Uuff! Es que es taaan guapo... ¿Tú crees que yo te estoy escuchando?... Mira cómo mueve la lanza —suspiro.

—Ya veo, ya... ¿Pero cuál de ellas?

—¡Rhubih! ¡Serás sin vergüenza! ¡Mira a tu marido, no al mío!

—¡Si yo estoy mirando a Pareon! —replica, mirando al frente como si estuviese enfadada. Sé que no lo está, como ella también sabe que yo estaba bromeando.

—Rhubih...

—Dime...

—¿Me haces un favor? —le pido.

—Claro, ¿qué necesitas?

—¿Puedes quedarte con Mishca? No puedo aguantar ni un minuto más... —le guiño, y Rhubih empieza a reír a carcajadas como no la he visto nunca, hasta parecer que le va a dar algo. Los hombres paran el entrenamiento y miran hacia nosotras.

—¿Te pasa algo, cariño? —le pregunta Pareon a su mujer.

—A mí no, pero Selene se encuentra indispuesta, y necesita que Patrick la lleve a casa...

—¿Y por qué te ríes? ¿No la puedes acompañar tú? —le pregunta Pareon molesto, porque haya frenado el entrenamiento.

—¡Ay, no, lo que tiene Selene se lo debe curar Patrick! —Ríe Rhubih con más ganas todavía.

—Bueno, Patrick, da igual, seguimos más tarde —escucho que le dice Pareon a mi marido—. Mira a ver qué pasa. —Patrick corre hasta mí, poniéndose en cuclillas al llegar, apoyando sus brazos en mis muslos. Justo entonces, Rhubih corre hasta su marido.

—¿Qué pasa, preciosa? —me pregunta Patrick agitado, con la respiración entrecortada. Sentir el calor de sus brazos sobre mi piel hace que me ponga

aún peor.

—Pasa... —le digo muy bajito —que necesito que me acompañes a casa.

—Selene, ¿es muy urgente? Es que aún no hemos terminado —dice, mirando hacia Pareon, que ríe con su mujer. Estoy segura de que ya se lo está contando todo. ¡Será chivata!

—No sé, valora tú... —le señalo mi entrepierna —Necesito que mi marido me haga el amor en este mismo momento, si no quiere que me de un infarto.

—Cariño, haber empezado por ahí —sonríe, besando eróticamente mis labios.

—¡¡Patrick, por Dios, no lo demores!! —le suplico.

—¡¡Pareon!! —llamo mi marido a su contrincante de lucha.

—¡Sí, amigo, vete, vete! —le responde riendo. Esa chivata de Rhubih... —Haremos un descanso, no te preocupes. Tómate tu tiempo...

—¿Qué hacemos con la niña? —me pregunta Patrick.

—¡Rhubih! —llamo a mi amiga. Cuando me mira, señalo a mi hija y le hago un gesto de interrogación con los brazos, para saber si se la va a quedar.

—¡Por supuesto! Adelante, amiga. Demuéstrale a tu hombre de lo que es capaz nuestra futura sacerdotisa —vuelve a reír.

—¡Eres la mejor! —le grito.

—Lo sé —sonríe.

—¡Ea, pues se queda con Rhubih! —le contesto a mi marido, tirando de su mano —¡Vamos!, aprovechemos el tiempo antes de que llegue tu madre... —río nerviosamente.

—¡Joder! Me siento como un adolescente que tiene que esconderse para echar un polvo —dice Patrick entre risas, mientras aceleramos el paso.

—Pues ya me dirás... Entre mis obligaciones, las tuyas, la niña, tu madre...

—Anda, calla y entra —me dice mi marido riendo y dándome una cachetada en las nalgas tan pronto como llegamos a casa, cerrando para que nadie nos moleste. La sola idea de saber que me tiene así, también le ha excitado a él. Menos mal que la anciana Telina no estaba en el portal de su casa como de costumbre, porque la pobre hubiese pasado una irritación.

Patrick me levanta en brazos y, sin salir de la sala principal, me apoya en el mostrador de piedra que tiene Shicah para fabricar los amuletos. Cuando me quedo sentada frente a él abierta de piernas, Patrick se queda extasiado

observando el centro de mi pasión, que le llama con toda su fuerza.

En un gesto impulsivo, se arrodilla, echa mis piernas sobre sus fuertes hombros, y lame mi sexo de abajo a arriba, transportándome al mismísimo cielo. Lo repite una y otra vez, mordiendo mis labios con los suyos, haciendo que me retuerza de placer. Al mismo tiempo, alarga sus dos brazos para coger simultáneamente mis dos pezones, haciendo que se electrifique todo mi cuerpo.

Va a hacer que explote de un momento a otro, y solo puedo pegar con fuerza su cabeza a mi centro de calor, deseando que termine con esta tortura. Pero, cuando él siente que me voy a ir, se incorpora, sabiendo, por la abundante humedad y calor que desprendo, que lo único que ahora necesito es que me embista con todas sus fuerzas...

Él no me hace caso. Sigue alargando mi tortura, introduciendo su larga y gruesa lanza despacio, haciendo que convulsione con cada centímetro de la dura piel que me introduce. Cuando llega a lo más hondo de mi ser, termina de acariciar el exterior de mi mullida flor con sus dedos, hasta que me arrolla un demoledor orgasmo, que provoca que él también convulsione en mi interior. Puedo sentir cómo me llena con hasta la última gota del cálido elixir de mis deseos, haciendo que me retuerza de placer y llevándome hasta el mismo Cielo. Pero quiero más. Me bajo de la encimera, y cojo su mano para llevarle a la ducha.

Cuando llegamos, me coloca debajo del chorro de agua. Me besa con pasión, con desesperación, y con el deseo insaciable que he despertado en él, y que él despertó en mí. Un deseo que estuvo contenido durante todos los años en que le estuve soñando sin poder tocarle... Pero ahora está aquí, y es sólo mío.

—Te gusta hacerlo en la ducha, ¿eh? —le digo, mordiendo su labio, y viendo cómo vuelve a estar preparado para mí. Tiro suavemente de él hacia mí.

—Me gusta follarte en cada rincón de esta casa, y fuera de ella — responde, llevando su mano hacia mi sexo, e introduciendo un dedo en su interior. Me siento aún más mojada de lo que esperaba, y no es por el agua—. Me encanta hacértelo despacio, sin prisas... Pero creo que, con el poco tiempo del que disponemos en este momento...

—Me da igual el tiempo... Tú sólo hazme el amor... —suplico — Necesito sentir en mí toda esa potencia y músculos que he estado viendo en

movimiento.... —Él lo entiende, me coge en volandas, y yo le rodeo con mis piernas. Patrick me ofrece su dureza sin medida, tal y como yo la estaba deseando. —Gimo más y más fuerte —¡Dios, me encanta!

—Sí, así, cariño. Me vuelve loco verte disfrutar... Ven, date la vuelta y apóyate aquí —me dice, saliendo de mi interior y sujetándome por las muñecas, para que las apoye en la pared de la ducha.

Patrick se pega a mí por detrás, y puedo notar la dureza de su sexo palpitando en mis nalgas. Besa mi cuello, mis hombros, mi espalda... al tiempo que acaricia cada centímetro de mi cuerpo. Introduce una pierna entre las mías, para que las abra. Miro hacia detrás, para verle, y él atrapa mi boca desesperadamente.

Inmediatamente, agarra con la mano su pene endurecido, y lo sitúa en la entrada de mi ya más que lubricado sexo, para hundirse nuevamente en mi interior, de un solo movimiento. Ambos quedamos sin respiración, por el placer que nos atraviesa de pies a cabeza.

Patrick eleva mi cadera, y empieza a moverse rápidamente. Nuestros cuerpos encajan a la perfección. Nuestros movimientos se acompañan. Nuestras respiraciones se aceleran. Y nuestro interior explota, nuevamente, de una manera brutal.

—¡Oh, Dios, Selene! —gime Patrick, alargando su orgasmo todo lo que puede, mientras yo hago lo mismo.

—Ha sido increíble... —susurro.

—Tú eres increíble, mi amor —responde, dándome la vuelta y abrazándome sin dejar de mirar mis ojos—. Puedes interrumpir mis entrenamientos cada vez que quieras, preciosa.

—Lo haré, no lo dudes —le guiño.

—Eres más que el aire que respiro... Sin ti, moriría —me confiesa, abrazándome fuerte. Yo sólo puedo besar su boca, para que no muera.

## CAPÍTULO 30

Ya más calmados y satisfechos, salimos riéndonos del baño, recordando la escena tan cómica a la que ha dado lugar mi desesperación por él.

Volvemos con nuestros amigos. Patrick para seguir su entrenamiento... que no sé cómo le quedan ganas de seguir, y yo para estar con nuestra niña, que estaba tan entretenida jugando que ni nos ha visto irnos. Sé que Rhubih le habrá explicado que hemos tenido que salir un momento, y que volveremos en breve. Es algo a lo que mi pequeña ya está acostumbrada, por las veces que su padre y yo tenemos que salir con el Sarcahl para visitar otras comunidades. Entre risas, vemos entrar a Shicah.

—¡Hola! —nos saluda —No os podéis hacer una idea de lo que me alegra veros tan felices.

—Hola, mamá —Patrick besa con cariño a su madre.

—Hola, Shicah —le abrazo yo —¿Qué tal ha ido todo?

—Muy bien, Selene. He estado en los bahbahles más lejanos, reuniéndome con sus representantes, para ver cómo iba todo.

—¿Alguna novedad? —le pregunta Patrick.

—La verdad es que no, hijo. Según las personas con las que he hablado, está todo muy tranquilo. Llevan años sin recibir ningún ataque por parte de los drijkraón y, aunque por un lado están felices de que así sea, por otro no terminan de fiarse del todo.

—Bueno, supongo que las pulseras están haciendo su efecto, ¿no crees, Shicah? —le pregunto.

—Eso quiero pensar, mi niña... —me responde con cara de preocupación —Los drijkraón son carnívoros, y seguramente no se les ha visto en los bahbahles porque se están alimentando con las criaturas de las planicies, que desafortunadamente nosotros no alcanzamos a defender.

—Mamá, no te preocupes innecesariamente. Hiciste un gran trabajo fabricando esas pulseras, y seguro que es gracias a ellas por lo que esas bestias no se acercan a nosotros.

—Sí, los representantes a los que he visitado están muy contentos y

agradecidos con ellas...

—¿Ves? —le dice su hijo —Pues vamos a disfrutar de lo que tenemos, mamá.

—¿Eres feliz aquí, mi vida? —le pregunta su madre con duda en sus ojos.

—¿Por qué me preguntas eso? ¡Por supuesto que lo soy! Como jamás pensé que lo sería, mamá.

—Lo veo cada día en tus ojos, pero no dejo de pensar que este tiempo es muy diferente al nuestro.

—Por supuesto que es diferente, mamá. En este tiempo te tengo a ti, he conocido a gente maravillosa a la que le tengo mucho cariño, como Pareon, Rhubih y sus niños, Samir, Telina... Pero sobre todo, tengo a mi preciosa niña, y a mi hermosa mujer —dice, agarrándome por la cintura sonriente—. No puedo, ni quiero pedir más...

—Sois una pareja preciosa, mi vida... —dice, mirándonos con amor — Por eso creo que ha llegado el momento de que os cuente algo... —llama nuestra atención, cambiando su expresión por una muy seria.

—Shicah, no me asustes —le digo, al ver su mirada.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Venid, mis dos aprendices de sacerdote, vamos a sentarnos... Hoy ha llegado el momento de que aprendáis algo muy importante.

Patrick y yo seguimos a Shicah, intrigados, hasta el centro de la sala principal. Cuando estamos sentados, comienza a hablar.

—Selene, ¿recuerdas todo lo que te conté sobre la flor de cristal que llevas en tu pecho?

—Sí, Shicah, lo recuerdo.

—¿Qué significado tiene esa flor? —pregunta Patrick a su madre curioso —Es una pieza preciosa, pero pensé que tendría una función similar a la del resto de minerales con los que haces las pulseras...

—No, hijo. Esta pieza es muy especial —dice Shicah, viendo cómo Patrick acaricia suavemente la flor que cae entre mis pechos—. Esa flor no la construyo yo, sino que procede directamente del amor del Sarcahl por su sacerdotisa. —Patrick escucha muy atento —Cuando nosotras morimos, él también se desvanece en un poderoso destello de luz, para acompañarnos hasta el Océano del Amor Puro. Sin embargo, antes de ello, llora nuestra pérdida, y deja caer su última lágrima sobre nuestro cuerpo. Esa lágrima se condensa casi inmediatamente, convirtiéndose en la flor de cristal que estás

acariciando en este momento.

La que tiene Selene, es la que cayó sobre Trashida, la antigua sacerdotisa. Yo llevo la de Zundra, la sacerdotisa que estuvo antes de Trashida y, cuando yo muera, la lágrima que el Sarcahl deje sobre mí, debe recogerla Selene para dársela a la próxima sacerdotisa, cuando alcance plenos conocimientos, tal y como ocurrió con Selene... ¿Lo recuerdas? —me pregunta la sacerdotisa.

—¡Perfectamente, Shicah!, porque coincidió con el día de mi veinte cumpleaños —le contesto con una sonrisa en la boca, porque para mí fue un día que acabó siendo muy especial. Ella me asiente con la cabeza, antes de continuar su explicación a Patrick.

—La flor de cristal se une a la sacerdotisa de una forma trascendente, que iguala la de ésta con el Sarcahl. La sacerdotisa funciona como nexo entre el Sarcahl que murió y el que está vivo, siendo portadora del pasado, el presente y el futuro de la protección de nuestra comunidad. El pasado, a través de la flor de cristal, que es el vestigio que queda del anterior Sarcahl, y el presente y el futuro, a través del Sarcahl que está vivo.

—¡Vaya!... —exclama Patrick —Tienes razón entonces al decir que esta flor es especial... Simboliza una unión muy profunda...

—Y poderosa... —responde Shicah —Porque hay algo más...

—¿Más? —pregunto extrañada a Shicah —Tú solo me contaste lo que acabas de relatar, Shicah...

—Mi niña, solo te conté lo que debías saber entonces. Pero tus circunstancias han cambiado, y no he querido contaros nada hasta estar completamente segura de que debía hacerlo, porque no quería asustaros innecesariamente... —Shicah observa nuestras expresiones de sorpresa y desasosiego. Para calmarnos, nos agarra de las manos a Patrick y a mí, y nos pide que nos agarremos también entre nosotros, formando así un triángulo de unión—. Por aquel entonces, Selene, tú no tenías un hombre que te amase con toda el alma... —Shicah suspira, como si fuese difícil lo que debe transmitirnos, y siento por el sudor de Patrick en las manos que se está poniendo tan nervioso como yo—. Cuando me entregó la flor de cristal de Zundra, Trashida también nos comunicó esto a tu padre y a mí —le dice a Patrick tratando de calmarlo—. Esto es así porque, lo que os voy a explicar sobre la flor —nos mira a los dos —os incumbe directamente.

—¿Qué es, mamá?

—Esa pequeña flor es muchísimo más poderosa de lo que parece —

empieza a contar Shicah—. Si se destruye, no solo se rompe una simple piedra preciosa —Los tres nos coordinamos inconscientemente para mirar a la vez la flor—. Si esa flor se destruye, se destruiría también el Sarcahl, en una explosión que fulminaría todos los bahbahles de la faz de la Tierra, así como toda vida que hubiese en ellos, a excepción de los humanos. —Tan pronto como Shicah dice esto, todo se remueve en mi interior, pero antes de que pueda hablar, la sacerdotisa me mira fijamente, y me pide con la mirada que espere a que ella termine su explicación—. Sin embargo, esa explosión no es una destrucción cualquiera. No sólo acabaría con toda la población de los bahbahles, íntimamente ligada al Sarcahl, sino también con todos los drijkraón que existen. A los primeros, el Sarcahl se los llevaría consigo directamente hacia el Océano del Amor. A los segundos, como no desean dirigirse hacia el Amor Puro, sino hacia la Materia Pura, el Sarcahl los dejaría encerrados en una nueva dimensión, que no pertenecería a ninguno de los tres mundos, hasta el día en que cambien de opinión, y decidan volver al Amor Puro que les permitió existir. Desde esa dimensión, los drijkraón no podrían hacer nada físicamente al resto de supervivientes. Como veis, sería un alto precio que pagar a cambio de una vida sin demonios en nuestro plano físico.

—Shicah... —digo asustada —¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? He estado llevando durante años un arma letal para todas las criaturas que me rodean.

—Tranquilízate, Selene. Como he dicho antes, no debía decírtelo porque, hasta ahora, no ha sido peligrosa.

—¿Qué quieres decir con “hasta ahora”, mamá? —pregunta nervioso Patrick.

—Esa flor no puede destruirla nada ni nadie, cariño, ni siquiera el propio Sarcahl... y mucho menos los drijkraón.

—¿Entonces?... —digo desesperada y desconcertada al mismo tiempo.

—Selene, esa flor solo puede ser destruida por el hombre que más te ame en este mundo. Solo esa persona tendrá el poder de destruir todo lo que conocemos hasta ahora, todo lo que nos rodea.

—Patrick... —susurro impresionada.

—Sí, mi niña... Solo tú, Patrick, puedes hacer desaparecer todo este mundo, todo nuestro mundo —asegura Shicah, ante la cara de estupor de su hijo, y la mía de pánico.

—¿Pero cómo, Shicah? —pregunto aterrorizada —¿Podríamos haberla

destruido por error! ¡Pasamos mucho tiempo juntos!

—No se puede destruir de cualquier manera —explica Shicah—. Aunque Patrick la golpee contra una roca, no se rompería. Fue creada por un amor intenso y puro, y sólo puede ser destruida si Patrick te la arrancase del pecho, apretándola entre sus manos con fuerza, pero sintiendo a la vez por ti ese mismo amor intenso y puro que la forjó. El mismo amor que dio lugar a este mundo tan bello... como frágil, al igual que la flor de cristal.

—Entonces no debes temer nada, mi amor —se gira Patrick hacia mí para calmarme—. Jamás destruiría la vida que conoces y que amas con todo tu ser. Tenemos además el ejemplo de mis padres, que convivieron con ello.

—Patrick, cielo, nunca se sabe lo que puede pasar —le dice su madre.

—Esto me asusta mucho —susurro.

—¡Eh, mi vida! No quiero que temas por nada, ¿de acuerdo? Con alejar esa flor de mí, especialmente cuando tú sabes —me guiña un ojo, tratando de hacerme sonreír y sentir bien de nuevo—, es suficiente. De hecho, ya te la quitas cada noche, antes de dormir, como una especie de ritual... Pues con que repitamos ese ritual en otras situaciones... —Se suelta de Shicah, y agarra mis dos manos con las suyas—. Mírame, por favor, Selene. No va a pasar nada, ¿de acuerdo?

—Patrick, Selene —llama nuestra atención Shicah—, solo quería que supierais el poder que tiene esa flor y, sobre todo, el poder que tienes tú sobre todos nosotros, hijo. Sin embargo, aunque ahora os va a costar asimilarlo, no quiero que viváis con ese miedo, ¿de acuerdo? —me mira Shicah especialmente a mí, que soy la que parece estar más preocupada, aunque es normal, sabiendo que llevo una bomba a cuestas...—. Ser sacerdotes elegidos por el Sarcahl es un honor y un privilegio, pero también una gran responsabilidad. Guardad en vuestro corazón lo que os he explicado, aunque procurando que no os entorpezca vivir vuestro día a día con normalidad. Estad orgullosos, más que temerosos. Habéis superado muchas pruebas hasta llegar aquí, así que no permitáis que el miedo os paralice. Vosotros, más que nadie, debéis ser conscientes, como sacerdotes protectores de los bahbahl, de lo frágil que puede llegar a ser la vida en este mundo en el que luchamos por salir de la Materia Pura. No tiene por qué pasar nada... Aunque sí era importante que ya lo supieseis, y más ahora, que vuestro amor está afianzado sin lugar a dudas. ¿Entendéis lo que os estoy diciendo? —Yo asiento con la cabeza.

—¡No pasará nada, mamá! —exclama decidido Patrick —Ahora, vámonos, nos queda mucho por hacer —dice mi marido, levantándose rápido, para tomar la salida hacia el exterior, y supongo que seguir con su entrenamiento.

—Shicah...

—Ve con él, Selene. Mi hijo te necesita ahora más que nunca. Aunque ha tratado de demostrar que no es nada, le conozco. Es demasiado para él, para los dos, pero sé que sois valientes y muy fuertes. Podréis con todo.

## CAPÍTULO 31

Cuando salgo, veo a Patrick bastante avanzado. Camina a paso rápido. Debo correr para alcanzarle. Parece enfadado, pero yo sé que está asustado. Es un peso muy grande el que tiene que soportar ahora sobre sus hombros, y entiendo que quiera expulsar la adrenalina luchando.

—¿Ya estáis aquí? ¡No podréis quejaros! —grita Pareon desde lejos al vernos llegar. Al alcanzar su posición, y observar nuestras caras, Pareon y Rhubih se miran entre sí extrañados.

—¡Papá, mamá, ya estáis aquí!... —viene nuestra hija a saludarnos, pero Patrick no le echa cuenta. Sólo va a por las lanzas que están sobre un pequeño tronco.

—Cariño, ven aquí —abrazo a Mishca—. Papá no te ha visto porque está muy concentrado en la lucha, pero cuando se le pase, seguro que te da un enorme beso. Quédate aquí conmigo —le digo, sentándola en mis piernas, para que observe conmigo el entrenamiento —¿Te lo has pasado bien con Valbar y Rasunk? —le pregunto dándole un beso en la mejilla.

—Sí, mamá —me contesta Mishca, recostándose en mi pecho.

—¡¡Coge tu lanza y no perdamos más tiempo!! —le grita Patrick a Pareon, lanzándole el arma a su amigo, que la atrapa al vuelo. Patrick toma posición de defensa, esperando el primer golpe. Pareon conoce bien a Patrick, y sabe que ha pasado algo, pero ellos se entienden sin palabras, así que Pareon asesta el primer golpe fuerte, que Patrick para y devuelve.

—¿Ha pasado algo? —Me pregunta Rhubih, sentándose a mi lado.

—Cuando íbamos a salir de casa, ha llegado Shicah, y nos ha explicado algo del sacerdocio... Nada que deba preocuparte, Rhubih... Es como aquellas otras veces, antes de estar con Patrick, que venía muy preocupada por alguna responsabilidad que debía asimilar.

—Sabes que soy tu mejor amiga... Puedes contar conmigo como siempre. Lo sabes.

—Sí, mi amiga... —le digo echando mi cabeza sobre su hombro por un segundo —Lo sé. Simplemente hemos recibido una lección que ha resultado

muy dura de asimilar, especialmente para Patrick.

—Estamos aquí para lo que necesitéis, Selene —me responde Rhubih preocupada.

—Sí, cielo... Con lo que estáis haciendo por nosotros es más que suficiente, con vuestra compañía, con quedaros con Mishca cuando queremos un respiro, con tus palabras de apoyo... y con Pareon soportando la necesidad de lucha que tiene ahora Patrick —sonríó viendo a los dos hombres golpear sus lanzas con fiereza—. Sin vosotros, no podríamos ser sacerdotes de esta comunidad.

—¡No digas eso, Selene! Lo sois por vuestro corazón puro, por el que os escogió el Sarcahl.

—El Sarcahl sabía que vosotros estabais aquí para apoyarnos... ¿No dejamos de ser humanos, sabes?

—¡No tienes que jurarlo, lo demostraste hace un buen rato!... —ríe recordando la situación que nos hizo “escaparnos” —¿Pudisteis hacer algo al final o no? —me pregunta curiosa, para aligerar la tensión.

—Algo más que algo... —le guiño un ojo.

—¡Pues ya está! Quedaos con eso, Selene —Adoro la positividad de mi amiga.

—Te amo, Rhubih.

—Y yo a ti, tontorrón... ¿Ya se ha dormido Mishca? —me pregunta inclinándose hacia adelante para verle la carita a mi niña —Pues sí — responde ella a su pregunta.

—Debía estar agotada.

—¡Si es que no ha parado! —me confirma Rhubih —Con lo pequeña que es, se pone a correr y pelear al nivel de mis hijos... Por cierto, los voy a llamar para que se tumben también un poco y descansen algo, que llevan toda la mañana de arriba para abajo.

Rhubih se aleja, para llamar a sus gemelos, Valbar y Rasunk, a los que les encanta trepar a los árboles y tirarse con las lianas como si fuesen columpios. Menos mal que mi pequeña, de momento, se queda en el suelo esperando a que bajen. Aunque cualquier día me la encuentro también encaramada en la copa de alguno de los frutales que nos rodean.

Pensar en mi hija, me hace pensar también en Patrick. Sé que a Mishca le ha debido doler que su padre no la salude. Él, que siempre pierde la cabeza por ella, y que cuando la ve, después de haber estado ausente, la levanta por

los aires haciéndole reír a carcajadas. Por eso sé que sólo ha tratado de hacerse el fuerte delante de su madre. Sabe que no es sólo la mujer que lo crió hasta los quince años, sino que aquí también es la sacerdotisa de todos los bahbahles de la Tierra, y ha querido estar a la altura de la responsabilidad que se le pedía.

Sin embargo, en el fondo, no es más que un hombre, necesitado de amor y comprensión, como todos, y nadie puede entenderle mejor que yo, que me he sentido en infinidad de ocasiones como él se siente ahora. Entiendo por qué su madre me ha dicho que me necesita ahora más que nunca. Ella también fue muy comprensiva conmigo cuando necesité más apoyo. El Sarcahl escoge bien.

Patrick golpea y para, sin descanso, los palazos de la lanza de Pareon. En Pareon veo el disfrute innato que tiene por la lucha; pero en Patrick, antes de cada golpe, puedo ver en sus ojos... y en su mente, el terror que le provoca la idea de perderme a mí, a Mishca, a su madre, a nuestros amigos... a su familia. Sé que lucha para ser lo suficientemente fuerte como para no tener que usar nunca el arma que llevo en mi pecho.

—Madre mía estos dos hombres... No sé de dónde sacan las fuerzas —me dice Rhubih al volver a mi lado con sus hijos cogidos de la mano—. Yo creo que ya va siendo hora de que vayan parando, y que comamos algo, ¿no crees, Selene?

—Totalmente de acuerdo, Rhubih. ¡Estoy hambrienta!

—Niños, tumbaos en esa hoja —le señala mi amiga a sus hijos una hoja gigante que está a nuestro lado—, y tratad de descansar un poco.

—Sí, mamá —le responden los gemelos al unísono, haciendo caso a su madre.

—Selene, tumba también ahí a Mishca, y descansa los brazos —me propone Rhubih.

—Tienes razón, pero ¿ya han comido los niños?

—Sí, los tres, no te preocupes...

—¡Eres un sol, Rhubih!

Cuando veo a Patrick recibir un golpe en el costado, y quedarse con sus brazos apoyados en sus rodillas, diciendo que ya no puede más, le llamo. Rhubih hace lo mismo con su marido, y los dos caminan hacia nosotras.

—¿Ya has tenido suficiente? —pregunto a Patrick dándole un beso.

—Sí... —me responde serio.

—No sé que os ha pasado, pero ha luchado mejor que nunca —nos informa

orgullosa Pareon.

—Déjales hablar, Pareon. Vamos nosotros a por algo de fruta —tira Rhubih de la mano de su marido, para alejarlo entre los frutales, y supongo que para contarle lo que yo le he explicado.

— ¿Y Mishca? —me pregunta Patrick desorientado y preocupado.

—Está ahí dormida —le señalo la hoja en la que ya duermen los tres niños —. Estaba agotada... como tú ahora... ¿Estás mejor? —Patrick me asiente con la cabeza.

—Siento mucho haber sido tan brusco con ella... ¡Mi niña! —los ojos de Patrick se encharcan de lágrimas mirando a su hija.

—No pasa nada, mi amor... —me abrazo a él.

—Es que... en cuanto salí de casa...

—No tienes que justificarte, cariño.

—Sí, necesito soltarlo... Me entró miedo, Selene. Miedo a perderte a ti, a nuestra hija, a mi madre, a Pareon y su familia, a todos los habitantes de éste y los demás bahbahles...

—Lo sé, mi amor... Pero tú mismo me lo has dicho. Eso no va a ocurrir.

—Te amo... Os amo a todos —Patrick se abraza a mí con fuerza, y cuando se ha calmado, nos acercamos a unos frutales para comer algo, no yendo hasta nuestros amigos... que parecen haber comenzado también sus “gestiones”.

## CAPÍTULO 32

### *PATRICK*

Mientras me adentro en el agua del manantial para refrescarme, observo a mi mujer jugar con nuestra Mishca y los hijos de Rhubih y Pareon. Nuestros amigos permanecen sentados el uno junto al otro, riendo al ver tan felices a sus pequeños, Valbar y Rasunk. Mishca, a pesar de llevarse cinco años con los gemelos, es tan espabilada que les sigue en todos los juegos. Pareon pone una mano en el vientre de su mujer, un vientre casi imperceptible para el resto, pero que él acaricia como si fuese su tesoro máspreciado. Y lo es, sin duda alguna, porque nos han anunciado que están esperando a su tercer hijo.

Apenas si ya puedo recordar mi vida antes de llegar aquí. No me importa nada de lo que dejé atrás. El único recuerdo que merece la pena conservar, y que jamás borraré, es el amor que mis abuelos y yo nos teníamos. Lo demás... lo demás ya no existe. Para mí, todo lo que necesitaba en mi vida lo encontré en el momento en el que crucé el portal del tiempo. Aún hoy me reprendo por no haber confiado lo suficiente en el anciano Yetzel. Aquí he encontrado los nuevos amores de mi vida, mi hija y mi mujer, además de mi madre. Por ellas, sería capaz de cualquier cosa.

—Patrick, ven a comer algo —me llama Pareon, acercándose al agua.

—¡Claro, vamos...! —le grito, nadando nuevamente hacia donde están él, las mujeres y los niños, cada uno con una fruta ya en sus manos.

—Mañana seguiremos con el entrenamiento —me dice Pareon cuando llego a su lado, andando juntos hacia la pradera donde están los demás—. Mi padre me ha dicho que podemos hacerlo un poco más al sur, en el bahbahl de otra población, para que aprendas a moverte por otro tipo de vegetación. Él ya se ha encargado de pedir permiso a su representante. Además, así verás los estilos de lucha de ese pueblo, y ellos los nuestros.

—¡Me parece genial!, yo me guío por lo que vosotros me digáis.

—Es increíble lo que has aprendido en tan poco tiempo. Para no tener ni idea de lucha, lo estás bordando —me halaga Pareon, dándome una fuerte

palmada en la espalda.

—Gracias, amigo, pero espero tardar en demostrar lo que he aprendido... De momento nos está bastando con los amuletos y el Sarcahl.

—Yo también lo espero, Patrick —susurra preocupado Pareon, poniendo la vista en nuestras familias.

—¿Qué pasa, Pareon? —le pregunto extrañado.

—Me tiene algo inquieto el hecho de que Jrunkra se mantenga tan en silencio y alejado de aquí desde que mató a Sheúla, la madre de Selene.

—¿Debemos preocuparnos, entonces? —digo alerta.

—Debemos estar atentos, Patrick. Tanto silencio... no me gusta nada.

—¿Lo has hablado con tu padre?

—Sí, y él piensa lo mismo. Sin embargo, ha preferido callar para no poner nerviosa a tu madre, ni a la comunidad.

—En ese caso, nos mantendremos alerta por lo que pueda pasar... Pero se lo voy a comentar a mi madre, para ver lo que opina ella, ¿te parece?

—Sí, será lo mejor...

—Mientras tanto, disfruta de tu mujer, de tus hijos, y del pequeño que viene en camino —le digo, cogiéndole por los hombros.

—Tienes razón... —sonríe —Estamos muy felices por la próxima llegada. Es maravilloso ser padre... —dice orgulloso, haciendo que, inevitablemente me fije en mi pequeña, y en que no sé de lo que sería capaz si alguna de esas bestias intentase hacerle algo —¡Eh, ¿estás bien, Patrick?! —me pregunta Pareon al sentir mi expresión oscura.

—Sí, tranquilo amigo, estoy bien. Estaba imaginándome cómo sería ese entrenamiento del que me has hablado —desvió el tema.

—Pues ya sabes... intenso, pero ¡divertido como siempre! —exclama con una carcajada que llena toda su fuerte mandíbula cuadrada.

—Sobre todo te diviertes cuando me das una paliza, ¿eh?... —Él se carcajea todavía más fuerte —¡Qué te gusta ganar al futuro sacerdote!... Hago lo que puedo y cuando puedo... Si entrenase tanto como tú, otro gallo cantaría, pero llevo dos tareas a la vez, y tu padre y tú no me dejáis mucho respiro, tío —río—. Si de mí dependiese, no pararía hasta machacaros... —le doy una palmada en la espalda, soltando una carcajada que secunda mi amigo.

—Lo tendremos en cuenta para el próximo entrenamiento...

—¿De qué os reís? —nos pregunta Selene al llegar hasta ellas.

—Tu marido, que dice que no le dejamos tiempo libre con los

entrenamientos, pero que si entrenase más nos daría una paliza —le contesta Pareon divertido.

—Pues mira, tiene razón... Dejadle respirar un poco que yo le necesito en casa —dice Selene, agarrando mi cintura y pegándose a mí.

—¿Acaso vais a aumentar la familia, amiga?

—Quién sabe, Rhubih... cualquier día damos otra buena noticia, ¿verdad cariño? —me pregunta besando mis labios.

—Podemos irnos ya y probamos suerte, ¿qué te parece?

—Me parece una idea estupenda, mi amor... Pero antes —coge una fruta, acercándomela a la boca—, vamos a reponer fuerzas.

—¡Pues comed rápido, que si nos vamos a quedar con la pequeña no estáis para perder tiempo! —exclama Rhubih riendo.

—Mujer, déjalos que se van a atragantar con las prisas, y luego lo otro necesita su tiempo —ríe Pareon casi escupiendo la fruta que tiene en la boca.

—Pareon, no pueden perder ni un minuto... Si hay suerte, su bebé podrá jugar con la nuestra —replica Rhubih, mirándonos de forma incisiva.

—¿Cómo sabes que será niña? —le pregunta Selene divertida.

—No lo sé, la verdad... ¡Ay, amiga, dímelo tú, que eres la que lee el pensamiento, por favor!... —le suplica. Selene sonrío moviendo la cabeza de un lado a otro. Sin embargo, poco a poco va perdiendo dicha sonrisa. Intenta disimular comiendo de la fruta que tiene en la mano, pero la conozco demasiado bien como para saber que algo le preocupa.

—Bueno, pareja, nosotros nos vamos que tenemos cosas que hacer, ¿verdad cielo? —digo, al ver el cambio de humor de mi mujer. Necesito hablar a solas con ella.

—Sí, iros, iros... —me guiña un ojo Pareon —Aprovechad que ahora Mishca está quedándose dormida. —Miro a mi hija, que se ha recostado en la hierva junto a los hijos de nuestros amigos, y los tres están empezando a caer rendidos después de tanto juego. Son tres niños sanos y fuertes.

—¡No tardamos nada! —le digo riendo.

Después de despedirnos momentáneamente, nos dirigimos a la flor azul claro preferida de Selene. Cuando la flor se cierra, no tardo en tratar de saber qué está pasando.

—Cariño...

—Dime —contesta sobresaltada—. Perdona, estaba distraída...

—A eso me refiero. A lo mejor ellos no lo han notado, pero yo te conozco

demasiado bien... ¿Vas a contarme lo que te pasa? —me siento en el pétalo, tirando de Selene para ponerla sobre mis piernas.

—No me pasa nada, mi amor, solo estoy algo cansada... —miente, y lo sé.

—Me estás mintiendo, Selene. Llevas todo el camino hasta aquí en silencio y eso no es propio en ti... ¿Es algo relacionado con el hecho de que todavía no te has vuelto a quedar embarazada? —le pregunto, con miedo a que se esté agobiando por ello.

—No, Patrick, no es eso... Sé que el momento llegará tarde o temprano, lo siento aquí... —dice, tocándose la zona de su corazón.

—¿Entonces?...

—Es por Rhubih.

—¿Qué pasa con ella? Me di cuenta de que te quedaste muy callada tras su comentario sobre su próxima maternidad.

—Ella sabe que puedo leer el pensamiento o que soy algo así como una especie de médium que puedo saber lo que va a pasar... Y aunque no lo controlo plenamente, a veces es así... Desde pequeña, hay veces que digo algo sin pensar, y después resulta ser cierto. Pero siempre le he dicho a ella que es pura casualidad... Sin embargo, Rhubih siempre decía que yo tenía el don de saber lo que ella haría en cada momento... La cuestión es que... fuese por casualidad o no, siempre acertaba.

—Bueno, supongo que eso no es malo, ¿no? Así es como me atrajiste hasta ti, porque me viste en tus sueños... No tienes que preocuparte por acertar determinadas situaciones o pensamientos —intento consolarla.

—No es malo, pero... —agacha su mirada, frotando sus piernas de forma nerviosa —Cuando Rhubih ha dicho que su bebé será niña... No he podido verla con ella en sus brazos, como cuando la vi con sus gemelos el día que me dijo que estaba embarazada. Sé que es una tontería, pero me ha preocupado ese hecho...

—Selene, hay embarazos que no llegan a término. Las mujeres sufren abortos naturales casi a diario, al menos en mi tiempo... No creo que aquí sea diferente, ¿me equivoco?

—Bueno... aquí alguna vez ha pasado...

—¿Ves? No te preocupes más, cariño. Será lo que tenga que ser... Si sucede, será un disgusto para Rhubih y Pareon, pero eso no significa que no vayan a tener más hijos.

—Es verdad... ¡Ay, Patrick! No me hagas caso...

—Ven aquí, preciosa —le digo, tumbándola sobre el pétalo —Deja tu mente en blanco, que yo haré el resto —comienzo a acariciarla despacio—. Voy a relajarte y hacer que olvides todas tus preocupaciones —le aseguro, tumbándome sobre ella —¿Le buscamos un hermanito a Mishca? —Selene sonrío —¡Me encanta tu sonrisa!

—Te amo tanto... —dice emocionada, acariciando mi pelo como ella sabe que tanto me gusta.

—No más que yo a ti, mi vida.

## CAPÍTULO 33

El entrenamiento de hoy está siendo especialmente duro. Estoy practicando la lucha sobre salamandra gigante, que no he parado de postergar hasta estos últimos meses, porque es un animal que se me resiste. Samir y Pareon dicen que es mejor para desplazarse por entre la maleza del bahbahl, un lugar de muy difícil acceso para los colibríes gigantes, y por la que pueden llegar a reptar y ocultarse los drijkraón.

Tampoco ayuda que Samir me ha dejado su salamandra, Zema, porque el animal no está acostumbrado a mí ni yo a él, y esa falta de compenetración implica que ambos estemos haciendo un sobre esfuerzo. Me dicen que podré criar mi propia montura cuando domine esta lucha.

Por todo ello, el cansancio y desgaste que acumulo de estos días está haciendo mella en mí. Sin embargo, aunque por un lado necesito parar, por otro no estoy tranquilo sabiendo que me queda tanto por aprender.

—¡Te noto fatigado, Patrick! —me dice Pareon.

—¡No, puedo seguir!

—¡¡Parad, chicos!! —grita Samir, el padre de Pareon, advirtiéndolo mismo que su hijo —Vamos a hacer un descanso. No vale la pena que sigas insistiendo chico —me dice—. No es bueno para ti ni para Zema. Cuando uno está así, lo mejor es tomarse unos días y poner la cabeza en blanco, para darle tiempo a procesar todo lo aprendido.

—Tienes razón, Samir —me rindo—. Haré caso de tu experiencia. —Él asiente con la cabeza.

No suelo llevarle la contraria a Samir, y en este caso aún menos, porque, aunque me he negado en varias ocasiones, no creo que hubiese podido seguir mucho más. Además, veo lógico que el hombre también debe estar mirando por la salud de su montura, de la que, en un momento dado, puede depender su vida.

—Es normal que estés agotado, Patrick —me dice el padre de mi amigo, palmeando mi hombro—. Estoy muy orgulloso del trabajo que estás haciendo. No hay mejor hombre que tú para ser la mano derecha de Pareon. Formáis un

gran equipo.

—Gracias, Samir. Esas palabras, viniendo de ti, significan mucho para mí. No creí ser capaz de hacer lo que vosotros hacéis y, gracias a Pareon y a ti, todo está siendo muy fácil.

—Tienes mucho potencial, amigo —me guiña Pareon, al desmontar su salamandra, la cual corre a beber y alimentarse con la de Samir. Después, Pareon se aleja con su padre hasta donde está su mujer, para ayudarle a bajar a sus hijos de unos árboles en los que se han subido.

Bebo un poco de agua y me giro en busca de las melodiosas risas que llegan a mis oídos. Mi niña está riendo con su abuela y su madre, sentadas en el tallo de una larga enredadera de fresas gigantes que crece cerca de nuestra casa. Viéndolas a las tres, un nudo de felicidad se me atasca en la garganta. Ni en mis mejores sueños imaginé tener a tres mujeres tan maravillosas juntas en mi vida.

Mishca agita su brazo para que la vea. Sonriendo, yo le devuelvo el saludo con la mano, y mi niña me lanza un beso que puedo notar a través del aire. Después, feliz al ver que recojo lo que me ha lanzado con su pequeña manita, sigue jugando con su madre.

Cuando inicio el camino hacia mis mujeres, algo me sorprende. De pronto, mis amuletos empiezan a vibrar sin cesar. Miro extrañado mis tobillos y mis muñecas, comprobando que también brillan.

Asustado y alerta, miro los amuletos de todos los presentes, y también han comenzado a vibrar y brillar. El ruido se va extendiendo por toda la avenida, al comenzar a sonar las pulseras de todas las personas que hay en ella, hasta volverse ensordecedor.

Instintivamente, Samir, Pareon y yo nos miramos, levantando nuestras armas en posición de guardia, y atentos a todas las direcciones.

Desesperado, busco la mirada de Selene, que coge en brazos a nuestra hija y la abraza fuertemente contra ella. No están lejos, y corro hacia ellas, mientras oigo a mi madre gritar dando órdenes a todo el mundo.

—¡¡Rápido!! ¡¡Meted a los niños en casa!! ¡¡Toooooos adentroooooo!!

—¡¡Patrick!! —me grita nerviosa Selene cuando llego a su lado.

—¡Papi, papi! ¡¿Vienen los drijkraon?! —grita también mi niña asustada.

—¡No te preocupes, cariño! ¡Corre a casa con mami, ¿de acuerdo?! No pasa nada, mi vida... Papi lo arregla... —le digo, dándole un beso en su mejilla.

—¡Patrick...!

—Cálmate, Selene —digo, abrazando a mi mujer sin dejar de mirar a todos lados, cuando veo que Pareon tiene dificultad para bajar a uno de sus hijos que, seguramente por los nervios, a acabado con un pie atrapado entre dos ramas gruesas. Rhubih grita y llora nerviosa, con su otro hijo en brazos. No están cerca de ninguna casa. Finalmente veo que Pareon comienza a trepar al árbol para liberar a su hijo, con Samir apuntando con su arma en todas direcciones. Todo parece transcurrir más despacio de lo que quisiera. Selene está viendo la dramática escena igual que yo. La miro fijamente a los ojos, y le digo desesperado.

—¡¡Entrad vosotras en casa!!

—Patrick, por favor... —me suplica Selene, con el miedo reflejado en su mirada.

—Cariño, me he estado preparando estos últimos años por si algo así sucedía. Vienen a matar, y nosotros mataremos —digo decidido. Vuelvo a mirar a mi amigo, que sigue tirando con fuerza del pie del niño, el cual grita desesperado, al igual que su madre. Me vuelvo a dirigir a Selene—: Ellos están demasiado lejos de cualquier casa, y no les va a dar tiempo a entrar en ninguna antes de que lleguen... —Selene se queda dubitativa, pero comprende la situación. Finalmente me asiente con la cabeza —¡Voy a ayudarles! —le digo iniciando la carrera hacia la posición de nuestros amigos.

—¡¡Ten mucho cuidado, Patrick!! —me suplica Selene, tras lo que corre con Mishca en brazos al interior de la casa.

Me encuentro a mi madre por el camino, corriendo también hacia la casa. Había ido a ayudar a Telina a entrar en su casa. Al ver que me alejo, me mira con la cara desencajada, sabiendo que voy a ayudar a nuestros amigos.

—¡¡¡Hijo!!!

—¡¿Dónde está el Sarcahl, mamá?! —le pregunto desesperado.

—¡Demasiado lejos! Subió al Sol para limpiarse... Le he llamado. Sé que vendrá tan rápido como pueda, pero no estará aquí de inmediato... ¡Voy a sacar una maza que preparé con piedras que repelen a los drijkraón!

—¡¡¡No, mamá, entra dentro y no salgas!! Sin el Sarcahl no puedes hacer nada... No tengo miedo. Lucharé con mi propia vida, si es necesario.

—¡¡Ten cuidado, hijo!! —me grita mi madre con lágrimas en los ojos—. Ojalá nunca hubieses tenido que pasar por lo que está a punto de suceder, pero esos malditos demonios se están acercando...

No vuelvo a iniciar la carrera hasta que veo a mi madre entrar en la casa. El sonido de los amuletos es cada vez más intenso. Corro entonces todo lo que puedo hasta la posición de Pareon, que parece haber liberado, por fin, a su hijo. Se lo echa a los hombros, y pega un salto desde lo alto del árbol, dejándolo junto a su madre, que lo abraza y revisa desesperada.

Justo cuando llego hasta ellos, comprobamos que ya es tarde para correr a ninguna casa. Frente a nosotros vemos aparecer al primero de esos seres. La criatura más terrorífica y repugnante que haya podido imaginar en mi vida.

Comienza a acercarse despacio, aunque no más allá de donde le permite la vibración de nuestros amuletos. Se para como si una barrera invisible le frenara, aunque sin dejar de mirarnos desafiante, sacando repetidamente su lengua bífida de serpiente, como si nos estuviese oliendo.

Samir toca el cuerno que lleva colgado del cuello, a modo de llamada. Al momento, aparecen, desde todas partes, más guerreros montados en sus animales. Con una coreografía ya ensayada desde hace años, se van repartiendo para proteger al resto de habitantes de nuestra comunidad que, como la familia de Pareon, han quedado rezagados.

—¡Patrick, ¿estás preparado?! —me dice Pareon, poniéndose en guardia.

—¡Sí, amigo, lo estoy! —exclamo, imitando su gesto.

—No dejéis de mirar por todas partes —nos aconseja Samir—, porque vendrán más engendros como éste, y no se sabe por dónde entrarán... —nos advierte, escupiendo en sus manos antes de coger su lanza, y bufar como un toro entre los espesos pelos de su poblada barba.

Instintivamente, los tres nos colocamos formando un círculo alrededor de Rhubih y los niños, cuando, como ha vaticinado el anciano, empiezan a aparecer más de esos seres repugnantes.

—¿Por qué no cogemos las salamandras? —pregunto a Semir.

—Están demasiado lejos, chico, y ya tenemos demasiados drijkraón entre nosotros y ellas. O moriríamos nosotros, o ellas, tratando de reencontrarnos... Lo mejor es repeler a estas bestias, matando el máximo número que podamos hasta que llegue el Sarcahl... —Dada esta explicación, dejo de pensar en alternativas, y entro en modo defensa, atento a cualquier movimiento de ataque de los engendros que ya nos rodean.

Paulatinamente, han ido aumentando su número, y ya son un ejército completo, que se va expandiendo delante de los nuestros, desafiándonos a todos y cada uno de nosotros... Lo único que me extraña es que permanezcan

en tensión contenida, y que aún no hayan iniciado ningún ataque. No sé a qué esperan...

De pronto, haciendo que todos los drijkraón que tenemos enfrente se aparten para dejarle paso, llega el más grande y asqueroso de todos ellos. Debe ser el maldito Jrumkra.

—Vaya, vaya, vaya... Mirad a quién tenemos aquí... Mi querido nieto ha venido a verme... —dice Jrumkra, dirigiéndose a mí con una sonrisa tan repugnante como él, llena de dientes afilados. Todos los drijkraón comienzan a reír. No creía a estas criaturas capaces de eso, ni mucho menos de hablar. Sin embargo, compruebo que no mueven sus bocas de dragón, por lo que seguramente estoy escuchando lo que piensan, probablemente por la sangre de drijkraón que llevo de mi padre... ¿Será por eso mismo por lo que me ha reconocido? ¡Me parece increíble que yo pueda ser nieto de esta bestia inmunda que tengo en frente! Sin embargo, como sé que eso no tiene relevancia alguna para este monstruo, levanto mi arma y tensión de ataque, atento ante cualquier imprevisto.

—¡Yo no soy nada tuyo, maldito demonio! —exclamo, viendo que Jrumkra parece sonreír escuchando lo que yo estaba pensando. Para no romper el círculo que formo con Pareon y Samir, trato de contener toda la rabia que fluye en mi interior. Rabia por el asesinato de mi padre y la madre de mi mujer a manos de este monstruo, por el dolor de mi madre, y por llevar la sangre de semejante engendro...

—¡Oh, qué pena! El futuro sacerdote no quiere llevar la sangre de su abuelo... —responde Jrumkra a mi pensamiento —¡Ay, Patrick! ¿Qué hago contigo? No te has portado muy bien con tu abuelo, ¿eh? Yo que venía a darte la enhorabuena por tu próxima proclamación —dice en mi mente cínicamente.

—¡¡Lárgate de aquí, Jrumkra!! —le grita Pareon —¡¡Esta vez estamos preparados para presentar batalla, bestia bastarda!!

—¡Cállate, imbécil! —Veo a Jrumkra responder con su voz oscura y cavernosa a Pareon, con lo que compruebo que también sabe gesticular el idioma bahbahlita —¿Acaso me ves empuñando algún arma? —pregunta sarcástico, acariciándose su larga cola —O aún mejor, ¿me ves escondido en alguna salamandra? —sonríe relamiéndose con su lengua de reptil, mirando demoníacamente a todos los suyos, que le secundan en su gesto.

—¡Acércate a alguno de nosotros, y juro que será lo último que hagas! —le advierto, dando un paso hacia él, provocando que se aparte por el influjo de

los cristales. Los drijkraón que tiene cerca tratan de abalanzarse en un gesto servil, pero él los frena.

—Tranquilos, tranquilos, amigos míos... dejad que mi nieto se exprese... —vuelve a hablarme en mi cabeza —Me gusta ver que eres un valiente como tu abuelo —se carcajea—. No como el cobarde de tu padre —dice con desprecio—. Además, debieras estar agradecido de que yo le di a tu madre lo que quería, un marido, y un hijo, ¡qué bonito! Ja, ja, ja, ja, ja ¿Verdad que sí? ... —pregunta a su alrededor —Pero claro... —se vuelve a dirigir a mí —el que da, puede quitar. Yo le di mi hijo a tu madre, pero también se lo quité —mira a los suyos, que comienzan a reír a carcajadas, y a relamerse de nuevo con fruición —¡Qué pena cuando escuché que tu madre le amaba muchísimo!... y ahora le echa de menos, ¿verdad?

—¡¡Maldito hijo de puta!! —Intento alcanzarle con mi lanza, pero él esquiva la estocada.

—Si tú supieras... —Todos los demonios vuelven a reír.

—¡¡Cállate!! —le grito irritado, al escuchar el sollozo de los niños. Doy un paso hacia adelante y pego mi lanza a ese demonio todo lo que puedo, mientras él hace un exagerado ademán de susto.

—¡¡¿Qué quieres Jrumkra?!! —le grita Pareon —Si no vienes a matar, ¿qué buscas en nuestra comunidad?!

—¿Sabes qué, Pareon? Solo venía a conocer a mi nieto en persona, para darle mi más sincera enhorabuena, por haber conseguido lo que yo aún no he sido capaz de lograr, montar en el maldito Sarcahl... Quería comprobar también si era un humanucho como su padre, que ya veo que sí... Pero no lo olvides, muchacho —dice dirigiéndose a mí—, llevas mi sangre, y eso significa que una parte de mí monta en ese animal, sin contar con que esa misma parte de mí se folla también a tu mujer... ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

—¡Y no olvide a su madre, jefe! —le grita un demonio.

—Sí, también... mi sangre también entró en ella gracias a mi endeblucho hijo —se mira las garras, con las que después frota sus genitales —¡Si supieses lo que disfrutó tu abuela antes de que la decapitara!... —Todos los demonios vuelven a reír y a sacar sus lenguas bífidas.

—¡¡¡Calla de una vez, bestia inmundaaa!!! ¡¡¡Te voy a matar!!! —Sin pensarlo más, me abalanzo contra él, tratando de clavarle mi lanza. Otros demonios empiezan a atacar a mis espaldas, y veo de reojo las lanzas de Pareon y Samir moviéndose frenéticamente. Jrumkra esquiva mis golpes y trata

de clavarme su cola y golpearme con sus alas, que yo esquivo o bloqueo con mi lanza, hasta que todos oímos un fuerte alarido.

—¡¡¡¡Aaaaaaahhhh!!!!

—¡Mira, así gritaba también tu abuela cuando la violaba! —Ríe Jrumkra —Le gustaba mucho... —me dice lascivo, sacando su lengua y esquivando otra de mis estocadas.

—¡¡Paaatriiick!! ¡¡Paaatriiick!! —me gritan sin cesar, pero no logro saber quién lo hace. Mis oídos están taponados por la rabia y el odio, y sólo pienso en ensartar al demonio que tengo frente a mí. Noto cómo Samir y Pareon tiran de mí hacia atrás, para que volvamos a cerrar el círculo.

—No tenéis la atención donde debéis... —nos dice Jrumkra condescendiente e impasible, apartándose tranquilo al igual que sus esbirros, que ríen de forma espeluznante. Pareon y yo nos giramos automáticamente para ver quién ha emitido ese grito de dolor. Cuando veo de quién se trata, mi corazón se paraliza. Pareon entonces se abalanza para coger el cuerpo ensangrentado de su mujer embarazada, que aún sujeta a sus hijos, quienes lloran con sus caras pegadas a ella, para no ver nada.

—¡¡¡¡Noooooooooooooooooooo, Rhubiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiih!!!! —Samir y yo agitamos nuestras lanzas para que ningún otro demonio se acerque, y vemos tirado en el suelo al que ha osado penetrar la protección de los amuletos, que está dando convulsiones, con la cola calcinada por la energía de los cristales.

—Yo ya he movido ficha —ríe Jrumkra, mirando fijamente a mi amigo, roto de dolor—, ahora os toca a vosotros. —Los drijkraón aprovechan ese momento de revuelo, desconcierto y angustia, para abandonar la comunidad volando, además de porque ya se escuchan los graznidos del Sarcahl. Entonces, Samir hunde su lanza en el demonio que ha asesinado a su nuera, dejándolo definitivamente inerte.

—¡¡Nooo, nooo, nooo!! ¡¡Cariño, háblame, háblame!! —grita Pareon desesperado, cogiendo el cuerpo de su mujer, que se va apagando lentamente, bañándole con su sangre.

—¡¡Mamá, mamá, mamá!! —gritan los gemelos llorando, al ver la macabra escena que uno de los dijkraon ha creado. Samir los aparta, y hunde las cabezas de sus nietos en sus costados, tal y como los tuviese su madre.

Rhubih termina por fallecer en los brazos de su marido. Mi madre sale al escuchar más cerca al Sarcahl... Pero ya es tarde. Corre hasta nosotros y, al ver lo ocurrido, hace un gesto a Samir, quien le entrega a los pequeños para

meterlos dentro de casa, y que no sigan viendo una imagen tan dantesca.

Al poco de entrar mi madre en casa, sale Selene corriendo. Yo abrazo a mi mujer que, al ver a su amiga, no puede ni hablar. Lo único que hace es llorar, gritar, golpear mi pecho de impotencia, dolor y desesperación. Yo lloro con ella. Rhubih ya era parte de mí también, al igual que su marido y sus hijos.

Puedo sentir la desolación de mi amigo, que sigue abrazado al cuerpo de su mujer, sin importarle lo que suceda a su alrededor. Samir intenta separarlo de ella sin éxito. Pareon llora con su cara enterrada en el cuello de Rhubih, sin parar de decirle cuánto la ama, lo preciosa que es, lo que le hace reír... Selene, poco a poco, va perdiendo las fuerzas, hasta desmayarse en mis brazos. Me la llevo en volandas al interior de nuestra casa, donde mi madre llora con mi niña y los hijos de Pareon en sus brazos.

—¡Patrick!

—Se ha desmayado, mamá —le digo, con la voz tomada, mientras la recuesto en el pétalo de nuestra habitación.

—Dios mío, Rhubih... —solloza mi madre, acariciando el pelo de sus hijos. Telina acude al enterarse de lo ocurrido, y mi madre le pide que se quede con los niños. Ambos salimos de nuevo al encuentro de Pareon.

Al ver llegar a mi madre, Pareon le grita:

—¡¡¡Esto no va a quedar así, Shicah!!! ¡Debemos reunir a los ejércitos de todos los bahbahl y contraatacar! ¡Debemos acabar con ellos de una vez por todas! ¡El Sarcahl puede hacerlo!

—¡Mi hijo tiene razón, Shicah! —le secunda Samir —No debe haber más huérfanos a manos de los drijkraón. La misma Selene, que acogiste como tu hija, lo es por culpa de ellos. Tal vez el Sarcahl la escogió para iniciar esta guerra. ¡Tu propio hijo es sacerdote y guerrero! ¡Eso es una señal!

—Pareon y Samir, estáis hablando desde el dolor, y lo entiendo —les responde mi madre haciendo un ejercicio de contención—. Todos queríamos a Rhubih y todos ayudaremos para que sus hijos superen poco a poco su pérdida... Pero os confundís con el Sarcahl. Su espíritu no es el de la destrucción, sino el de la creación y la defensa de la vida. No tenéis ni idea. El Sarcahl puede recibir nuestros consejos, pero no es una salamandra o un colibrí que va donde le ordenáis. Él es un espíritu libre, que va donde desea, y nunca deseará una guerra como proponéis, porque son una fuente de odio y destrucción. Además, si os fueseis todos los guerreros, ¿quién defendería los bahbahl? El Sarcahl y yo no daríamos a basto.

—Está bien... —masculla Samir —Si tú no lo deseas, nosotros reuniremos a los ejércitos. Sé que todos los representantes estamos deseando acabar con esto de una vez por todas... Tú haz con el Sarcahl lo que quieras.

—No lo entiendes, Samir, la guerra sólo trae guerra.

—¡La trae para los que pierden, no para los que la ganan! Si acabamos con ellos, ya no habrá más guerras.

—¡¡Si acabáis con ellos, la Materia Pura atraerá a otros seres a su polaridad!!... —Trata de explicar mi madre desesperada.

—¡Pero eso no ha ocurrido aún, y el problema ahora son los drijkraón! —grita Samir —¿Quiénes, si no, han estado aquí y han dejado viudo a mi hijo, huérfanos a mis nietos, y sin vida a mi hermosa nuera y su próximo hijo? ¿Un mal del futuro que aún no tenemos? ¡No! Los drijkraón, seres de carne y hueso como nosotros, como el que ahora yace aquí a tu lado, y que ha caído como caemos nosotros. ¡No son inmortales, ni más que nosotros!

—No estoy diciendo eso Samir... —responde mi madre angustiada —¿No has pensado que todo esto puede ser una trampa?

—Trampa o no, vengaré la muerte de Rhubih.

—¡Rhubih no se merecía morir así! —responde mi madre con pesar — Pero, si vais a la guerra con los drijkraón... ¿cuántas pérdidas más tendrá que soportar nuestra comunidad?

—¡¡Las que sean necesarias!! —grita desesperado Pareon, sin soltar a su mujer de sus brazos —¡¡Mejor morir luchando, que vivir con miedo!!

—¡Ya es suficiente! Me estáis partiendo el alma... —se queja mi madre.

—¡Porque ya la tenemos rota! —exclama Pareon.

—Esos demonios os han llenado de sus energías oscuras... —trata de razonar mi madre con Pareon y Samir —¿No os dais cuenta de que han querido darnos donde más nos duele, para comenzar una guerra? ¿No os habéis dado cuenta de que deben llenar sus despensas de carne rica en minerales de los habitantes del bahbahl, por todo el tiempo que llevan sin poder cazar aquí arriba, debido a los amuletos? ¿No veis que Jrumkra os ha estado entreteniendo con un discurso absurdo, mientras uno de los suyos ha provocado lo que ya debían tener planeado? Sabían lo que amábamos a Rhubih, y sabían que matándola, la guerra estaba asegurada, porque Pareon no se quedaría de brazos cruzados siendo el mejor guerrero...

—Mamá, pero hay algo que se te escapa... —intervengo yo—. Si Jrumkra lo ha hecho una vez, lo hará más veces. Tú lo has dicho, deben estar

desesperados, y por eso han venido tantos a la vez. Se notaba el miedo en sus caras, pero también el hambre voraz y la desesperación. Si no atacamos ahora, tal vez la cosa empeore. Hoy ha sido Rhubih, pero mañana puede ser cualquiera de nosotros... Va a morir mucha gente a partir de este día, mamá, porque ahora es cuando esto se ha puesto realmente feo, y el Sarcahl no puede estar en todos los bahbahles al mismo tiempo. Podían haberse llevado cualquier otra presa, como hacían antes, pero se han ido sin nada, porque ahora quieren a los humanos, que son sus verdaderos rivales. No quieren sólo comida, quieren el poder. Lo he visto en los ojos de Jrumkra cuando me hablaba del Sarcahl.

—¡No! ¡No lo voy a permitir! —exclama desesperada mi madre, viendo que me sumo a Pareon y Samir —¡Esa no es la solución!... Podemos centrar nuestros esfuerzos en mejorar nuestras defensas...

—¿De qué han servido hoy las pulseras, Shicah?! —pregunta Pareon lleno de dolor.

—¡No vayas por ahí, Pareon! —le responde molesta mi madre —De no haber sido por ellas, hubiesen cogido desprevenido a todo el pueblo y, sin embargo, una gran mayoría pudo resguardarse. La muerte de nuestra querida Rhubih es dolorosa para todos, pero eso sólo debe servir para que mejoremos donde hemos fallado...

—¡Y eso vamos a hacer, Shicah! —le corta Samir —Eres nuestra sacerdotisa, y tu misión es velar por la vida. De acuerdo, pero nosotros somos guerreros, y vamos a ir a la guerra. Ya no te estamos pidiendo permiso. Te estamos informando. Patrick, ¿tú estás con nosotros? —miro por un momento a mi madre, y pienso en todo lo que ha dicho. Sin embargo, cuando veo a mi amigo con su mujer asesinada en sus brazos, no puedo dejar de imaginar cómo me sentiría si fuese yo el que estuviese en esa situación. Entiendo que mi madre, como sacerdotisa principal, debe ver el conjunto, pero yo no soy como ella, y no puedo dejar de fijarme en lo más cercano. Soy muy feliz, pero ¿de qué sirve esa felicidad si te la pueden arrebatarse con tanta impunidad?

—Lo siento, mamá, pero estoy de acuerdo con lo que ha dicho Pareon... Mejor morir luchando, que vivir con miedo —respondo, haciendo que mi madre me mire con una mezcla de dolor y decepción.

—Muy bien —habla mi madre—. No esperéis que acuda con el Sarcahl a vuestra guerra, porque me vais a poner la defensa de los bahbahl muy difícil. Convocaré a todos los representantes para confirmar su decisión, y para

pedirles que, al menos, dejen una guarnición en cada comunidad —informa mi madre.

—Lo veo justo —añade Samir.

—Esa justicia de la que hablas, viejo Samir, no va a devolver la vida a Rhubih —sentencia mi madre enfadada, antes de darse la vuelta y dirigirse hacia el Sarcahl, que ya ha llegado a nuestro bahbahl. Desde lejos, nos grita —: ¡Decid a las madres que preparen a Rhubih! Cuando vuelva, le daremos sepultura como se merece, y ¡tirad esa bestia inmunda fuera del bahbahl! — dice señalando al drijkraón que yace en el suelo.

Al cabo de unos pocos minutos, veo al enorme Sarcahl elevarse nuevamente en el cielo. No puedo evitar pensar en mi madre cuando lo veo, sabiendo que va en él. Sé que no voy a hacer lo que le agrada, como también sé que el dolor que me ha expresado con sus ojos no era el de una sacerdotisa, sino el de una madre que no quiere que le pase nada a su hijo. Sin embargo, sé que ahora estoy respondiendo a fuerzas mayores, contra las que no podemos hacer nada, la del Amor, por todos mis seres queridos, incluida ella, y la del Destino.

## CAPÍTULO 34

Una mariposa gigantesca, la mayor de todo el bahbahl, de enormes alas azul eléctrico, violeta y negras, lleva por los aires, delicadamente sujeto entre sus patas, el cuerpo inerte de Rhubih. Sobre ella montan ocho madres cercanas a Rhubih. Entre ellas están Selene y mi madre, así como su abuela y cinco de sus tías. Su madre falleció cuando la dio a luz.

Selene me explicó que, igual que son las madres las que nos traen de la Materia Pura a La Vida, son ellas las que deben acompañarnos desde La Vida hacia el Océano del Amor, porque en sus genes y energía está escrito el ser puente de paso.

La mariposa vuela en dirección al gran manantial del centro del bahbahl, que todo lo limpia y purifica. Le sigue una larga procesión de otros insectos voladores y aves, sobre los que montan humanos venidos de todo el bahbahl. Como mínimo, un representante de cada familia.

Al llegar al manantial, la mariposa deposita el cuerpo de Rhubih en la orilla del agua, y las ocho mujeres se bajan a su lado. Una de ellas lleva una vasija de barro, y la otra, una gran cesta de pasto con flores.

Desde el cielo, baja despacio el Sarcahl, que se queda flotando estático a escasos metros del agua. Con su llegada, el manantial se despeja, y todas las criaturas se sitúan en la orilla, que es lo mismo que hace la procesión que iba tras la gran mariposa.

Las ocho madres comienzan a lavar el cuerpo de Rhubih en el agua, para después depositarlo sobre una balsa de troncos. Allí, introduciendo sus manos en la vasija de barro, van impregnándose con una miel perfumada, cuyo olor a flores llena todo el lugar. La extienden por el cuerpo de nuestra amiga. Pareon, Samir, sus hijos, y el resto de su familia y amigos, rodeamos la escena, observando de pie, y en silencio. El llanto es contenido. Sólo hay un profundo pesar y respeto.

Cuando han terminado con la miel, las madres se enjuagan, y van sacando de la cesta miles de pequeñas florecillas con el centro amarillo y grandes pétalos blancos, que depositan en el cuerpo de Rhubih con cuidado, hasta que

queda completamente cubierto.

Posteriormente, sacan de la cesta ocho coronas hechas con las mismas flores, que cada una de las mujeres se coloca en la cabeza. Entonces, las ocho madres levantan la balsa, cuatro a cada lado, y llevan el cuerpo de Rhubih en volandas hacia el interior del manantial.

En el momento en que el agua les cubre por encima de la cintura, dejan la balsa flotando, y la empujan hacia el Sarcahl.

El ave agacha su pico con la delicadeza con la que siempre se mueve entre las demás criaturas del bahbahl, y detiene la balsa.

De pronto, la punta de su pico comienza a brillar, desprendiendo un destello que nos deslumbra a todos. Toca la balsa con él, y se prende en llamas. Antes de que nos demos cuenta, toda la balsa, y el cuerpo que soporta, bajo una luz cegadora, quedan reducidos a cenizas, que, extrañamente, no tardan en caer hacia el fondo del manantial, donde, poco a poco, éstas desaparecen, absorbidas por el bahbahl. Entonces, no puedo evitar pensar en lo que me dijo Kora antes de llegar a este tiempo, cuando me aseguró que, en su monte sagrado, estaba la energía de sus ancestros.

## CAPÍTULO 35

El día de la gran guerra con los drijkraón ha llegado. Shicah ya ha hablado con los representantes de los distintos bahbahles, y todos están dispuestos a luchar en los diferentes frentes de la Tierra. Pocos son los hombres que quedarán para proteger a los que queden a resguardo en sus casas, pues predomina más el deseo generalizado de una tranquilidad duradera, tal y como aseguró Samir a mi madre.

Unos hombres montan en sus salamandras gigantes, y otros en sus colibríes. Cada uno porta el arma que mejor domina. Unos arcos, otros lanzas, y otros espadas, reforzadas con espolones venenosos de colibrí. Todos, sin excepción, llevamos una daga hecha de esas mismas garras mortales para los drijkraón, atada con un cuerda en nuestros antebrazos, como último reducto de defensa.

Pareon, con su padre a su lado, comanda a los que van por tierra, y yo, por decisión de la facción aérea, a los que montan en colibrí. Será un honor y un orgullo. No piensa así mi madre, que marchó temprano a montar en el Sarcahl, para vigilarlo todo desde las alturas. A Selene la dejé llorando, pero convencida de que es lo que debemos hacer, más aún cuando ve la cara de los hijos de su mejor amiga.

Miles de hombres, montados en nuestras criaturas, y con extraordinarias dosis de valor y fortaleza, física y mental, descendemos hasta la base de nuestro bahbahl, y avanzamos por la extensa planicie, en dirección a la madriguera de los drijkraón de nuestro territorio.

El resto de ejércitos harán lo mismo en sus respectivas zonas, comandados también por sus representantes del bahbahl y sus mejores guerreros. Todos espoleados porque han perdido a algún ser querido a manos de estos demonios.

Cuando llegamos hasta la boca de la caverna, de la que sale el más fétido olor a azufre, todos paramos nuestro avance.

—¡¡¡Jrumkra!!! —llamo a mi mayor oponente a voz en grito.

Despacio, esa bestia de siete metros de alto, sale de su escondrijo,

agitando su cola de un lado a otro. Tan pronto como le da la luz del sol, despliega sus alas en toda su envergadura, para tratar de intimidarnos con su tamaño. Nos mira desafiante con sus ojos amarillos de reptil.

—¡Qué bien que mi nieto ha acudido a mi llamada! —me grita con ironía —Y yo, como buen anfitrión, le he preparado un recibimiento como se merece... —dicho esto, suelta un horripilante alarido abriendo ampliamente sus fauces, haciendo que todos nos pongamos en guardia.

De pronto, comienzan a salir bruscamente del suelo, bajo el que estaban enterrados, cientos de miles de drijkraón, que se mezclan entre nuestros hombres. ¡Era una emboscada como vaticinó mi madre! La batalla ha comenzado.

Desde mi posición elevada, veo que un par de drijkraón intentan atacar por la espalda a Pareon, que está enzarzado con otros tres que han aparecido del suelo frente a él. Vuelo raudo hacia su posición, para defenderle. Cuando logro repeler el ataque, y acabar con esas bestias, vuelvo a las alturas, para seguir ofreciendo apoyo de retaguardia con el resto de la facción aérea.

Los hombres blanden sus armas contra las colas, cuernos, garras y alas de los drijkraón, y en poco tiempo, se forma un tumulto desordenado, especialmente a nivel del suelo.

Los que estamos en el aire vamos socorriendo a los de tierra, cuando no estamos esquivando los ataques de los demonios que empiezan a avalanzársenos planeando. Todos luchan con fiereza, y muchos hombres, a pesar de estar mal heridos, continúan haciendo el mayor de los estragos hasta el último de sus alientos. Se van produciendo bajas en los dos bandos por doquier.

Sin embargo, muchos de los chicos más jóvenes van cayendo como moscas, y es entonces cuando me doy cuenta de un horrible detalle. Los amuletos de protección que llevamos... ¡¡no están funcionando!!

Miro bien hacia los cuerpos de los drijkraón caídos, y no veo ninguna cola o miembro calcinado por el aura de los amuletos. Me elevo aún más en el aire, para comprobar que mis ojos no me engañan, hasta que compruebo que esos demonios parecen llevar un collar del que cuelgan piedras negras, blancas y rojas, que se camuflan con los colores de sus escamas... Debe ser alguna protección... pero, ¿cómo las han conseguido?! Ellos son incapaces de dominar el arte de los cristales, su misma energía vital se lo impide.

Miro hacia Jrunkra, y observo atónito que ni siquiera ha entrado en la

batalla, sino que parece deleitarse desde la distancia, como espectador complacido.

Sin pensarlo dos veces, acelero el vuelo hasta su posición, para acabar con él. En mi primera estocada, él logra esquivarme. Cuando me giro para reanudar mi ataque, él me habla:

—¿Ya los has visto, nieto mío? Me señala su collar... Mis otros hijos me han dado mejores frutos que el insensato de tu padre.

—¿De qué hablas?

—¿No lo sabías? Nuestra querida Materia me ha convertido en un Dios, y ahora puedo engendrar también hijos con tus pequeñas humanas, Ja, ja, ja, ja... Aunque muchos han muerto, débiles por los genes de sus madres, uno de ellos me salió resistente como tu padre... Pero esta vez no lo dejamos escapar... Y éste, como su medio hermano, también controla los cristales, y lo hemos puesto a fabricar contramedidas para que vuestros amuletos no nos hagan nada, y mucho menos el interior de esos árboles insufribles que habitáis... Ja, ja, ja, ja...

—¿Qué estás diciendo? —Instintivamente, giro mi cabeza hacia el bahbahl, horrorizado por lo que pueda pasarle a todas las mujeres y niños... a Selene y Mishca...

—Sí, piensas bien... —ríe Jrumkra.

Sin perder un segundo más con Jrumkra, vuelo desesperado hacia Pareon y Samir.

—¡¡¡¡ORDENAD LA RETIRADA!!!! —grito.

—¿Por qué? ¡Estamos acabando con muchos de ellos! —me grita Pareon, cegado por el fragor de la batalla.

—¡¡¡¡Mira a tu alrededor!!!! ¡¡¡¡Ya han caído más de los nuestros que de los suyos!!!! ¡¡¡¡Está siendo una masacre!!!! ¡¡¡¡Nuestros amuletos no les hacen nada!!!

—¡¡¡Yo ya me había fijado!!! —grita Samir repeliendo cientos de ataques, al igual que hacemos Pareon y yo.

—¿Cómo es posible? —me pregunta desconcertado Pareon.

—Fijaos en los amuletos que llevan en sus cuellos los drijkraón. ¡¡¡Les están protegiendo de los nuestros!!!

—¡¡¡Pues destruyamos el máximo de esos amuletos que podamos, antes de asestarles el golpe definitivo!!! —me grita valeroso Pareon, demostrándome en el acto, con un drijkraón que se le acerca, lo que dice.

—¡¡¡No hay tiempo para eso!!! ¡¡¡¡CON ESOS AMULETOS PUEDEN ENTRAR EN NUESTRAS CASAS!!!! —Sin darles más explicaciones, las caras de Pareon y Samir palidecen, y se apresuran a ordenar a todos que inicien la retirada hacia el bahbahl, informándoles de los amuletos de nuestros oponentes... Me espero lo peor.

## CAPÍTULO 36

Poco a poco, los supervivientes inician la huida hacia nuestro gran árbol, repeliendo cuantos ataques pueden de los drijkraón que nos persiguen. Tanto los guerreros más experimentados, como Pareon, Samir y yo, nos quedamos rezagados para salvarles las espaldas. Entonces, Jrumkra se nos acerca planeando.

—¡¡¡Parad la retirada, humanos!!! —Nos ordena gritando. Ninguno le obedecemos —¡¡¡Pareon, para a tus hombres!!! —le dice a mi amigo, que sigue exterminando “cucarachas”. Viendo que no reaccionamos, Jrumkra se dirige a mí, y me pregunta—: ¿No lo vas a hacer ni por tu mujer? —me dice, señalando detrás de nosotros, con una sonrisa triunfal.

Cuando me giro, la sangre se me hiela. Uno de los secuaces de Jrumkra viene planeando desde lo alto del Sarcahl, y trae sujeta entre las garras de sus patas a Selene.

—¡¡¡Estás muerto, hijo de puta!!! —le grito, iniciando el vuelo contra él.

—¡Espera... tranquilo...! ¡No está muerta, ni tampoco voy a matarla! —me grita riendo —No... si paras a tus guerreros.

—¡¡¡Estás muerto!!! —le digo, intentando asestarle un golpe mortal.

—No... —ríe cínicamente —Estoy vivo... Ja, ja, ja, ja, ja —me dice tras esquivar mi golpe —¡Escúchame!! Voy a parar a los míos —Jrumkra emite un poderoso rugido, y todos los drijkraón se repliegan, poniéndose a sus espaldas.

—¿¡Piensas que voy a fiarme de ti!?

—No tendrás más remedio... Te aseguro que estos drijkraón no subirán a tu árbol, sino que se quedarán aquí a tu lado, para ver lo mismo que tú.

—¿Ver qué?

—Ver cómo engendro, con tu preciosa mujer, a mi próximo híbrido, el que será capaz de controlar al poderoso Sarcahl a nuestro servicio... Sólo una sacerdotisa podrá darme un hijo así, que me ayude a establecer el orden que siempre debió haber, en el que los humanos seréis nuestros esclavos... Ja, ja, ja, ja, ja —ríe Jrumkra, con voz oscura y cavernosa.

La más paralizante de las impotencias se apodera de mí al oír semejantes aberraciones. Mi cabeza no para de cuestionarse cosas, buscando una salida ante tanto despliegue de maldad. ¿Qué habrá sido de mi hija y de los hijos de Pareon? ¿Cómo piensa esta bestia que voy a permitir que toque a Selene? Miles de opciones de ataque y acción se barajan en mi cabeza, hasta que me doy cuenta de que Jrumkra no me quita ojo, leyéndolas todas directamente de mis pensamientos, como hizo en nuestro primer encuentro. Decido, entonces, poner mi mente en blanco y, como hice tantas veces, desde que inicié este viaje, sólo visualizo a mi tótem... El Gran Sarcahl.

Cierro los ojos, y pongo mi espíritu en calma, sintiendo sólo el intenso zumbido del aleteo de Liff, mi fiel colibrí, que espera paciente a mis órdenes, suspendido en el aire.

La imagen que vi en lo alto del *Monte Uluru*, junto a mi amigo Kora, vuelve a mis retinas, pero esta vez no me asusto con las dos alas gigantes que casi me golpean, sino que permanezco impassible, hasta ver aparecer en mi mente, en todo su esplendor, al Gran Ave Fénix de este Tiempo.

Un potente rugido y una fuerte brisa mueven mi pelo. Sé que ha sido el drijkraón que lleva a Selene en sus garras, que casi me golpea con sus alas, antes de soltarla frente a Jrumkra. Sólo entonces, lo veo claro.

Abro los ojos, miro fijamente a Selene a los suyos, que lloran desconsolados. Jrumkra la levanta con sus manos, manteniéndola de espaldas a él, dispuesto a consumir la demoníaca aberración que me ha anunciado. Y, entonces, como si Liff estuviese viendo en mi interior, me lleva raudo hasta ponerme en frente de mi mujer.

—¿Quieres ver más de cerca cómo disfruta tu mujer, mientras se retuerce cuando la atraviese un macho de verdad? —ríe fuertemente Jrumkra.

—¡¡¡Patrick!!! —exclama Selene, con el miedo reflejado en sus ojos.

—No, sólo quiero quedarme con un recuerdo de ella, y besarla una vez más —respondo a Jrumkra, arrancando de un solo tirón el collar de la flor de cristal que cuelga del cuello de mi mujer.

Selene me mira desesperada, pálida, con la cara desencajada, pero sé que no es por lo que voy a hacer, sino por lo que sabe que vendrá, si no lo hago: la esclavización humana, y el completo dominio de los drijkraón. Sin pensarlo más, beso sus resecaos labios, y aprieto con fuerza la flor de cristal.

—¡¡Hasta siempre, maldito demonio!! —le grito a Jrumkra.

Aprieto fuertemente en mi mano la flor de cristal, e inmediatamente, siento

el crujido de la delicada pieza. Antes de que pueda parpadear, un intenso destello de luz blanca cubre, en cuestión de milésimas de segundo, toda la faz de la Tierra.

Abrazo con fuerza a Selene, que queda liberada de las garras de Jrumkra, tras haberse evaporado. Ella se echa sobre mí, y comienza a llorar desconsoladamente, como jamás la he visto desde que la conocí. Hunde su cabeza en mi cuello, enjugando sus lágrimas con mi pelo.

Cuando la intensa luz comienza a disiparse, miro a mi alrededor. Han desaparecido todos los drijkraón. Los hombres están confundidos y desorientados, pero me sorprende que sigan sobre sus monturas. Dirijo mi mirada hacia el horizonte... y ya no veo nuestro inmenso bahbahl.

Un intenso desasosiego golpea mi pecho. ¿Qué va a ser de todos estos hombres? ¿Habrá sobrevivido alguien de la elevadísima caída? Separo a Selene de mi hombro, y levanto su barbilla, obligándole a mirarme.

—Mi amor, ya pasó todo... Ahora, más que nunca, tú y yo debemos ser los sacerdotes de nuestra comunidad. Estas personas lo han perdido todo, y debemos enseñarles a empezar de nuevo. —Selene me asiente con la cabeza, para después decirme tímidamente—:

—Tengo miedo, Patrick. Yo sólo conocía la vida en los bahbahl...

—No tengas miedo. Yo os guiaré. Ahora, debemos dar sepultura a los muertos, y buscar a los supervivientes... —le digo, mirando todos los cuerpos que ha dejado esparcidos por el suelo la lucha contra los drijkraón.

—Ya no tenemos el manantial... ni el Sarcahl...

—Pero seguimos teniendo el Océano del Amor sobre nuestras cabezas. Lo haremos como en mi tiempo. Les incineraremos, y les enterraremos. Yo os enseñaré.

Después de consolar a los hombres, que han quedado todos en estado de conmoción por lo ocurrido, Selene y yo les explicamos lo que ha pasado, el futuro al que nos enfrentamos, y lo que hubiese ocurrido con nuestro pueblo de no haber acabado con los drijkraón, ahora que Jrumkra podía obtener híbridos de las mujeres humanas que violaba. Todos, con enorme aflicción, asumen el alto precio pagado, entendiendo lo que he hecho.

Creo dos grupos, uno para que entierren a los caídos, y otro, los que podemos ir por el aire, para buscar a los que aún vivan cerca del bahbahl. Selene y yo partimos con el grupo que va hacia nuestro extinto árbol gigante.

## CAPÍTULO 37

Por el camino, mi mujer se mantiene en silencio, abstraída, incrédula ante lo que ha ocurrido. Yo voy más sereno, tal vez porque lo que ha quedado se asemeja más a lo que ya conocía antes de venir a este tiempo. ¿Sería por eso que el Sarcahl me trajo a este mundo?... Pensando en él, me acuerdo de mi madre. Si estaba sobre el Sarcahl cuando explotó, habrá muerto con la caída. Pero ahora no quiero pensar en ello. La buscaré, como voy a buscar a todos los que pueda. Queda mucho por hacer.

Conforme nos acercamos a la base de nuestro bahbahl, los hombres que vuelan a mi alrededor, y la propia Selene, comienzan a llorar con desesperación, casi queriéndose arrancar la piel de dolor, ante la vista que se nos ofrece.

Ha quedado un enorme vacío donde antes se erigía imponente la más hermosa de las creaciones de la Vida. Del gran bahbahl en el que vivíamos, solo quedan los tocones de los troncos que lo componían, seccionados a nivel, dejando en su parte alta una superficie completamente plana.

Ellos no lo saben, pero yo lo reconozco inmediatamente. Es *Monument Valley*, un paisaje familiar que a mí, en este tiempo, me resulta desconcertante.

Vamos volando entre los tocones, hasta que, al dar un giro, vemos a toda la población, agrupada a la sombra de uno de ellos.

Mi corazón se alegra, y siento que también lo hace el de mis acompañantes, que sueltan gritos de júbilo. Sin pensarlo dos veces, todos descendemos para ver cómo se encuentran.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí? —pregunta Selene a la primera mujer que se encuentra, tan pronto como se baja del colibrí.

—Nos bajó Shicah...

—¿En el Sarcahl? —preguntamos a la vez Selene y yo, muy extrañados, porque el ave sagrada no montaba a nadie, aparte de los sacerdotes.

—Sí. El ave cogió con sus garras un gran tronco hueco, al que Shicah nos ordenó que subiésemos, y con él nos bajó hasta la base del bahbahl, donde

ahora estamos. Shicah nos dijo que iba a hacer lo mismo con todos los bahbahles... ¿Qué ha pasado, Selene?

Dejo a mi mujer explicándole a todos lo que ha ocurrido, para adentrarme en la muchedumbre. Sólo tengo un pensamiento en mi cabeza. Encontrar a Mishca. Sé que Selene piensa que no ha sobrevivido, o que la debió matar el drijkraón que la raptó a ella, pero algo en mi interior me dice que mi pequeña sigue viva.

Busco desesperado entre la gente, corriendo allá donde oigo niños. Veo que los guerreros que venían con nosotros también están informando al resto de supervivientes, todos tan desorientados y confundidos como ellos mismos cuando ocurrió la gran explosión.

Estoy a punto de cruzar toda la masa de gente, entrando en un estado de angustia, cuando veo a Telina, nuestra vecina de cien años, sentada en el suelo.

—¡Telina! —corro a abrazarla. La mujer rompe a llorar al verme, y no para de acariciar mi espalda, más en un gesto por buscar calmarse a sí misma que por calmarme a mí. Me separo un poco de ella para mirarla a los ojos, que le brillan en una mezcla de alegría y agotamiento.

—¿Ha visto a mi hija? —Telina asiente con la cabeza, dibujando una sonrisa en sus labios.

—Sí, Patrick... —toma aire —Se fue con su abuela.

—¿Cómo que se fue con mi madre?

—Cuando Shicah vino con el Sarcahl, la niña les sintió llegar, y corrió buscando los brazos de su abuela, aterrorizada porque un drijkraón se había llevado a su madre. Entonces, cuando el ave posó su pico para que la sacerdotisa se bajara, la niña siguió subiendo por él, hasta arrojarse en los brazos que buscaba... —vuelve a sonreír Telina. Su relato me deja sin palabras, por varios motivos. Por un lado, si mi pequeña pudo subir en el Sarcahl, lo que significa que estaba destinada a ser la próxima sacerdotisa. Por otro lado, si ha estado viajando con ella en el gran ave... Jamás podré saber su paradero, porque solo Dios sabe dónde estaba mi madre cuando explotó el Sarcahl.

Alguien apoya su mano en mi hombro. Cuando me giro, veo que es Selene. Parece más tranquila.

—¿Dónde está nuestra hija, Patrick? —al escucharla, la abrazo fuerte, porque entiendo que ha recuperado la esperanza. Los dos lloramos.

—¡Vamos a buscarla! Telina dice que subió con mi madre en el Sarcahl...

—¿Cómo? —pregunta incrédula Selene. Yo le asiento con la cabeza sin poder hablar.

—Ven conmigo hasta Liff —le digo a Selene, tirando de su mano para que nos montemos en el colibrí gigante. Ella se sienta detrás de mí, abrazándome con fuerza por la cintura—. Vamos a empezar a buscar por un sitio... El primero que mi madre me enseñó, la primera vez que volé con ella en el Sarcahl.

—¿Qué sitio? —me pregunta Selene.

—La *Torre del Diablo*.

—No lo conozco...

—Sí lo conoces... Ahora la verás —le digo mientras subimos en Liff, que inicia raudo el vuelo—. Era el pequeño bahbahl que crecía al norte del nuestro.

—¿Y por qué le has llamado así, “*Torre del Diablo*”?

—Porque es así como se llamaba en mi tiempo... Tal vez, un recuerdo de lo que acaba de ocurrir, porque, de alguna forma, esa montaña se ha formado, como la vas a ver ahora, por culpa de los diablos...

—¿Qué son los “*diablos*”?

—Los drijkraón.

—¿Y por qué buscar primero en ese sitio, Patrick? ¡Podrían estar en cualquier parte!

—Porque, cuando visité esa montaña en mi tiempo, oí una leyenda indígena, que hablaba de una gran águila que rescató a dos niños de las garras gigantes de un oso...

—No le veo sentido, Patrick.

—Las leyendas de mi tiempo guardan cierta conexión con la verdad que cuentan, aunque adaptadas a lo que las personas conocen. Si llegó esa historia hasta mi época, es porque debía narrar un suceso que todos acabaron conociendo hace mucho tiempo... o... en mi aquí y ahora... Esa gran águila, debió ser el Sarcahl; las garras del oso, debían ser las de los drijkraón o diablo, que dan nombre a la montaña, y los niños... —hago una pausa, deseando con todas mis fuerzas no estar equivocándome.

—¿Qué, Patrick?

—Los niños... Espero que uno de esos niños sea nuestra hija, Selene.

## CAPÍTULO 38

Después de un largo vuelo, debido a que el tamaño de Liff no es el del Sarcahl, comenzamos a avistar el tocón del pequeño bahbahl que buscaba.

—¡Cielo santo! —exclama Selene al ver el vacío que hay también aquí. Sólo queda el tocón del árbol, cortado a ras por la explosión, igual que el nuestro —No ha quedado ni un solo bahbahl en pie... —se echa las manos a la boca, horrorizada.

—¡Vayamos a la base del árbol! —le ordeno a Liff, que me hace caso de inmediato.

Conforme bajamos, me llama la atención un destello en el suelo, entre la vegetación.

—¡Allí! —le señalo a Selene, que ve lo mismo que yo—. Póstrate cerca de ese destello, Liff.

El ave llega hasta el nivel del suelo, y Selene y yo nos bajamos del ave. Despacio, nos vamos acercando a los arbustos desde donde nos ha parecido ver el destello.

—¡¡¡PAPIII, MAMIII!!!! —Sale corriendo de entre la maleza nuestra pequeña Mishca, con sus bracitos abiertos para abarcarnos a los dos. El corazón me da un vuelco al ver a mi niña sana y salva.

Selene y yo la abrazamos con todas nuestras fuerzas, formando un círculo apretado que nada ni nadie va a volver a romper jamás. Lloramos y reímos de alegría, hasta que yo me caigo al suelo, arrastrando a las dos sobre mi pecho.

—¡Estás viva, mi vida! ¡Estás viva! —no para de repetir Selene, para terminar de creérselo, sin dejar de besar la carita de nuestra hija por todas partes.

—¡Me habéis encontrado! —exclama nuestra hija.

—Claro que sí, mi amor. Papá ha podido hacerlo gracias a una historia de su tiempo... y mucha intuición —me mira Selene con lágrimas en los ojos, e infinitamente agradecida.

—¡¡¡Gracias por encontrarme, papi!!! —se abraza fuerte mi pequeña a mi cuello.

—¿Cómo llegaste hasta aquí, cariño? ¿Dónde está la abuela? —le pregunto a Mishca.

Entonces, ella abre uno de sus puños, que había tenido cerrado hasta ahora... Lo que vemos, nos deja sin palabras a Selene y a mí, dándonos la respuesta.

Lo que vi brillar desde el cielo, era lo que porta mi pequeña en su mano... Una flor de cristal, la que debió dejar el Sarcahl al morir junto a mi madre.

—¿De dónde la has sacado, cariño? —le pregunta Selene a nuestra niña.

—La abuela me dijo que ya no podía ir más con ella —empieza a relatar entristecida —¿Sabéis que la acompañé a todos los bahbahles de la Tierra? — Selene y yo sonreímos, y mi mujer acaricia con orgullo la mejilla de su hija. Seguramente, nuestra pequeña acompañó a mi madre mientras ponía a salvo a todo el mundo—. Cuando volvíamos a casa, me dijo que no le iba a dar tiempo de llegar. Entonces, hizo que *Sarqui* bajase hasta el suelo, y me dijo que me bajase y me escondiese muy bien, que ella iba a buscaros y volvería a por mí... Pero, cuando *Sarqui* iba a volar otra vez, desapareció con esa luz tan grande... —dice con sus ojitos muy abiertos —¿La habéis visto? —Selene y yo asentimos con la cabeza, y mi mujer no puede contener las lágrimas que estaban ahogando sus ojos.

—Sí la hemos visto, mi vida, ¿qué pasó después? —le animo a continuar.

—Cuando la luz ya era menos fuerte, y pude ver, *Sarqui* ya no estaba... y la abuela estaba tumbada enfrente de mí. Corrí hacia ella para abrazarla, pero, antes de llegar, ¡también desapareció, papá! —exclama sorprendida —Pero me dejó este regalo... ¿A qué es bonita esta flor de cristal? —nos la enseña de nuevo—. ¿Puedo quedármela? —nos pregunta inocente.

—¡Por supuesto que sí, preciosa! —cierro su puñito, para que no se le escape. Selene se derrumba, llorando desconsolada.

—¿Estás llorando por la abuela, mamá?

—Sí, mi vida —le contesta Selene abrazándola.

—¿Lloras porque no le dio tiempo a rescataros?

—Sí nos rescató, mi vida —le aclaro a mi hija—. A nosotros, y a todos los demás humanos.

—La abuela era muy buena, ¿verdad, papá?

—Sí, cariño.

—Entonces, papá, no debe estar lejos —Mishca mira hacia el cielo—. Yo sé que ahora está con todos los seres buenos.

## EPÍLOGO

Ha pasado ya un año desde la gran explosión. Todo ha cambiado mucho por aquí, aunque, cuanto más pasa el tiempo, más familiar me resulta lo que me rodea.

Por más vueltas que le doy, no dejo de pensar que mi madre sabía perfectamente lo que iba a pasar. Por eso salvó a todos los humanos de los bahbahles.

Lo que no tengo tan claro es hasta qué punto no se lo dijo el propio Sarcahl... Él era el único conocedor del código de los astros que está escrito en el cielo de la Tierra. Él sabía lo que iba a pasar antes de que ocurriese... ¿Por qué, si no, me atrajo a mí hasta este mundo? Él conocía mi destino, y sabía que, por la Fuerza del Amor, yo salvaría a Selene, así como la posibilidad de seguir amando en este mundo.

Él debía saber la jugada que estaba desarrollando la Materia Pura, cuando le permitió a los drijkraón hibridarse con los humanos. De no haberlo parado a tiempo, el hermoso mundo de los bahbahl hubiese terminado aún peor que esta realidad en la que ahora me encuentro, sin posibilidad alguna para el amor.

Considero que es un borrón y cuenta nueva, pero con posibilidades. No es aleatorio que Trashida rebautizase a mi madre como Shicah, “esperanza” en lengua bahbahlita, ya que ella trajo esperanza cuando puso a resguardo a todos.

Aparte de esos humanos que mi madre logró salvar, no quedó nada más de los bahbahles, a excepción las criaturas gigantes que montábamos los hombres el día de la gran guerra, y que quedaron por debajo del gran estallido del Sarcahl, sobreviviendo al impacto. Sin embargo, acostumbradas a los frutos del bahbahl, poco a poco, se fueron debilitando, hasta acabar muriendo.

La comida y el agua no es tan abundante aquí como lo era en lo alto del bahbahl, ni tan rica en nutrientes y minerales. Selene y yo tuvimos que sacar más partido a nuestros conocimientos de piedras y plantas medicinales, porque aumentó la enfermedad y el hambre. Para combatirlas, y completar nuestra

exigua dieta, aunque era una idea que muchos aborrecían, tuve que proponerles la caza de otros animales, como medio para subsistir, ya que los vegetales de las planicies no eran suficientes.

Por fin, en esos días, entendí por qué Kora, al inicio de mi viaje, debía enseñarme a sobrevivir en el desierto, a buscar agua con mis sentidos, a hacer fuego, y a cazar. Gracias a él, he mejorado y desarrollado esos conocimientos y habilidades iniciales. El entorno no es el mismo que el del desierto de Australia, pero he podido aplicar muchas cosas de las que mi amigo me enseñó, y que he transmitido al resto de las comunidades. Ahora, los guerreros se han ido convirtiendo en cazadores.

Aquí la temperatura ya no es como en el cálido y húmedo bahbahl. La primera vez que Selene tuvo frío, le expliqué que había llegado el momento de mostrarle lo que era la ropa. Les enseñé a hacer vestimentas con las pieles de los animales que cazábamos, y la necesidad hizo que todos superasen sus reparos iniciales.

La vida cómoda del bahbahl se había terminado para nosotros, aunque habíamos ganado en tranquilidad, porque sabíamos que ya no habría drijkraón acechándonos a cada instante.

Sin embargo, fui viendo cómo la necesidad también fue afectando al resto de seres vivos. Y así, criaturas que antes se alimentaban de lo que caía del bahbahl, o de lo que germinaba a sus pies, se estaban convirtiendo también en cazadoras, recordándome a los animales carnívoros de mi tiempo. Son una amenaza, pero nada comparable con los drijkraón.

En consecuencia, tras los primeros meses de adaptación, la vida transcurre feliz y tranquila, y estoy viendo crecer a mi hija, que junto a los hijos de Pareon y el resto de niños y niñas, se ha adaptado perfectamente a la nueva forma de vida.

No obstante, lo que más me aterroriza de este nuevo tiempo es que sé lo que viene a continuación, aunque aún falten muchos millones de años de historia humana para llegar hasta ahí. Pienso en las guerras y sistema social y económico que se irá imponiendo, y una duda asalta mi mente. Mi madre dijo que los drijkraón atrapados tras la explosión del Sarcahl no podrían ejercer más influjo *físico* sobre nosotros, pero ¿y mental?

Aún recuerdo cómo Jrunkra se introducía en mi mente, leía mis pensamientos, y me contestaba dentro de mi cabeza... ¿Y si van a iniciar un nuevo proceso de esclavización usando a los propios humanos contra los

humanos, controlando sus mentes y, a través de ellas, también sus cuerpos? Si eso es así, es la voluntad de cada uno la que debiera tener la última palabra, y la lucha con los drijkraón ya no estaría fuera de nosotros, sino en nuestro interior.

—¿Qué haces sentado encima de esa roca, papá? —Mishca me saca de mis pensamientos y reflexiones, devolviéndome a la realidad.

—Descansando.

—¿Encima de una roca, papá?

—¿No descansan también los pájaros posándose en las duras ramas de los árboles? —le respondo sonriendo. Mishca, que es muy lista, da por zanjada la cuestión.

—¿Puedo sentarme ahí arriba a descansar también contigo?

—¡Por supuesto! —Mi hija trepa hasta donde me encuentro, y se sienta a mi lado, cruzando también sus piernas. Después de un breve espacio de tiempo en silencio, me susurra al oído—:

—Papá, entre tú y yo, los pájaros no son muy listos, no les imites, porque esto no es cómodo. —Sin poder evitarlo, rompo a reír a carcajadas.

—¡Tienes razón! Bajemos.

—¿Vienes al río conmigo?

—¿A bañarnos? ¡Hace mucho frío!

—¡Noooo! —ríe Mishca, porque sabe que estoy de broma —a bañarnos no, ¡a pescar!

Cuando pasamos por el poblado, veo a Selene saliendo de nuestro tipi.

—¿Cómo has dormido, preciosa? —le pregunto dándole un beso.

—Bien... Pero me he asustado cuando no os he visto a mi lado. ¿Habéis madrugado mucho vosotros dos, no?

—Sí, mamá... Vamos a pescar, ¿vienes?

—Cuando lavemos esta ropa en el río, así tendrán comida los peces. —Nos enseña, riendo, un montón de prendas que lleva sobre su barriga de siete meses.

—Dame esa ropa, cariño. No me gusta que cargues tanto peso —le digo, arrebatándole el montón de ropa, y dándole un beso con todas mis ganas — Mishca y yo la lavaremos, ¿verdad, hija?

—¡Por supuesto, papá!

—¡Odio lavar la ropa! —exclama suspirando Selene —Con lo bien que estábamos yendo desnudos a todos lados...

—Bienvenida a mi tiempo, mi vida —río, besando nuevamente a Selene, que me imita, sabiendo que esta opción, aunque no es la ideal, es la mejor que podíamos haber tenido.

Fin

# GLOSARIO

- PATRICK: Protagonista masculino. Geólogo.
- SELENE: Protagonista femenina. Sacerdotisa.
- KORA: Aborigen australiano. Guía de Patrick.
- YETZEL: Chamán mexicano.
- BAHBAHL: Árbol gigante.
- SARCAHL: Ave Fénix gigante del tamaño de una cordillera.
- SÍFAMO: Salamandra gigante de Yaferu.
- LIFF: Colibrí gigante de Patrick.
- YAFERU Y SHEÚLA: Padres de Selene.
- MISHCA: Hija de Patrick y Selene.
- SHICAH: Madre de Patrick.
- TRASHIDA: Sacerdotisa anterior a Shicah.
- ZUNDRA: Sacerdotisa anterior a Trashida.
- TELINA: Vecina centenaria de Shicah.
- PAREON: Marido de Rhubih.
- RHUBIH: Mejor amiga de Selene.
- SAMIR: Padre de Pareon.
- VALVAR Y RASUNK: Hijos de Pareon y Rhubih.
- JRUMKRA: Jefe de los drijkraón.
- DRIJKRAÓN: Seres demoníacos.

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradecer siempre, por su infinita paciencia y apoyo incondicional, a mi marido. Sin su empuje y ayuda en todos los ámbitos, y sin la vivencia del amor que puedo plasmar en mis obras, esto no sería posible.

En segundo lugar, quiero agradecer el apoyo de dos grandísimas compañeras de letras, Susy Hope y Patricia P. Guerola, con las que no sólo comparto la gestión del grupo “*Mucho más que libros*”, sino también muchos momentos de tertulias, confidencias y muchas risas. Espero que vengan muchos más.

Tampoco puedo olvidarme de Nora K. Rose, Andrea Muñoz Majarrez, Maritza Grivaz, Noelia Frutos, Laura Duque Jaenes y Myriam González Britos, que han estado ahí conmigo, acompañándome y apoyándome desde el inicio de mi andadura como escritora independiente.

Por último, mi mayor agradecimiento va para esas personas que llevan siguiéndome y apoyándome durante dos intensos años. Lectoras incondicionales que siempre tienen una palabra amable y cariñosa para alguien que, simplemente, crea historias para hacer más llevaderos los baches de la vida. Ellas, las “chicas” aficionadas a la lectura que se reúnen en “*El rincón de Luna Villa*” y en “*Mucho más que libros*”, donde pasamos ratos muy divertidos y aprendemos unas de otras, se merecen ¡¡millones de gracias!!

Gloria Cajas Llamas, Asun Molina, Sonia Sánchez, Juani Egea Matínez, Mariluz Aquino, María José Aquino, Isabel Fraile Jurado, Vanessa Contreras Gómez, Ana Di Como, Amparo Vico, Dori Arévalo Delgado, Sensi Pulido, Sylvia Ocaña Villanueva, Anna Fernández, Charo del Río Pajares, Mercedes Toledo López, Lore Monzón, Elsa Rubira, Raquel Álvarez Ribagorda, Pilar Nm, Carmen González, Maria Isabel Robaina Arnay, Ángeles Brito, Marisa Brioia Coronado, Lidia Pam, Eliana Pérez, M. Isabel Epalza Ramos, María Esther Pérez Martín, María Wade, Merce Martínez, Roser Barceló, Carmen Estoquera Pastor, Silvana Benítez, Joana Quintero, Vanessa Martínez Bacas, Normma Aliciya, Ángela Martínez Camero, Mari Ángeles Talavera, Nerea

Araujo Nadja Dos Santos Moreira,, Liliana Freitas, María Camús, Sana González, Elena de Torres, Malu González Velasco, Macu Siverio Castro, Olga LB, Lorena Rodríguez, Scarleth Cross Solís, Sandra González, María Victoria Alcobendas Canadillas, Ana Guerra, Jhanira Ramos Guevara, Koko Cabrera, Marta CB, Kuvita García, Nuria Relaño Torrent, Paky García Benítez, Emy Enzowashere Ramos, Susana de la Torre, María García, Ana García, Dora Jiménez Gómez, Ana Bustamante, Marisa Gallén Guerrero, Vanessa Soto Alonso, Mary Rz Ga.

# ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[EPÍLOGO](#)

[GLOSARIO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)